

CRONICAS DE LA CIUDAD
Y DE LA NOCHE, ESCRITAS POR
DON FELIPE CENTENO O DON GIL ARRIBA-
TO COMO ANTAÑO FUE EL VERDADERO
NOMBRE DEL CRONISTA.



FUÉ IMPRESO ESTE LIBRO EN LA TIPOGRAFIA DEL DIARIO

EN 1919

DEDICATORIA

A TODO LECTOR QUE COMPRE EL LIBRO,
FUERA DAMA O CABALLERO NATURAL DE CANARIAS,
A TODOS LOS DIRECTORES DE LOS DIARIOS
LOCALES,
A TODOS LOS CRITICOS DE PERIODICOS
O DE CASINO,
A TODAS LAS PERSONAS CUYA COSTUMBRE SEA
HABLAR MAL DEL INTELECTO AGENO NO VULGAR,
ESTAS REFLEXIONES LIJERAS
Y SENTIMENTALES DE LA VIDA CANARIA
CONSAGRO
O
DEDICO

CRONICA DEL LIBRO

O

PRÓLOGO DE LAS CRONICAS

ESTE libro no se regala a ningún amigo. Los amigos están obligados a comprar los libros de uno. Aparte de que el capital que se desembolsa es muy pequeño, sería cosa descortés no comprarle al estimado amigo su libro, que encima puede tener gracia y lo que dirá será cierto y pintoresco como cosa de la tierra que es. Advierte, pues, el autor de este libro a todos sus amigos, que ha de enviárselo a su casa para que lo compre de grado o de compromiso, ya que es costumbre hacerlo así en la ínsula de nuestros mayores. Poco lector hay, más ninguno que se tome el trabajo de pasar por las librerías. Y así el libro ha de entrarse en las casas como la mujer de las fregadasuras.

El autor, agradece de antemano esta compra, pero no se enojará con los que no lo compraren. El sabe que algún pequeño desengaño se llevará, y desde luego sabe también las respuestas que darán algunos clientes, sorprendidos de que por su casa entre un libro y no un pequeño saco de antracita.

El autor no regala este libro porque el producto se dedica a un fin benéfico. El fin benéfico de sí mismo. Pues él vive de la escritura pública, como otros de sus secretarías y otros de sus ultramarinos y otros de sus padres. Al comprar el libro, los amigos del autor, hacen una cosa justa,

pero si ellos desean tener el autógrafo del literato que compuso estas páginas, el literato no tendrá inconveniente en firmarles una dedicatoria afectuosa siempre que acredite el lector el gasto de sus dos pesetas.

Es un poco triste verse uno obligado a hacer estas advertencias al amigo. El amigo cree que nosotros somos personas de valer y hasta suele decirnos: "Yo no sé como V. está aquí y no se ha ido donde tenga V. más campo." Pero aunque nos estima mucho no nos lee y no nos compra el libro. Nuestra fama llega a él por referencia o por un apodo o nombrete que hayamos puesto en el casino con más o menos gracia. Sin embargo, creemos que el empeño de nuestro amigo en que busquemos más campo es un empeño noble, aunque pudiera ser también un modo de tenernos lejos para evitarse la compra de nuestro libro.

De todos modos, ha de saber el amigo que este libro será el único libro que nos compre. No publicaremos ninguno más. Palabra. Dos pesetas, por otro lado, se gastan sin saberlo uno y el libro no está tan mal que no merezca el regocijo y las dos pesetas de un honesto tenedor de libros o de un honesto comisionista o de un mercader no tan honesto.

Acabaremos. Nos queda el consuelo de saber que las damas que vivan con nuestro amigo se quedarán encantadas con el libro. Ellas seguramente han de decir: ¡Jesús hija, igualito, igualito a como habla uno! Idéntico. Yo no se como este hombre nos ha copiado tan bién, ese hombre que no va ningún sitio, ni al casino, ni al Club, ni a las

verbenas, ni al parque, ni a nada; ¡ni a bailes! y que siempre parece que va enfadado. ¡Fíate, niña, fíate! Dónde menos se piensa salta la liebre...

Si señoras, la liebre salta donde menos se piensa. Ahora que esta vez salta desde donde se piensa regular. Y no cuesta más que dos pesetas. Y el autor, *tratadito* no tiene tan mal humor como parece a primera vista, que por cierto la tiene muy mala.

Gil Arribato

o .

Felipe Centeno.

CRONICAS DE LA CIUDAD

(Glosas humorísticas del modo social de los insulares canarios)

La Alameda está vacía

UNA noche, un domingo a la noche, vamos a la Alameda. Es el primer día en que las tocatas comienzan. No hay nadie en la Alameda. ¿Como es posible—nos preguntamos—que esta Alameda de grandes destinos esté solitaria, y estos músicos toquen solamente para los árboles? ¿No estará herido el sentimiento artístico de estos músicos que han preparado un programa selecto, para que se les aplauda? ¿Qué razón misteriosa hay para esta ausencia femenina? ¿No hemos oído que Pilar y Dolores y Ana y María se despidieron esta mañana en misa, para verse después en el paseo?... Alguna cosa terrible ha surgido. Dolores, Ana, María y Pilar se han quedado en sus casas esta noche. El paseo está pues, sin color; es un paseo desabrido, absurdo... Los mozos del Casino se encuentran apesadumbrados. Nadie acierta la razón de esta ausencia.

Pero el conflicto existe. En casa de Pilar, de Ana, de Dolores y de María, ha nacido una duda. Ellas han dicho:—«¿Habrà mucha gente en el paseo?—No sé, niña. Como es la primera noche quizás haya poca.—¿Vamos, entonces?—Si; pero vamos más tarde, cuando ya haya gente. A mí me fastidia entrar la primera...»

Y Pilar, Ana, Dolores y María, con sus lindos sombreritos puestos, aguardan en la ventana de sus casas... Viven cerca unas de otras. Desde sus ventanas, ellas

ven salir a la amiga. Y Ana dice:—«Vamos a ver si Pilar va. Por aquí tiene que pasar. Y Pilar, exclama:—Deja ver si Ana sale... No ha salido aún...»

Y así transcurre una hora, dos horas. Los sentimentales músicos han tocado *Aída*, han tocado *Tosca*, han tocado *Bohemia*... Pero Pilar, Ana, María y Dolores, aún con sus bellos sombreritos puestos, continúan en la ventana esperando, Pilar a que salga María, y aguardando Ana a que Dolores salga.

Y transcurren tres horas. Y entonces ellas miran el reloj y dicen, desencantadas:—«Son las once. Ya eso se acabó. Después de todo no debió haber nadie...»

Y no había nadie, es verdad. Estas buenas muchachitas querían que hubiese habido mucha gente... Todas ellas estaban deseando concurrir al paseo. Ellas hubieran dado una chuchería de su tocador por estar esta noche en la Alameda. ¿Pero que iban a hacer las pobres, si no había gente?... Y esperaron todas a que hubiera gente... Y como la gente eran ellas mismas, el romántico paseo se ha quedado solitario esta espléndida noche de verano y los músicos no han tenido odores gentiles para los prodigios de sus instrumentos...

Tengo un escritorio y basta

EL ciudadano isleño que tiene un escritorio es un hombre terrible. Aunque no trabaje, basta tener un escritorio, para vivir bien. Nosotros pasamos por delante de una serie de escritorios, y vemos a un señor sentado en una mesa, muy serio, y un jovencito que copia cartas, arrimado a la puerta. En este escritorio, al parecer, no se trabaja nada, y obligase uno a decir:

— «¿De qué come este señor?»

Pues come de su escritorio. Un escritorio bien arreglado, con una prensa y un almanaque de *Piperazina* es un potaje sustancioso. Basta que un señor *sepa tener* su escritorio para que el problema alimenticio esté resuelto. Por que hay que tener condiciones para estos escritorios que pudieramos llamar honorarios. Un señor nace para poeta, otro para médico, otro para ladrón, otro para comisionista. Y es en balde que se pretenda torcer el destino de estos señores. Aunque el médico se meta a comisionista y el comisionista a ladrón o viceversa. Siempre surgirá la vocación primera. Y el señor que ha nacido para tener escritorio, lo tendrá pese a todos los destinos.

El señor de escritorio que no se utiliza, se levanta más temprano que el que tiene un escritorio para trabajar. Y lo abre más temprano y más tarde lo cierra. Y el natural esfuerzo que hay que hacer para estar dentro de

un escritorio es más intenso en el hombre del escritorio honorario, que en el otro del escritorio efectivo.

El hombre posee la conciencia de su escritorio. Lo tiene, como una condecoración, como un título de nobleza; piensa siempre *en escritorio*; cuanto cosa haga de sentimiento o de materia, la hará con tono de su escritorio, como si él fuera el escritorio mismo que razonara y parlara.

En la ciudad hay muchos escritorios silenciosos. Todo el mundo tiene su escritorio. Empieza por tenerlo. Antes de pensar como vá a enderezar el camino de su vida, el señor abre su escritorio.

Algunos de estos escritorios, a fuerza de constancia en estar abiertos, logran unas pequeñas cartas extranjeras, algunas nuestras de ferretería. Pero hay otros escritorios, los escritorios íntegros, que consecuentes con su idea antisocial y anticaciquil, envejecen de polvo y del mismo almanaque al que se le ponen tacos nuevos todos los años. Falta por escribir la elegía de estos escritorios, que son como los eternos solterones de las plazuelas, siempre con la misma edad, el mismo bigote teñido y el mismo sombrero hongo.

Don Antonio vá a un entierro

ACABA de morirse un señor. Nuestro amigo D. Antonio, cuando regresa de su oficina se encuentra en el zaguán, al pié de la escalera, la esquila mortuoria. La lee y se queda contrariado: el entierro es a la siete, y a las siete es la hora en que come D. Antonio. Por un momento piensa este amigo no asistir al entierro, pero en la papeleta o esquila está escrita una palabra terrible, una palabra a cuyo influjo no puede sustraerse don Antonio ni ningún amigo. La esquila dice: «Cabecera». Cuando a un insular lo invitan de cabecera, siente un recóndito placer, pero finge contrariedad y desagrado y dice:—«¡Caramba, no tengo más remedio que ir al entierro! ¿Para qué me habrán invitado de cabecera?» No se explican estos amigos porque los invitan con tanta deferencia, pero íntimamente se sienten felices, satisfechos. Asistir de cabecera a un entierro es ostentar un título importante. El insular que no ha podido ser abogado, aspira siempre a la cabecera de un entierro. La vanidad en la ínsula es bien fácil de cumplir. Por eso D. Antonio, que come a las siete, irá al entierro a las siete aunque tuviera que dejar de comer. Mañana dirá en el Casino: «No tuve más remedio que asistir. Me invitaron de cabecera.»

Don Antonio llama a su señora y le comunica la extraordinaria noticia. La señora contesta: «Habrás que

arreglar la comida enseguida. ¿Te pones «el» levita? Sino vá mucha gente lo mejor es que te pongas el chaquet». D. Antonio duda cual de las dos prendas debe ponerse, por fin se decide por la levita. El ha pensado que el Sr. Luengo irá de cabecera también y llevará levita.

Don Antonio come de prisa, nervioso, inquieto. Y no por temor a perder el entierro, sino porque está emocionado con su nuevo título. Es como si fuera a pronunciar un discurso, como si fuera a cantar en un concierto de gente distinguida el Raconto de «Lohengrin» u otra pieza de «do» difícil o de «re» incomensurable. Don Antonio deja la mitad de la sopa de fideos sin comérsela; cuando llega el cocido, lo mira con hostilidad, y sólo se come una «piña»; y moja rápidamente una miga de pan en la salsa de la ropa vieja... Después parte medio plátano, y por miedo a que esta comida pueda hacerle daño, le pide a su señora un poco de bicarbonato. La señora dice: «Antonio, te va a dar una fatiga, no has comido nada»... Pero D. Antonio no hace más que temblar de emoción pensando en que lo han invitado de cabecera.

Don Antonio se viste de levita; la señora para ajustarle bien la prenda tira enérgicamente por los faldones; y D. Antonio vestido y con bastón se dirige a la casa mortuoria. En el hogar de D. Antonio, silencioso y solitario, queda flotando el escalofrío de las grandes sensaciones... La señora se asoma a la ventana y su imaginación va en pos de su esposo, de cabecera en el entierro.

Llaman a la puerta; la esposa abre; es un amigo del marido: —«¿Está don Antonio?»—«No, salió a un entierro.—«Caramba, tenía prisa en verlo.»—«El fué porque no tuvo más remedio. Lo invitaron de cabecera. Si quiere pasar y esperarlo»...

La esposa ha dicho lo de «cabecera», con el mismo

tono que hubiera exclamado: «El general lo mandó a buscar». O «tuvo que hacer una operación». O «ha ido a defender un pleito.»

Estos señores que van de cabecera a los entierros insulares son después en el Casino unas especies de Víctor Hugo de la localidad.

¿Quién ha saludado, niñas?

CAMINA un grupo de señoras por una calle que le falta luz y de pronto se cruza con el grupo un señor que lo saluda. «Buenas noches». Y una señora del grupo añade:—¿Quién es el que ha saludado, niña?

Mas ninguna sabe quien saludó. Y he aquí un enorme conflicto planteado. Una señora le pregunta a otra: «¿Pero tú no sabes quien fué?—Yo no sé, hija! ¡Jesús, mujer, no te fijaste!—Pues no me fijé. ¡Caramba!

Y en el grupo se hace un ambiente de tristeza, de melancolía. ¡Tan importante como es saber quien saluda!

¿Sería Pepito? Pepito no pudo ser porque a esta hora está él hablando con su novia. Pero pudiera ocurrir que fuera Pepito. ¿No podía Pepito estar malo esta noche y haberse marchado a acostar más temprano?

Pero es que Pepito suele ir por otra calle, y además la dirección que llevaba el que saludó era contraria a la que debiera llevar Pepito que vive en otro sitio. Pepito no puede ser. ¿Entonces será Juanito?

¿Juanito? ¿Pero Juanito no estaba en el campo? Una del grupo oyó decir que hacía tres días Juanito había llegado del campo. Se parecía a Juanito, pero no es posible asegurarlo, porque aunque Juanito haya estado en la ciudad pudo muy bien haberse ido hoy mismo al campo de nuevo.

¿Quién es, pues? Las señoras están disgustadas. Ellas venían contentas, alegres, y aquel señor que las saludó y que no pueden conocer, les ha estropeado el paseo. ¿Cómo es posible que pase un señor y salude y no se sepa quien es?

Las señoras se van despidiendo en las puertas de sus casas respectivas. Han llegado silenciosas, preocupadas. Cuando se despide la última, pasa otro señor que la saluda y que es Pepito. Entonces comprenden que el primero que saludó no era Pepito.

—¿Quién sería, niña? Pepito no pudo ser. Pepito viene ahora de hablar con su novia. ¿Lo ves?

Se marchan las últimas. Entristecidas, malhumoradas, llegan a su casa. En la casa las esperan otras de la familia que no han salido al paseo.

—¿Cómo les fué, niñas?

—Bien.

—¡Jesús! Parecen que están aburridas.

—No nos digas nada, que nos saludó uno esta noche, hija, y no pudimos saber quien fué.

Robaina está molido

CUANDO un ciudadano isleño está molido, hasta las estrellas desaparecen de emoción. ¿No habéis oído quejarse al ciudadano un sábado a la tarde? El ciudadano llega cansado de su paseo y se echa en un sillón y dice:

—Estoy molido. —La familia, entonces, se estremece. Este molimiento del ciudadano es de una gran trascendencia. Representa que tiene por lo menos dos callos y que viene del Puerto. Siempre que se viene del Puerto hay molimiento. A veces el ciudadano, llega del casino donde ha estado sentado toda la tarde, y aunque haya reposado bien, se encuentra molido. Lo dice así, oído: — ¡Qué molido estoy!

Otro día, el ciudadano se muele de verdad y entonces el quejido es enorme. De molimiento pasa a muerte:— ¡Estoy muerto!

Pero generalmente no está el ciudadano más que molido. Si es Cónsul y tiene que asistir a una función religiosa, a una de esas funciones largas y nutridas, el ciudadano no almuerza cuando vuelve.— ¡Pero hombre, por qué no almuerzas?—le pregunta su esposa.

—Es que estoy molido—responde el ciudadano. Se me han quitado las ganas. El olor del incienso me ha dejado molido.

La esposa no comprende bien como un olor tan

amable y tan sagrado, puede moler nada. La esposa sabe que solo muele el molino, pero, como el esposo asegura que muele también el incienso, ella se calla y no medita, ni pregunta más.

Si el ciudadano es comisionista y se pasa el día sentado sobre un saco de garbanzos en la tienda de un cliente, cuando a la noche vuelve a la casa llega triste, rendido, fatigado...—¡Qué molido estoy, hija!—Habrás trabajado mucho —No, no he hecho nada. Me he pasado el día sobre un saco de garbanzos, pero estoy rendido, estoy como si me hubieran dado una paliza enorme...

Si el ciudadano no es nada, y se levanta a las doce y se acuesta temprano y se pasa el día ora en la puerta del Casino, ora en la Plazuela, ora en el muelle, y es además hombre sano y rico y dichoso, también regresa a su casa molido. También lo muelen unos poderes misteriosos, mágicos. Este ciudadano si recibe una cantidad de aire mayor que otro día cualquiera, dirá luego que está molido; si habla con cuatro personas en vez de tres como habló el día anterior, se encontrará molido al final del coloquio y tendrá que acudir a la cama o al sofá enseguida.

Si el periódico trae una noche más telegramas que de costumbre, el ciudadano se molerá. Todo él estará lleno de dolores, al acabar la lectura. Y así el ciudadano se encontrará molido hasta en el ataúd.

¿Por qué estarán molidos siempre estos buenos hombres? ¿Por qué si no hacen nada, si no caminan, si no corren, si no trabajan, están molidos? .

¿Es que ellos han nacido ya molidos del vientre de sus madres? . No, no. Es solo el espíritu lo que está molido. Lo ha molido un molino negro y silencioso que mueve el diablo...

¿Ya vino?

QUIÉN vino? Fabelo. Ha venido de Madrid, ha venido de Londres, ha venido de la Habana...

Fabelo se encuentra un amigo por la calle y este amigo le dice:—¡Hola, Fabelo! ¿Ya vino?

Fabelo se encuentra otro amigo que le dice lo mismo que el primero:

—¿Ya vino?—Fabelo a todos le contesta igual, sonriendo:

—¡Ya vine!

A Fabelo no le extraña que a él, habiendo venido, le pregunte un amigo que le vé con sus propios ojos:—¿Ya vino? Fabelo no ha parado su atención en esta preguntita, porque él hace también otra igual a Robaina, cuando Robaina es el que llega de Madrid, de la Habana o de Londres:—¿Ya vino, Robaina? Y Robaina, entonces responde como Fabelo:—¡Ya vine!

Todos los insulares que retornan a la Insula están en el mismo caso que Fabelo. Es preciso preguntarles a ellos mismos si vinieron. Es en balde que las listas de los vapores consignen que Fabelo ha viajado, es inútil que un amigo de un periódico anuncie la llegada de Fabelo; cuando Fabelo tropieza con un paisano tendrá, indefectiblemente, que decirles *que ha venido...*

¿Por qué preguntarán estas cosas vanas, nuestros amigos los insulares? ¿No ven a Fabelo ante sus ojos?

¿No han comprendido que aquella barba negra y larga, aquella nariz violenta y roja, aquellos hombros ciclópeos y aquellas manos amplias, solo son de Fabelo? ¿No recuerdan todos que Fabelo era así, cuando se marchó de viaje? ¿Cómo es, pues, posible que Fabelo haya cambiado tanto en dos meses que sea necesario preguntarle si *ya vino*, para oír su voz y la confirmación de su retorno, por sus propias palabras?

¿Es que piensan que Fabelo no puede volver más? ¿Es que creen que Fabelo no es el mismo Fabelo sino un faccímile de Fabelo, por ejemplo: Fabelo se queda, y manda su barba, sus ojos, su nariz, sus hombros y sus manos convenientemente distribuídos, a que salude a la gente? Nadie sabe lo que piensan los amigos de Fabelo: lo cierto es que cuando se hallan frente a Fabelo, le preguntan: ¿Ya vino? — Sí, sí, es indudable que Fabelo ha venido, está delante de todos, pero no ha abierto la boca aún. ¿Será Fabelo? Se parece a Fabelo—dicen los que están viéndolo—Fabelo ha llegado; lo anuncia un periódico; además Fabelo puso un telegrama diciendo que se embarcaba. No hay duda para los ojos, de que Fabelo ha venido. Pero... Entonces todos le tienden la mano y le preguntan:—¿Ya vino?

Mas como Fabelo no es irónico ni ha nutrido su espíritu con libros humoristas, ni siquiera conoce a Voltaire, sino que es un hombre sencillo, modesto, que viaja porque se lo dijeron, no podrá contestar nunca de este modo:

--No, no he venido aquí, vendré quizás la próxima semana. Vdes. me perdonarán que no venga hasta entonces. Serán sólo unos cuantos días más de espera.

Está en estado

CUANDO una señora de la ínsula está en estado interesante, todo el mundo lo sabe enseguida. Y así podemos oír continuamente, en visita:

—«Fulana está en estado».—¿Tan pronto?—Responden. Y aunque se puede estar en estado desde un mes de vida conyugal, y todas las señoras que hablan lo han sabido por experiencia, hallan extraño que esta otra señora esté en estado con dos meses de matrimonio, nada más.

—Fulana está en estado.—¡Jesus, niña! No ha tenido tiempo de respirar y ya está en estado.»—Y las solteras añadirán:—«A mí, hija, no me gustaría estar en estado tan pronto.»

Cuando una de éstas señoras se nota su estado, se pone un chal o un saco que llaman de disimulo, y que es precisamente lo que más llama la atención de este estado. El vientre de esta señora apenas se nota crecido, pero la señora para que se note esto que no se nota, se pone el chal. Y así, D. Fulano que la ve en la calle le dice a su mujer:—«Me parece que Fulana está en estado.» Y esta esposa lo repite a una amiga. Y el estado del estado de la señora pasa de amiga en amiga, hasta que ya la señora tiene un vientre bíblico y no cabe ocultación discreta. Entonces, la frase cambia y en

lugar de decir: «Está en estado» se dice: «Está para dar a luz.»

Cada vez que un isleño está en gestación, la ciudad entera se conmueve. No parece sino que el niño en ciernes, se vá a llevar algún empleo, o la novia rica de otro isleño.

La señora en estado vá a pasear al Parque. Algunas gustan de exhibir este bulto y lo pasean orgullosamente, como diciendo: «Nadie tiene esto que yo tengo». «Esto que va a salir de mí es lo primero que sale de vientre femenino.» Y la señora vá a la tienda y a la Alameda y a la Plazuela y a misa, siempre con su bulto, en exposición. La señora pretende que hagamos una reverencia ante ella, como los griegos hacían a sus mujeres embarazadas. Pero nosotros no hacemos esta reverencia porque el isleño que se desarrolla dentro de la matriz de aquella señora, será un futuro enemigo nuestro. Algún día hemos de decir, de él: «Me relaja este niño.» Por eso, cuando una señora está en estado, en la ínsula, la ínsula entera se estremece. Y si un isleño dice:— «Fulana está en estado», se sobreentiende que vá a haber un hombre más, mañana, que se disputará la Regiduría de Abastos, por ejemplo, o la secretaría del Cabildo.

Pero si es la señora la que dice que Fulana está en estado, debe entenderse que la embarazada engordará y se pondrá fea, y acabará de hacerle la competencia.

Nosotros aconsejaríamos a todas las señoras propicias a estar en estado, que no lo estén. El número de insulares disminuiría con esto y hasta sobraría el Raisuli, pero iríamos sin duda ganando en orientación.

Yo no leo periódicos



Así como hay señores que tienen a honor leer periódicos y libros; hay otros que se honran con no leerlos.

«Yo no leo los periódicos», dice un poco despreciativamente el señor que no los lee. Y alza la cabeza, como si en vez de no leer los periódicos fuera él el mejor que los escribe en el mundo.

En la ínsula es una cosa honorable no leer periódicos. Los periódicos no dicen más que boberías. Las boberías de estos periódicos generalmente consisten en hablar de estos señores que dicen que no los leen por esas boberías mismas. Así don Fulano, no lee nunca los periódicos, mientras el periódico está diciendo que él está mejor de su enfermedad ó que ha pronunciado un excelente discurso. Claro que en el fondo el señor está contento con el elogio o la cortesía de este periódico, pero tiene también razón en decir que son boberías lo que traen estos periódicos.

En lo que no tiene razón es en no leerlos. El periódico para que lo lea este señor tiene que decir boberías. Si el periódico en lugar de estas cosas triviales hablara de budismo o de la situación psicologica de Rusia, el señor no podría leerlo de verdad. Pero ahora, con sus boberías cotidianas, es cuando debe leerlo porque es cuando lo entiende. Dice boberías el periódico, claro

está, y el señor lo sabe, luego lo dijere. Si no dijiera boberías ¿podría saber el señor lo que dice?

El secreto de la bobería no está en el escaso caletre del periodista si no en la discreción y el tacto que la costumbre de su oficio le ha dado. El señor, en vez de decir que no lee periódicos, debía leerlos y darse pisto de que los entendía, ¿pues como va a saber de estas boberías sin enterarse? Otro bobo más discreto que él podía superarlo en conocimientos y decir con más razón, que los periódicos no traen sino boberías.

Cada señor isleño tiene dentro de su cuerpo un periódico mejor que el que le llevan a su casa y que por compromiso paga. Tiene su periódico y lo escribe todos los días. No lee los de papel y tinta, y es seguro que no los leerá nunca. Posiblemente estos periódicos que no dicen más que boberías, serán esos que ellos llevan dentro de sí mismos.

Don Francisco está de purgante

DON Francisco se ha tomado hoy un purgante. Por eso él ha estado toda la mañana metido en su casa de zapatillas, sin lavarse y tomando agua de pan quemado. Nosotros nos lo encontramos al anochecer y nos ha dicho: «Me voy, lo dejo mi amigo: no quiero que me coja el sereno porque hoy estoy de purgante».

Cuando un hombre en la ínsula se toma un purgante es como si se tomara una trágica decisión; como si fuera a presentar una renuncia política con carácter irrevocable.

Primeramente, el insular está diciendo varios días que necesita tomarse un purgante. Un día no come y su mujer, al observarlo, así le dice: «Quizás te haga falta un purgante. ¿Obras bien?».—«No, no he obrado hace dos días. No se si tomarme el purgante.»—«Tómate una pildorita de esas que se toman por la noche.»—«No se. Mejor será una limonada. Pero me fastidia porque tengo que quedarme sin oficina.»—«Tomátelo el domingo, hombre!»—«No, no, el domingo no porque me quedo sin misa.»

Este diálogo no se repite hasta ocho días después, que adquiere más amplitud. El marido dice: «No voy a tener otro remedio que purgarme».—¿No te lo dije?—contesta la esposa—No te purgues y que te dé una peritonitis. Son majaderías. Total: cinco minutos de mal

gusto. Yo te encargo uno! ¿Quieres una limonada?—No se... una limonada...—Pues toma aceite de castor.—¡Niña, estoy después repitiendo todo el día...!—Mejor es una limonada...

Vencida la resistencia del marido, la esposa manda a buscar una limonada, que coloca, convenientemente, en la pila con el gollete hacia abajo. El esposo, cuando se va a acostar y bebe el agua en la pila, se estremece ante la visión de la botella aterradora. Allí, junto al bernegal, está el frasco con el veneno.

El marido, que es D. Francisco, no duerme y se levanta con el alba lleno de inquietud y zozobra. Se dirige a la pila dispuesto a beberse la pócima. Coge un vaso, agita la botella y cuando se dispone a vaciarla se detiene súbitamente. No se atreve. Tomarse un purgante es una cosa más seria de lo que parece la víspera. D. Francisco destapa la botella y aplica las narices; husmea... no da olor. Seguramente el purgante no sabrá a nada. Pero ¿y si sabe? Estas cosas de la botica engañan. D. Francisco no se decide y se vuelve a la cama. En la cama duerme hasta las ocho que lo despierta su señora.

—¿Te has tomado el purgante Pancho?—D. Francisco, aunque oye, no responde. Hace que duerme. La mujer le sacude vivamente, y don Francisco no puede fingir más. Es preciso cargar con el purgante.

La esposa vá en busca de la limonada, que trae en un vaso especial, para purgante, donde se han tomado todos los purgantes los antecesores de D. Francisco. En un plato diminuto trae la señora unos terrones de azúcar. Y entonces comienza el asalto. D. Francisco acerca los labios para retirarlos rápidamente; la esposa se impacienta:—¡Pero hombre, pareces un niño!—Es que me repugnan los purgantes.—Pero si no sabe a nada. Mira: yo te *trinco* las narices, te lo tomas sin respirar y después te tragas estas dos piedras de azúcar.

De este modo es como D. Francisco se toma al fin el purgante. Pero después, durante el día, está insoporable. A las dos, después que haya obrado, se tomará un caldito con un huevo dentro y un poco de arroz y un trozo de conserva de membrillo; dos horas más tarde, un poco de leche y una copita de vino Jerez, y al atardecer irá a dar un paseito al parque para recogerse temprano.

Mas al día siguiente se enterará todo el mundo de que D Francisco se ha tomado un purgante. El lo dirá en el casino palpándose el vientre y sin venir a cuento. Cuando su vecino de butaca sospecha que él piensa en algo metafísico al verlo mirando el cielo, D. Francisco dirá:—«Caray, estoy muy bien. Ayer me tomé un purgante y es como si me hubiera quitado un peso de encima.»

Tengo viajante

Todo ciudadano que se mete a comisionista ha de pasar por el viajante. El viajante es un señor catalán, generalmente de la Liga, a quien se invita a almorzar en el «Café de Madrid» y se lleva un día a San Mateo, para *ver eso*. El comisionista, cuando tiene al viajante, no es más que del viajante. La señora del comisionista no puede ir al cine, porque esa noche, le toca al viajante. Tampoco puede ir la señora a casa de su familia, y dice a su criada:—«Dile a Pinito que esta noche no vamos, porque Pancho tiene al viajante. Y que no sé cuando iremos. Dile que iremos cuando el viajante se vaya.» El viajante, a su vez, es del comisionista y lo invita, si es catalán, a tomar un refresco económico mientras le dice, con tono de la Barceloneta: «Ahora estamos haciendo las medias con un hilo mejor. La pana es de mejor calidad. Norbillat la fábrica también, pero la pana de Norbillat no puede competir con la nuestra».

En el tranvía se entabla una pequeña lucha urbana, entre el comisionista y su viajante. El viajante quiere pagar, pero el comisionista no lo permite. Y es que una de las cosas que primero debe aprender el comisionista isleño, es portar bien al viajante.

El viajante tiene otro amigo además del comisionista. Y un día almuerzan juntos, para que al final del

almuerzo aparezca el comisionista y pueda decirle el viajante: «Ha llegado Vd. a tiempo. Se tomará un café.» El viajante no tiene ese amigo nada más que para pronunciar esta frase del diccionario de los viajeros.

Cuando el viajante se va Tenerife, se queda el comisionista arreglando el muestrario y dice a todos los clientes: «El viajante está en Tenerife, vendrá dentro de una semana y sería conveniente que Vd. tuviera arreglado para entonces el pedido.» Y es que el viajante se vá, para que el comisionista pueda decir eso, pueda hablar alguna cosa. Si el viajante no se fuera esos siete días a Tenerife, ¿qué podía pensar o decir el comisionista?

Nosotros quisiéramos tener, a falta de una finca, un pequeño viajante. El viajante es una cosa importante y honorable. Tener un viajante en plaza, es casi tan importante como tener una buena voz de tenor.

Ahora es la época de los viajeros. La ciudad se llena de ellos. Empiezan a cruzar las calles hombres pequeñitos con zapatos blancos y carteras de cuero bajo el brazo. Y detrás de ellos, como perritos leales, los comisionistas, alegres y satisfechos de tener su viajante ya.

A un muchacho le gusta tener un reloj y estudiar para que el papá le compre uno, cuando se examina. Un comisionista, lo primero que ha de hacer, es procurar que empezado su ministerio mercantil le llegue un viajante y trabaja para tenerlo.

El viajante, los cruza caballeros del ramo de tejidos y les dá el espaldarazo con un cepillo de dientes de calidad extra.

El señor chinchoso

HA cruzado a nuestro lado, un distinguido señor, bien vestido, bien afeitado, con aire de persona educada. Este señor se ha quitado el sombrero cortésmente y nos ha saludado, con una amable sonrisa. Un amigo que estaba junto a nosotros ha dicho entonces:— «¡Qué hombre más chinchoso!»

¡Un hombre chinchoso! Chinchoso es en la isla sinónimo de cargante, de antipático. El señor que nos ha saludado es un hombre fino ¿por que es, pues chinchoso? Por eso mismo. Nuestro amigo se molesta cuando un hombre le saluda con educación. Es indudable que a nuestro amigo le gusta la gente ordinaria. Para él el hombre que eructa, que se mete los dedos en las narices y que dice ¡ajo! cada dos palabras y escupe por el colmillo, es el perfecto hombre de sociedad. Nuestro amigo encuentra chinchosos a todos los hombres que hayan recibido un poco de educación. Y este criterio de nuestro amigo se encuentra muy generalizado en la ínsula. Por eso hay tan poca gente chinchosa.

Un isleño no puede sufrir que le digan chinchoso. Y si han de decírselo, porque se quita el sombrero, no se lo quita y santas pascuas.

—Es de lo más chinchoso que hay, ese hombre.— Buenas tardes, como está V. ¡Jesús! Que chinchoso— repiten remedando los que no lo son. Y el desdichado

señor que ha sido chinchoso unos minutos, deja de serlo desde aquel día, para siempre.

Así, pues, cuando veais tanta gente ordinaria y plebeya a vuestro lado, no sintais dolor, ni asco. En el fondo toda ella es finísima, culta, espiritual, pero modesta. Y se hace así, por educación misma, por cortesía misma, porque serian unos hombres chinchosos en medio de una sociedad de hombres no chinchosos, notas discordantes en una orquesta tan afinada y completa.

No me han invitado

EN la ínsula hay siempre un señor, que no es invitado y que él cree que deben invitarle porque dice: «A mí no me han invitado.»

Cuando un señor dice: «A mi no me han invitado», ya sabemos que ha habido una fiesta donde no se ha invitado a todo el mundo, sino a unas cuantas personas, entre las que no se encuentra; claro está, este señor que se queja.

—Ha ido V. a la fiesta, señor?—le preguntamos.—
Y él dice:—¿Pues ha habido fiesta? No sabía nada. No he recibido invitación». Y se aleja, pensativo, el señor no invitado, hecho un mar de confusiones por no saber que causas han obligado a no invitarle. No, se... no se... —dice—por que no me han invitado...

Y es el caso que el señor no tiene importancia para esta invitación y él mismo sabe que no la tiene, y no debe extrañarle, pero le preocupa sin embargo ¡Caramba! ¿Por que no me habrán invitado?

Luego, hay otros señores que saben de esta fiesta por el señor no invitado. En la ínsula para dar popularidad a una fiesta lo mejor es no invitar. ¿Ha habido fiesta? ¡No han invitado, pués! ¡Caray!

Los señores no invitados que saben de esta fiesta, dicen:—«A don Fulano no lo han invitado tampoco.»

¿No han invitado a don Fulano?—Eso he visto en el periódico.—¡Pues es raro!

Y se encuentran a don Fulano y le preguntan:—¿«Don Fulano, a V. no le invitaron?»—A mí no.—Hombré ¿y cómo ha sido eso?—Pues no sé, no me lo explico.—Pues don Zutano fué invitado.—¿Sí?—Lo invitaron?

Y se arma un pequeño conflicto social con esta invitación, y la señora de la casa se incomoda y exclama:

—Pues sí no te han invitado ahora no debes aceptar la invitación cuando te inviten otro día.

Y el señor no invitado recordará toda su vida este desaire, y lo repetirá en la rebotica, cuantas veces haya fiestas y aparezca un nuevo señor no invitado.

—Pues a mí, allá el año 14, no me invitaron a la fiesta tal. Nunca lo comprendí. Aunque luego me dieron excusas, diciendo que fué un olvido involuntario, pero yo, no volví jamás a ninguna fiesta que dieron esos señores. . Fué una cosa que me molestó mucho y todavía al recordarlo me arde un poco.

A cojer la puerta

UN señor que tenga en la ciudad mucho negocio, lo primero que necesita es una puerta para que el isleño la coja. En un bufete, en un despacho de médico, siempre hay un señor cojido a la puerta. Un señor que llega al amanecer y se vá de noche. El señor que dice: «Le he aguardado a V. muchos días y al fin, en vista de que no podía verlo, he tenido que cojerle la puerta.»

Generalmente, cuando nos enteramos de que la puerta está en poder del señor, es en el momento de más trabajo, cuando vamos a salir de prisa, cuando vamos a almorzar y no podemos atender al señor que nos ha cojido la puerta.

La puerta, en la isla, puede o estar barnizada o abierta o cerrada o cojida. Cuando el isleño coje la puerta, es lo mismo que cuando coge el dinero ageno. Acostumbrado a coger algo, cuando no coje monedas coje puertas. Y mientras cierra la suya se agarra a la de los demás.

Una mañana se levanta el insular y dice:—Tengo que ver a don Fulano. ¿A qué horas está don Fulano en su casa? A las tres, le dicen. ¿Es seguro que a las tres? Pero a esa hora no podrá verlo nadie porque tendrá mucha gente. Lo mejor es ir a las nueve.—¡Pero si

a las nueve no estál, le dicen. Ya lo sé. Estará a las tres, pero iré a las nueve.

Y a las nueve va. Y coge la puerta.

Y dan las diez y las once y las doce y la una. Y a las tres, llega don Fulano, sudando y deprisa y se mete por la puerta trasera de su casa que el insular no ha visto, ni ha presentido.

Pero al día siguiente se entera y se pone en aquella puerta de atrás y cuando don Fulano entra le dice sonriente:—Hoy no se me escapa V. Ayer estuve cojiéndole la puerta de delante cinco horas y V. se metió por ésta, pero hoy le cojí ésta y no se me escapa.

Y don Fulano que se va poniendo rojo de cólera no se atreve a contestarle al señor que ha cojido esta su nueva puerta que él creyó no podía cojer nadie. Pero allá en su fondo le dan unas ganas terribles de decirle al señor que coje la puerta:

—¿Y V., pollo, no coje otra cosa, no coje más que puertas?...

Tengo que terminar un trabajillo

Si uno ha nacido para tenedor de libros de una casa de comercio, llegará un día en que nos oiga decir un amigo: «Tengo que terminar un trabajillo».

Y esto ocurre, cuando una noche va uno de prisa por la calle de Triana y nos tropezamos con el amigo que nos detiene y nos pregunta cual es nuestra ruta. Y entonces, hemos de decir la frase sacramental: «Tengo que terminar un trabajillo.»

En la insula no hay un solo tenedor de libros que no tenga que terminar un trabajillo. Este trabajillo es buscar un dulce céntimo que se ha extraviado, de chico que es, entre las columnas rojas de un Diario.

El tenedor de libros se mete de noche a buscar este céntimo, pero el céntimo se burla de él escondido detrás de una peseta que brilla como la plata de la luna y que todo lo ciega con su resplandor. Pero el tenedor como ha dicho la frase terrible estará toda la noche buscando este céntimo. El tenedor es esclavo de la palabra que ha pronunciado.

Aunque él quiera no podrá dejar de trabajar porque ya ha dicho que tenía que hacer el trabajillo, y cuantas veces quiera dejarlo, recordará su frase y se verá dominado por ella. Un tenedor de libros que tiene que hacer un trabajillo, ha de hacerlo, porque entonces, si no lo hace, no tiene que hacerlo. Y como puede ser

palabra fiadora esta del tenedor de libros, que dice que tiene que hacer un trabajillo y luego no lo hace? Si mañana dice que está bien una suma, nadie podrá creérselo; una suma no está bien nunca.

Es necesario volver a la noche para revisarla. Este trabajillo que se hace es revisar la suma. El tenedor de libros que no tenga que hacer un trabajillo, no podrá ser nunca un tenedor de libros completo.

El necesita salir muy tarde y dejar siempre un trabajillo pendiente para hacerlo después a la noche. El trabajo no podrá acabarse nunca, y será un eterno error mercantil si no se deja un trabajillo para terminarlo. El trabajo necesita este auxiliar de su trabajillo. El trabajillo, es después de todo, el verdadero, el profundo, el intenso trabajo del tenedor de libros.

El rellенador del Parque

UN señor rellena el Parque todos los días. Este relleno ideal está hecho hace meses. El señor, todas las mañanas echó un poquito y el hueco enorme del ensanche del paseo, se ha llenado de deseos del señor.

Este señor es el amigo isleño. En la isla hay señores que son *amigos*, no porque tengan muchos amigos, sino porque lo son de ellos mismos. Decimos: *el amigo Fulano*, y ya se supone que es aquél. Este señor es amigo, como puede ser farmacéutico o sobrestante. El calificativo aquí, es como el título de su arte u oficio. El amigo isleño relleno el Parque, poco a poco, y aunque su melancolía patriótica, demuestre, que el ensanche no está relleno, el amigo se lo supone así. Acaso no se atreva a caminar sobre su relleno ideal; posiblemente, si alguien se atreviera a caminar a su vez, él les gritaría: «No, amigo. No crea Vd. que eso es sólido. Está relleno de voluntad mía, que aunque es férrea, no tiene resistencia real para las plantas de sus pies.»

Pero es lo mismo, que esté el parque relleno de escombros o de voluntad particular. El señor tiene unos dulces pies ideales para darse un paseito sobre él. Y ve el mar más cerca que nadie, y su espíritu manso de hombre de rebotica, se conforma y se enorgullece. ¿Qué importa que sea de tierra o de pensamiento este relleno

no?—Dice él. El cielo, ni es cielo ni es azul. ¡Y mañana!...

El amigo rellenador es un honesto filósofo urbano. Y un arquitecto del mundo invisible. El ha hecho también su puente y si no anda por él es para no estropearlo. Lo que no ha podido conseguir, ni en las más recónditas regiones de su imaginación, es agua para el evacuatorio del Puerto.

Su mayor cariño, es, sin embargo, el relleno ¡Así pudiera rellenar su cabeza como rellenó el hueco del ensanche! Pasan los días, las mañanas claras y las tardes dulces, y el señor, no las ve pasar, absorto en contemplar su relleno. Acaso, un día —lejano—cuando de verdad esté relleno el Parque, el señor amigo se incomode y no vuelva más a prestar su patriótico servicio. Seguramente exclamará indignado: «En este país no se puede hacer nada sin que le estropeen a uno cuatro envidiosos, el trabajo. Lo mejor es meterse uno en su casa y que la política se las entienda sola.»

Ese es un sinvergüenza

GENERALMENTE, en la ínsula el sinvergüenza, no es el individuo que no tiene vergüenza como sería lógico y gramatical suponer: sino el que hace una cosa que al verdadero sinvergüenza perjudica.

Un sinvergüenza abre una timba y hay otra persona que no está conforme con esta timba y la va a denunciar; y el sinvergüenza, que además es listo, lo supone así y advierte a un cofrade suyo asimismo sinvergüenza: «Mucho ojo con Fulano, que ese es un sinvergüenza y nos denuncia.»

Otro señor va a acometer una sinvergüencería y ante el temor de ser descubierto se previene pensando: «Esto tengo que hacerlo bien escondido porque si se entera Zutano, que es un sinvergüenza... me fastidia.» Para dejar, pues, de ser sinvergüenza en la ínsula, es preciso ser sinvergüenza. Mientras más sinvergüenza se es menos sinvergüenza resulta uno. Una sinvergüencería mata a la otra.

Otro señor no está conforme con el saludo que le propina un amigo y lo deja de saludar. Desde este momento pasa a ser sinvergüenza. Un saludo de más o de menos adquiere en la sociedad pretenciosa de la ínsula caracteres de canallada. Y así vemos que no saludando a los sinvergüenzas somos sinvergüenzas sin saberlo. Pero esto no obsta para ser amigo del verdadero

sinvergüenza. Aunque uno no lo sea y lo es, con relación al otro que siéndolo no quiere serlo. El sinvergüenza dice: «Perencejo de Tal es amigo mío, pero no dejo de reconocer que es un sinvergüenza.»

No empece, pues, no ser sinvergüenza para que el sinvergüenza sea amigo nuestro, suponiéndonos sinvergüenza. Si nosotros decimos que el sinvergüenza es él, se enfadará sin embargo, pero tampoco dejará de ser nuestro amigo.

Sinvergüenza para el sinvergüenza es aquel que, aún haciendo cosas de sinvergüenza, no son como las de él. Y cualquier cosa es una sinvergüencería.

Si el sinvergüenza robó una cosa, dejará de ser sinvergüenza, en el mismo momento en que el no sinvergüenza se olvide de saludarle en la calle. Pues su categoría de sinvergüenza la traspasa *ipso facto*, al no sinvergüenza.

—¿Quién...? ¿Ese...? ¡Ese es un sinvergüenza! Pasa por al lado de uno y ni saluda siquiera.

Llámeme por teléfono

EN toda casa que haya un teléfono debe, contarse, de antemano, con el señor que ha de pedir ense- guida el favor de hablar por teléfono. Este señor necesi- ta más que ninguno el teléfono. Casi todos sus nego- cios los hace por teléfono. Pero no pone ninguno por- que cerca de su casa hay otro y es una bobería gastar- se el dinero teniéndolo tan a mano y tan económico.

Nosotros tenemos un teléfono de mesa, en nuestra alcoba. Este mes lo hemos utilizado una vez solamente, pero nuestro amigo, el de la esquina, lo utiliza todos los días. «Voy a hablar un momento por teléfono», nos dice. Y nosotros le respondemos: «Puede V. hablar, pero todavía está sin hacer la cama y no se han llevado la bacinilla.» «No importa —nos responde— Yo no necesito ni la bacinilla ni la cama. Es un momento nada más.»

Otra vez, a media noche, nos despierta el timbre del teléfono. Es un señor, que llama del Puerto y dice: «¿Podía hacer el favor de mandar un recadito a don Fulano para que se acerque al teléfono?»

Y nosotros nos levantamos, nos vestimos, nos des- ayunamos a media noche, hacemos la cama y esconde- mos la bacinilla para que venga don Fulano y hable por el teléfono.

El señor que pide el favor de hablar por el teléfono se encuentra en la calle a un amigo y le dice: «Si me

necesita, llámeme por teléfono.» «¿Pero es que ya tiene V. teléfono?—No, no señor, lo tiene Zutano. V. me llama allí y enseguida me mandan un recado.

—«¿Quién es?—gritamos otro día porque el teléfono no suena y estamos esperando una noticia interesante. ¿Quién es? Pero quien es, demonio?» Y un hilo de voz suena, como del otro mundo:—¿Quiere V. hacer el favor de mandarle un recado a don Perencejo, para que se acerque al teléfono de parte de don Zutano?

Este señor que pide el favor de hablar por el teléfono, es el mismo que manda recado a la barbería para que le presten el diario, y es el mismo que si no le prestan el diario o se olvida uno de llamarlo para que hable por teléfono, dice:

—Ese es un tío. No le pida V. un favor porque no se lo hace. Es un canalla.

El negocio de la tartana

UNA persona particular, un sencillo empleado que no ha hecho negocios nunca, quiere un día hacer uno. Pero tiene que ser un negocio discreto, honesto, poco atrevido. Y se dispone a comprar una tartana.

Una tartana es un pequeño negocio. Se busca un caballo bueno, se limpia la tartana, se le da luxol a los metales, se le ponen torros nuevos y se busca un muchacho que haya sido tartanero y que sea honrado.

La tartana se recomienda a los amigos.— «Hombre, si necesitas una tartana, yo tengo una. La parada la tiene frente al Casino » Y el amigo, un día tiene que ir al Puerto, y si está en el Parque, por servir al amigo de la tartana, se vá caminando hasta el Casino. O toma otra tartana que lo lleve hasta el Casino. Pero puede ocurrir, y ocurre fácilmente, que después del viaje el amigo recomendado le dice al tartanero, sin pagarle: «Dile a don Fulano que yo me entenderé con él.»

Y así todos los amigos. Un señor particular que compre una tartana para hacer un pequeño negocio, lo hace, si, pero un negocio hacia atrás, uno de esos negocios de los cuales se dice con una sonrisita: ¡Bonito negocio!

Nosotros compramos un día una tartana. Y todos nuestros amigos montaron en esta tartana. Verdaderamente nos hacían el favor de utilizarla. Pero todos se

entendían después con nosotros. Y nunca llegamos a entendernos.

Esas dulces tartanas tan compuestas y tan brillantes que vemos cruzar la ciudad, tienen una amarga historia entre sus cojines. Son como esas muchachitas que se gastan todo el dinero en trajes y se echan a la calle con una cebolla por todo alimento.

No os alegréis nunca al ver estas tartanas. No hagais nunca elogios de ellas. Son las tartanas desgraciadas de nuestro particular amigo, que nadie paga nunca, y que un día el amigo vende por mitad de su valor a otro tartanero de oficio, con quien no se puede uno «entender».

Una gran persona

CUANDO se es en la ínsula una gran persona ya sabemos todos que nuestra vida es inmortal. Para ser gran persona es preciso ser antes un gran hotentote, y fumar un buen cigarro puro y caminar abriendo las piernas constantemente. El transeunte, al pasar dirá de nosotros:—«Qué tío más animal», pero siempre habrá otro señor que responda:—«Pero es una gran persona».

Puede uno ser sinvergüenza y hasta ladrón en la ínsula sin dejar de ser gran persona.

La gran persona está siempre en el fondo, como los tesoros.

Un señor ladra. En el fondo es una gran persona. Otro señor comete una infamia. No importa. Mientras comete esta infamia, como beneficia a un tercero, será la gran persona que todos deseamos.

—«¿Vd. lo ve tan grosero, tan sinvergüenza, capaz de quedarse con la isla entera...? pues es un infeliz, incapaz de nada, una gran persona.» Así decimos nosotros de estas grandes personas nuestras.

Un día este señor se muere y su entierro es una gran manifestación de duelo. Al enterramiento de este señor acuden todos los aspirantes a grandes personas. Y de las cenizas de esta gran persona, sale el Fenix de otra gran persona nueva y popular.

La gran persona se sienta en un Círculo todas las

tardes a decir burradas, rodeado de un coro de amigos. La gran persona alquila un palco en el Teatro y se vá en automóvil al campo. Es también el «que sabe gastarse el dinero». Por esto mismo de saber gastarlo es acaso «la gran persona».

Nosotros quisiéramos ser unas personas pequeñas nada más. Pero no es posible. En la ínsula si no se es *gran persona*, no se puede ser nada, como no sea un *fulanillo a la vela*.

La rajita del zapato

UNA de las personas más impertinentes de la ínsula es el señor al que se le hace una rajita en el zapato y le molesta tenerla. Este señor se sentará en el casino a decir que tiene su zapato roto y acudirá a un amigo en la calle para decirle: «Hombre, ahora mismo se me acaba de rajar el zapato. Yo no se de donde diablo vienen ahora los materiales. Y fíese V. del zapatero. El zapatero le dice a V. que es becerro y no hay tal becerro. El becerro es uno por encargárselo.

El señor que se le raja el zapato, sufre mucho. Va por la calle levantando los dedos para que no se le note lo rajado. Aguanta la respiración y mira de un modo agresivo a la gente como si quisiera detenerle la mirada para que no se dirija al zapato lo vea roto. Este señor del zapato rajado no lo mandará a coser porque él cree siempre que se nota más cosido.

Y él puede soportarlo todo en la vida menos que la gente sepa que él tiene una cuchillada en el zapato.

«A mí se me rompen siempre los zapatos por el mismo sitio —dice—. No puedo resistirlo. Yo soy capaz de salir con un siete en el pantalón, pero nunca con esta pequeña raja en el zapato.»

El zapatero quiere convencer al señor de que el zapato se le raja porque el pie le suda, pero el señor insiste en que ya el becerro está sudado de antemano cuan-

do lo utilizan para zapato. Y se enfada con el zapatero y le guardará rencor toda su vida, como Byron al curandero que la prometió enderezarle la pierna, y no se la enderezó.

Sin embargo, hay señores que les gusta tener el zapato rajado. Y apenas lo estrenan se lo rajan exprofeso. Y le dan una, dos, tres cuchilladas sobre la parte del dedo meñique y se queda el zapato como una pequeña raja andaluza, por donde asoma con el mantón de un calcetín blanco, el diminuto y regordete dedo. Este señor que se raja el zapato por su gusto suele ser de Tafira. Y nunca hemos sabido por qué se lo raja. Acaso previniendo la futura raja. Cuando la raja vaya pues a llegar al zapato, se encuentra que ya estaba allí. Y nadie la podrá ver entonces.

El señor que se incomoda porque se le raja el zapato debe utilizar este práctico y sagaz modo del señor de Tafira, rajándose el día del estreno. De esta manera, la voluntaria raja será respetada y cuando la otra fatal llegue, nada podrá hacer, que avergüence o mortifique al señor que se enfada porque se le raja su zapato.

Lo voy a jeringar

LA palabra no es jeringar, sino otra más gorda, pero, vamos, el lector entiende.

Lo voy a jeringar. El isleño siempre está jeringando a otro isleño, mientras este no se somete a su idea. Llamémosla idea. Y así vemos que a un escritorio vá un señor después de la hora de oficina y como no le despachen dice:—«¿No me despacha? Ahora voy a hablar con el jefe para que se jeringue este señor» (que es generalmente el cajero). Verá si me despacha. ¡Pues no faltaba más! ¿Qué se habrá creído este señor cajero? Se lo voy a decir a su jefe para que lo jeringue.

Otra vez, el señor llega al Ayuntamiento a solicitar alguna cosa ilegal, y el encargado del departamento le dice que no puede hacérsela. El señor entonces, monta en cólera y se vá a ver al Alcalde o a un amigo concejal, no para que le arreglen la cosa, sino para jeringar al que no ha querido la cosa hacerle.

¿Dónde va V. tan tarde?—le preguntamos a otro señor. Y el señor nos responde: «Voy a arreglar un asunto.—Me parece que es tarde ya. Seguramente no hallará V. a nadie que le atienda—añadimos.—¡Cómo!—exclama el señor. ¿No hay nadie? Si no hay nadie ya veremos quien es el que se jeringa.

A veces un señor se pone malo no para jeringarse él sino para jeringar a otro.—«¿Yo hago falta en ese si-

tío para que Fulano diga o haga tal cosa? Pues me pongo malo y se jeringa conmigo.

— ¿Pero, hombre, por qué está V. caminando con la cabeza y no con los piés? Se va V. a hacer daño. Es absurda esa manera de caminar. Le perjudicará a V. mucho—decimos a un isleño que vemos por la calle. Y el isleño nos responde, sin inmutarse:—«Esto lo hago para que se jeringue Mengano que le jeringa verme así.

En la ínsula todo se hace para jeringar al prójimo. Si se nos muere un pariente es casi siempre en vísperas de fiesta, para poder decir: «Ya me jeringó este.» La vida insular no tiene otro objeto que jeringarse los ciudadanos mutuamente.

Cuando nos dicen:—«Me jeringa este asunto», ya sabemos que el señor lo está haciendo exprefeso. Para jeringar al que... lo dice y éste a su vez jeringa al otro diciéndole que lo ha jeringado.

¿De quien es ese entierro?

LA calle está silenciosa. En las galerías de las casas de esta calle, las mujeres zurcen y cosen. De pronto se oye un canto fúnebre en la calle y las mujeres de la galería, sueltan su costura y se levantan precipitadamente. Dirijense a la ventana; la entornan, aplican un ojo y dicen:—Un entierro!—¿De quién será este entierro?—Tú sabes, niña? Yo no.—¿El periódico no dice nada?—No, no dice.—¡Jesús y de quien será este entierro!

En el entierro van muchas personas de esas que dicen *conocidas*. Y las señoras exclaman:—«Persona conocida es. Va mucha gente conocida. - ¿Aquél que va allí es el conde? Persona conocida debe ser el muerto.

Las señoras no saben y sienten una pequeña angustia por no saber. Y cuando ya el féretro ha pasado asoman la cabeza para ver mejor.—Fijate, niña, si va algún amigo.—No veo a nadie. —¿Aquél no es Fabelo?—Sí, es Fabelo. No mira?—No mira, hija.—Mira a ver si mira y preguntale.

Pero Fabelo se ha tomado en serio el entierro y marcha con los ojos bajos. El entierro pasa y las señoras se vuelven a su galería sin haber podido saber quien era la persona muerta.

En esto entra la criada y todas las señoras a una

voz le preguntan:—«¿Oye, tú has oído decir de quien era ese entierro?»

La criada no sabe tampoco, y una de las señoras menos resignada vuelve a asomarse a la ventana. Por la calle pasa Robaina y la señora le dice:—¿Oiga, Robaina, Vd. sabe quien se ha muerto?—No señora—contesta Robaina.—Porque ahora mismito pasó un entierro.—Pues no señora.—Don Fulano, estaba muy malo, pero no tengo noticias de que se haya muerto.

Es terrible para estas señoras no saber de quien ha sido este entierro. Ellas no pueden seguir zurciendo. Se levantan nerviosas, se vuelven a levantar. Ultimamente una de ellas da un gran suspiro, extiende los brazos y exclama:—¿Ha llegado el periódico?

—Niña, tan temprano?

—Jesús, tengo ganas de que llegue para saber de quien ha sido el entierro.

No tengo ganas de moverme

DON Salustiano está de zapatillas tumbado en un sillón de su casa. El niño mayor de D. Salustiano llega y le dice: — «Papá, llévame al Circo». D. Salustiano responde: — «Esta noche no tengo ganas de moverme».

Poco después llega la esposa y pregunta: — Tú vas a salir Salustiano? Lo decía porque podíamos ir a casa de las niñas de González, que sabes que se les ha muerto un niño. Pero D. Salustiano, dá una chupada al cigarro y exclama: — Esta noche no tengo ganas de moverme.»

Nosotros vamos a un casino para invitar a nuestros amigos a dar un paseo. Uno por uno nos dicen que no tienen ganas de moverse. Buscamos entonces a nuestro compañero de tresillo que está leyendo el *Diario*, el único periódico que se lee aquí. Pero nuestro compañero nos responde lo que los amigos del paseo: «No me muevo de esta silla ni a tiros». Aquella noche nadie quiere moverse. Y esperamos al siguiente día. Nos ocurrirá igual. Nuestros compañeros, nuestros amigos, no tienen ganas de moverse.

En un teatro debuta una celebridad. — «Vamos a ver esa celebridad» — decimos — No tengo ganas de moverme — responden. Nuestro más íntimo amigo se ha muerto y lo van a llevar al Cementerio, mas como na-

die tiene ganas de moverse, el cadáver dentro de su caja irá sólo al Cementerio. Hemos pensado muchas veces, que estos amigos no han aceptado la invitación de de la Muerte por no moverse de su sitio.

Y he aquí el secreto de esta salud insultante. Sigilosamente nos han visitado epidemias. Una vez, no hace muchos años, llegó la peste bubónica y dirigiéndose a un socio del Casino le dijo:—«Amigo, aflójese el cuello, para adherirme, suba los brazos...» Y el socio le contestó a la Peste:—«Ahora no tengo ganas de moverme». Y la peste se fué en busca de otro... Y al fin se ausentó al ver que la ínsula no daba hombres propicios. Si oís decir:—«Es un milagro que con tan poca higiene no se desarrollen aquí epidemias», contestad vosotros que las epidemias sí vienen, pero nada pueden conseguir, si todo el mundo está quieto en una butaca o en una silla.

El tifus se metió una vez en el vaso de un amigo nuestro, y nuestro amigo se salvó, por no mover la mano para cojerlo, la mano que tenía apretada dentro del bolsillo echado, en un diván mientras estaba...

¿Por qué D. Salustiano tiene un padre de noventa años? ¿Cómo este padre no se ha muerto a pesar de haberse arruinado? Es que el padre de D. Salustiano, aunque *oficialmente* posee noventa años, en realidad no tiene sino cincuenta. El padre de D. Salustiano estuvo a punto de morir a los cincuenta años, pero como *no tenía ganas de moverse* ha llegado a los noventa, echado sobre sí mismo, y sabe Dios, si se *moverá* todavía!

El cielo insular tampoco se mueve. Las nubes, quizás por no moverse, están sobre la ínsula todo el año. Aquí no se mueven ni las cupletistas.

Me voy a acostar temprano

CUANDO, por la tarde, dice un indígena de la ínsula: «Esta noche me voy a acostar temprano», adquiere un aire de grande hombre. Lo mismo que si hubiese dicho:—«Fragilidad, tienes nombre de mujer» o «La música es el menos molesto de los ruidos...

Me voy a acostar temprano; temprano es para un insular las ocho, después que come. El insular que no bebe y vá a dar vueltas por el Partido, suele acostarse a las diez. Si es troglodita del todo vá a la plazuela, y si es un noventa y nueve por ciento de troglodita, irá al Casino. En ambos lados dirá cosas vulgares, monótonas, plúmbeas: Así, de esta guisa:—«No se han enterado Vds.?» «¿Han visto Vds?» «¡Fuerte relajol!» «Me duele la barriga esta noche. No sé si será un turrón de Alicante que me comí». Pero, cuando exclama:—«Esta noche me voy a acostar temprano», es cosa de aplaudirle frenéticamente.

El insular cree que sus amigos se estremecerán cuando le oiga decir esta frase terrible. Y es que el insular, de puro presumido, piensa que si él no sale por la noche, la noche no tendrá estrellas.

Don Antonio está en la terraza del Casino, hablando con D. José. D. José le dice:—«D. Antonio, vamos esta noche a hacer la visita a D. Bartolome?» Pero don Antonio dá una chupada al cigarro, empina el vientre,

estira las piernas y poniéndose un dedo de su mano izquierda en la manga de chaleco responde, pausado, lento, en tono sacerdotal:—«Esta noche no. Esta noche me voy a acostar temprano.»

¿Creeis que D. Antonio está enfermo? ¿Habéis pensado que mañana él ha de levantarse más temprano que nunca y necesita recogerse enseguida? No. D. Antonio hace lo mismo de siempre y tiene su salud perfecta. Es que a D. Antonio le es preciso decir una cosa distinta; es que D. Antonio se ha dado cuenta de que es un pobre hombre y que no tiene otro remedio de hacerse más inteligente. El solo ha dicho en su vida: «¡Caray! ¡Fuerte bolada! ¡Qué me jeringa ese hombre! ¡Por supuesto, a mí no me la hacía!», y quiere decir algo nuevo. Puesto en ejercicio su númen, solo se le ha ocurrido decir: «Esta noche me acostaré más temprano». Esta frase es algo trascendental y profunda.

Cuando D. Antonio se acuesta, la población entera se la tragará el mar y D. Antonio quedará flotando dentro de su casa, como en una nueva arca bíblica.

Las ideas se agotan en el meollo de esta clase de insulares, y cuando ellos a fuerza de repetir las, piensan que hacen falta otras nuevas, se acuestan más temprano... para despistar dormidos.

No he sacado cigarros

ESTA mañana nos hemos encontrado con D. Onofre y nos ha dicho de golpe:—«¿Hombre. Vd. tiene cigarros? Caray, no he sacado; estaba escribiendo y con la prisa de salir los he dejado encima de la mesa. Y por aquí no hay tabaquerías abiertas, y estoy con unas ganas furiosas de fumar.»

Le hemos dado, sonriendo un cigarro a D. Onofre y él nos lo ha agradecido, como si hubiéramos empleado en el Ayuntamiento a su primogénito.

Nosotros sentimos una profunda admiración por estos hombres que siempre se dejan los cigarrillos en la mesa de su casa. En realidad, no los dejan, suelen no comprarlos, pero nosotros les daríamos una, dos, tres cajas nada más que por oírles la disculpa encantadora.

Don Onofre se fuma nuestro cigarro y cuando tropieza con otro amigo le pedirá un nuevo cigarro con el preámbulo con que a nosotros nos lo pidió. Y todo el día estará pidiendo cigarros. Cada uno de los amigos le dará uno. D. Onofre tiene una cajilla de amigos; dieciseis amigos. El contará sus amistades por cigarros.

Cuando don Onofre, por casualidad compra una cajilla, se olvida de que la lleva en el bolsillo y sigue pidiendo más cigarros. La otra noche nos decía:—«Hombre, Vd. querrá creer: soy un fumador tremendo. Pero

cuando no tengo cigarros es una cosa delirante... usted querrá creer; el otro día, me quedé en casa y tenía una cajilla; pues apenas fumé un cigarro; y es que no tenía ganas. . Pero por la noche salí y me olvidé de la cajetilla y desde que llegué a la esquina me entraron unas ganas horribles, como si tuviera sed. Por no volver para atrás me dí un salto a la tienda de D Juan para pedirle un cigarro...»

Y ved de lo que es capaz. D. Onofre. Su casa está casi en la esquina donde él se acordó de sus cigarros y la tienda de D. Juan está al final de la otra calle paralela. Cuarenta veces más lejos de su casa. D. Onofre, dominado por su fatal vicio, caminó y caminó como un peregrino por buscar un cigarro, teniendo cerca de su mano, una cajilla entera. Y no es que sea un usurero D. Onofre. El compra muchas cosas y es un obsequioso amigo, pero esta manía de los cigarros la llevará a la tumba.

—«Me he dejado los cigarros sobre la mesa. Hombre, no compro cigarros porque en casa tengo una cajilla entera. Deme un fósforo. ¿Vd. querrá creer que no puedo comprar fósforos?»

Don Onofre tampoco puede comprar fósforos. Esto es una enfermedad de D. Onofre. El dice:—«Se me resiste comprar fósforos.» Y es capaz de andar sesenta metros en busca de un fósforo antes que comprar una cajilla. Y ve en el camino a un mendigo y le dará el valor de dos cajillas. D. Onofre se pasa el día diciendo dos frases:

—Déme candela.

—Déme un cigarro.

A veces cuando ha repetido mucho el «Déme un cigarro...» añade para suavizar el sablazo:—«Déme un cigarrillo... *de esos suyos.*»

El isleño del callo

NUESTRO amigo D. Manuel acaba de salir de una farmacia. Nosotros pasamos por esta farmacia en el mismo instante en que D. Manuel sale, guardándose en un bolsillo del chaleco una diminuta caja de cartón como uno de esos relojes de señora, tan lindos. D. Manuel, sin que le preguntemos nada, nos dice que él ha venido a la botica para comprar un *disco para callos*. D. Manuel tiene entre dos dedos de su pié derecho, un callo tremendo, como el apocalipsis. D. Manuel camina cojeando un poco y preguntando a todos sus amigos, que diablo de cosa habrá para quitar los callos. Un amigo le ha dicho: «Nada, D. Manuel; se los corta Vd. y le vuelven a salir; se pone usted callicidas y no hace más que ensuciarse el pié. Lo mejor es un disco. Compre Vd. un disco». Y D. Manuel ha comprado el disco, y cuando tropieza con nosotros nos manifiesta:—Voy a ver si me sirve el disco. Estoy terrible de los callos. Los de la planta del pié menos mal, pero los del dedo... ¡Caray! No hay un zapato que me venga. Si doy dos pasos veo las estrellas. No tengo humor para nada. Vd. querrá creer que todavía no he ido á ver la película esa de la Mano que aprieta... ¡Cualquiera tiene humor de ver películas con este callo que aprista más!

Un callo en el pié de un insular es de una trascendencia socialista. Un insular con un callo no es capaz

de tomar una decisión por nada. Si la esposa quiere ir a ver la película, el insular dirá:—«Ay, hija, si no puedo andar con este callo.» Si le mandan a buscar de una Junta responderá:—«Diga Vd. al presidente que esta noche estoy perdido de los callos».

Supongamos que estalla una revolución. El hombre del callo es un orador, quizás un cabecilla, una persona capaz de arrebatarse a la turba. El estará esperando el instante en que un motín estalle. El es uno de los más fervientes demócratas. Pero cuando llegue el momento, y le digan:—«Don Fulano, esta noche estamos de acuerdo para implantar *eso...*» Don Fulano responderá:—«Caray, hombre, no jeringue ahora. Pero Vdes. se creen que yo estoy de humor para andar esta noche en esos trotes con este callo que tengo?»

Todo se renunciará por un callo. El hombre del callo se vuelve irascible. Antes era modesto sencillo, generoso. Después del callo, hablará mal de sus amigos y de las personas notables de la localidad.

Un día, en el Casino, hará un socio el comentario de un discurso que ha pronunciado en el teatro uno de los oradores locales:—«Estuvo soberbio»—dirá el socio. Y el hombre del callo contestará:—¡Sale! Ese es una bestia, es una acémila.

Y en realidad, lo es, pero al hombre del callo, antes de su callo, le parecía el orador un Cicerón amplificado...

El hombre de las cuatro frescas

Es muy frecuente aquí, el hombre mal educado, el hombre ordinario, el hombre plebeyo, que lleva un traje bien cortado y una camisa bien almidonada y limpia. Este hombre es aquel hombre que se cree aludido en todo y que siempre está diciendo—«Por supuesto, desde que me tope a Fulanillo le suelto cuatro frescas». Y el soltar estas cuatro frescas viene a ser uno de los más honrosos títulos para transitar por las aceras con cierta nombradía o personalidad.

Un día, V., lector, que es periodista, censura las tonterías de la colectividad. Lo llevan a V. a un casino o a un círculo, donde acaban de arreglar un ambigú asombroso. Los socios están encantados con el arreglo artístico del ambigú; pero V., lector; que es un hombre listo y de gran sutileza, sonríe ante el arreglo. El arreglo es cursi, de un gusto detestable, parece hecho por un peluquero presumido. Y cuando le preguntan su opinión V. sinceramente, ingenuamente, dice:—«Hombre, a mí me parece esto un trono de Semana Santa.» Estas palabras terribles le costarán a V. un disgusto. El autor del arreglo se enterará más tarde en la terraza del casino y prorrumpirá en gritos desaforados:—«¡Qué se ha creído ese mentecato! En cuanto lo vea le suelto cuatro frescas.»

A la noche os encontraréis con este hombre irascible

que se os acerca sonriente para deciros:—«¡Conque obra de peluquero! Si, señor, pero de un peluquero moderno. Los «peluqueros viejos» no tenían tanto gusto y bebían ron».

Estas son las cuatro frescas. El hombre irascible ha hecho una alusión familiar; vuestro abuelo fué barbero y según contaban sus contemporáneos, le placía el ron más de lo debido. El hombre del ambigú en cuanto oyó que le habíais llamado peluquero recibió una recóndita alegría, porque vuestro abuelo lo fué y las cuatro frescas iban a salir mejor de lo que podía esperarse.

Estos hombres que se ofenden como Foma Fomith, porque son unos blandos adoquines humanos, están deseando siempre las ocasiones para las cuatro frescas.

El isleño de las cuatro frescas es, después de don Agustín, el hombre más importante de la ciudad. Los admiradores del hombre de las cuatro frescas, no hacen sino loar la expedita lengua del ídolo, de esa lengua que no «tiene pelos». El hombre no quedará callado nunca. Dirá siempre sus cuatro frescas, en cuanto mortifiquéis su estúpida vanidad. Y aunque no diga nada de su honor aparente o de su moralidad dudosa, también utilizará contra vosotros sus frescas. Por ejemplo: él vá todas las noches a la rebotica a decir necedades. Vosotros escribís un artículo suave, irónico, en el que comparáis las conversaciones de las reboticas con una de las pomadas más populares. El hombre de las cuatro frescas lee el artículo y como en la ínsula, no hay vallas, ni planos diferentes, y lo mismo el barbero que el peón o el arrivista o el croupier están autorizados para hablaros de igual a igual, el hombre cuando tropiece con nosotros exclamará subrayando sus palabra:—«Hombre, leí su artículo y está muy bien. Aquello de que las conversaciones son una pomada o un jarabe tiene mucha gracia, sobre todo lo de pomada.» Pero V. no dice que

«pomada» es. Yo a ser V. pongo el nombre de la «pomada.»

Y ya están dichas las cuatro frescas. Y vosotros me preguntaréis:—«¿Dónde están las cuatro frescas que no las vemos?—Pues están en la «pomada». He aquí que vosotros tuvistéis una abuela que la llamaban en la ciudad «D.^a Pomada», porque su marido tuvo antaño una droguería popular.

El hombre de las cuatro frescas es una alegoría de la ínsula. El dirá siempre sus palabras sangrientas, vengan o no a tiempo, pues es su oficio o afición y sobre todo lo único que sostiene su personalidad entre tanto guacamayo. No respetará jamás a persona alguna. Y si él, por un prodigioso milagro pudiera examinar despacio la masa gris de su propio caletre, no cabría duda de que le diría también cuatro frescas al Supremo Hacedor.

El señor que no existe

MACE algunos años, cuando éramos unos niños, soñamos ver en el parque a un señor pequeñito, rojizo y colorado, que se sentaba en un banco todas las tardes. Este señor ni tenía amigos ni parecía hablar con otro que no fuera su propio yo. Ahora, volvemos a encontrarlo en el mismo sitio, con la misma edad y el mismo silencio. El señor no ha cambiado nada. Y es, que no existe.

El se ha pasado muchos años, probándose su existencia y no ha podido conseguir gran cosa. No existe, aunque él se lo crea y quiera existir a la fuerza. No es más que un deseo de hombre, un esfuerzo constante por existir. Pero no es una realidad aunque nuestros ojos lo vean sentado en su banco ..

El señor, a fuerza de voluntad, ha logrado una pequeña y ficticia existencia. Y piensa que existe. Y como se palpa y hasta habla en alta voz para oírse, cree realmente, que es un ser vivo. Y he aquí todo lo que él cree que es. Primero: tenedor de libros. El señor se cree que lleva los libros de un comercio por que se sienta todos los días en una mesa y escribe un Diario. Después, cree que es casado, porque ha engendrado diez hijos, más tarde cree que vá al parque porque está en el parque. Y nada de esto es cierto sino en la cabeza del señor. Si el señor no tuviera esta pequeña imaginación que le ha-

ce soñar estas cosas, no pensaría que existe. Y ya sabemos que puesto que «pienso, luego existo», no existe quien no tiene un pensamiento acondicionado.

El señor camina y se sienta en su parque. Si el lector le pregunta donde nació le dirá que en Canarias. El lo cree así. Su familia también lo cree. Si él lee esta crónica en la que se trata de su no—existencia, creerá que nosotros estamos locos negando una realidad tan clara como es su vida.

Y esta última creencia será otra prueba más de que no existe. No existiendo y asegurar, sin embargo, que si existe, es la prueba más segura de que el señor es una pura abstracción.

Cuando se levante mañana sonreirá repitiendo: Existo. Pero cuando se muera, no se dará cuenta de su muerte y se le disipará del meollo la absurda creencia de que existía.

Cuando el lector pase por este parque y vea al señor sentado en su banco, podrá comprender, claramente, cuán cierta es la verdad que sostenemos. El señor sonreirá y el lector pensará que la sonrisa es por seguro que está de su vida, pero hay otra sonrisa más recóndita, que no se vé, y que frente a esta sonrisa del señor, le hace un gesto desdeñoso de burla y de melancolía...

Ya sabe que lo aprecio

CUANDO un insular nos aprecia es cosa de echarse uno a temblar. Nos dicen: «Ya sabe V. que le aprecio», y nos dan un pequeño golpe en el hombro. Luego, el insular sin dejar de apreciarnos, vá a otro sitio y nos desprestigia con un amigo. «Aunque es un hombre que yo aprecio mucho no dejo de reconocer que es un granuja.» Si nos reñimos con él hombre que nos aprecia dirá enseguida: «Es un hombre sinvergüenza y orgulloso, y esto lo digo yo que lo aprecio.»

Un día se nos ocurre decir en la prensa: «El señor Fulano, que es concejal, lo ha hecho de un modo desastroso.» Y el señor Fulano, se incomodará y exclamará enseguida:—«¿Que mal le habré hecho yo a este joven? Al contrario. Le aprecio mucho. No me explico por que no me aprecia él.» Apreciar a uno es dejarle hacer cosas despreciables.

Otro día vemos al señor Zutano vestido de levita, caminando de prisa y muy sonriente y le preguntamos;—«Dónde va V. señor Zutano?» Y el señor Zutano nos responde:—«¡Hombre, al entierro de Perencejol! Es una persona a quien yo apreciaba mucho.» Y se sigue sonriendo. En el entierro vemos a muchas personas más. Todas ellas han ido por aprecio. Y el periódico dirá al siguiente día: «Acudió numerosa concurrencia, prueba del aprecio en que... etc.»

Vemos la luz en la ínsula apreciándonos de antemano con tanta acumulación de aprecio, que no podemos después dejarnos de apreciar.

Y aunque nuestros odios y nuestras venganzas se desaten, el aprecio permanece incólume en medio de tanta tormenta.

Y si un día hacemos una contracaridad al prójimo, quitándole su empleo, su novia, su mujer o su dinero, tendremos siempre la defensa de decir compungidos: «Me he visto, obligado por las circunstancias a hacer esto a un hombre que yo apreciaba mucho.»

Las críadas de Vegueta

ESTAS redondas y fofas críadas de Vegueta que sirven en las casas de abolengo; desde que dan las tres de la tarde y las amas—unas señoras vestidas de raso negro muy misteriosas—se marchan a la Salve o a la Letanía, asoman a las ventanas sus torneados bustos y como estatuas de madera policromadas, permanecen allí hasta que en la Catedral dan el toque de ánimas. ¿Qué soñarán estas mujeres todos los domingos? ¿Qué atisbarán en una calle por donde no pasa nadie nunca, sino el coche melancólico de algún galeno?

En cada ventana hay siempre dos críadas gordas, saludables, limpias, con esa limpieza que parece de jabón de Castilla; cubren sus bustos con unas blusas de satín azules o encarnadas muy ligeras, adornadas con lazos de terciopelo negro... Cruzan los brazos que son dos jamones enfundados sobre el alfeizar, y se inmovilizan hasta el anochecer...

Pasan los horas. Solo ha cruzado la calle un coche y una mujer vestida de negro que viene de San Agustín. Las miradas de las dos domésticas siguen fijamente la silueta de la mujer que se pierde por una calle transversal; después hablan unas palabras entrecortadas y tornan a esparcir las miradas por toda la calle en busca de otra silueta.

Son unas mujeres antipáticas, sin relieve alguno.

De esta secta salió la muy famosa «Pepita la Redonda», que en «Compañerito» nos muestran los Millares; todas estas criadas, son hijas de los medianeros del prócer. Y vienen a la casa solariega a esperar al esposo del lunar de pelo, cochero o lacayo del mismo prócer. En la casa engordan más, y allí, entre los pliegues de las cortinas de damasco, o bajo las alfombras mullidas de las salas, dejan el aire sano y la aldeana gentileza que traen de los prados. En unas cómodas de pino, guardan entre manzanas y blusas, los duros del salario, que serán la dote mañana. No son ni feas; todas iguales, como de una casta peculiar; de una honradez casi histórica; estúpidas, a fuerza de honradas. No inspiran amor, no incitan al beso. Parecen atacuñadas de algodón hidrófilo. Van a todas las novenas, y tienen establecido un turno riguroso para salir de paseo los días festivos. Las criadas de la aristocracia isleña vienen a ser las abuelas de todos éstos titulados anónimos, necios y presumidos, que enseñan su precoz vientre en la puerta de los casinos.

Mañana estas mujeres se codearán con la distinguida clase media, y aunque están acostumbres a decir: «Sr. D. Fulano, Sr. D. Mengano», nos llamarán a nosotros Galindo, Robaina, Camejo». «Oiga, usted, Camejo, oiga V. Chirino...» Esta abnegación de los domingos en la ventana solariega, tendrá que ser recompensada algún día.

Nosotros tuvimos muchas criadas en nuestra vieja casa; desde nuestra niñez todas las criadas que han desfilado por la cocina nuestra han dejado un recuerdo sentimental. Eran criadas de tres duros; muchachas ligeras, primorosas, formales. Tenían algún espíritu. Nosotros recordamos que algunas nos besaban cuando ya éramos crecitos. Al través de los años se nos aparecen más bellas, más ardorosas de lo que en la realidad fueron. Nuestras primeras visiones sentimentales estu-

vieron en aquellas caritas económicas, que tan bien supieron besar los soldados...

Al contemplar a estas otras criadas asexuales y circunpectas, el recuerdo de «las nuestras», se aviva, con más amor. Y volvemos a verlas con los zapatos viejos de nuestro padre, fregando el piso sagrado de la sala.

Hace unos días, una de estas muchachitas, que hoy es una mujer espléndida, nos detuvo en la calle: — Mi niño - nos dijo— ¡Que grande estás! ¡Cuanto tiempo sin verte!— ¿Y tú? — le preguntamos— Yo, mi niño, me casé, tengo seis hijos.— ¿Y tú marido en que trabaja? — Mi marido está en la Habana...

¡Oh, que simpática! No la hemos creído. Pero estas mujercitas, que han sido nuestras criadas, y que al correr los años tornamos a ver con seis hijos y un marido hipotético en la Habana, son más humanas, más «mujeres», más puras, que estas otras criadas repugnantes de la aristocracia, que están pidiendo, a toda prisa, que las rocíen con agua bendita.

El señor que se vá al campo

ESTE señor vecino nuestro está en la puerta de su casa con un pequeño envoltorio en la mano y el cubre-polvo sobre el brazo. Es medio día. El señor vecino está nervioso, porque de minuto en minuto saca un reloj y mira la hora. Nosotros desde nuestra ventana observamos todos los movimientos del vecino.

El señor va al campo. El espera sin duda a un amigo, que tarda. Quizás vayan a perder el coche o el automóvil. Si, lo van a perder, pues pasa una hora y el amigo no llega. Pero el vecino podía marcharse sólo, y sin embargo, no se va. Es posible que sólo no se pueda ir, quizás el amigo pague el automóvil y nuestro vecino para aprovechar esta ocasión espera dos, tres, hasta ocho horas... No obstante, debía estar tranquilo, y no lo está.

El vecino hará el viaje, no hay duda, en un coche de horas, y aunque se ha puesto a esperar desde una hora antes, ya debe faltar poco para la salida, pues empieza a dar nerviosamente cortos paseos ante la puerta de su casa.

El zapatero ha dejado de remendar unas botas para contemplar al señor; los plateros, como estúpidos, se han ásomado a la puerta para ver lo que ocurre al señor. Un transeunte que marcha de prisa se detiene en

la esquina, curioso. El señor pasea, pasea, pasea y saca el reloj a cada vuelta.

¿No irá al campo este hombre? —preguntamos.— El coche debe haber salido ya; nuestro vecino espera una hora y media. ¿Pero este cubrepolvo, no es el más firme síntoma de que el señor va al campo?

Unos cascabeles suenan. Por la esquina aparece una diligencia, que se detiene frente a la casa de nuestro vecino. El vecino exclama: —Hacé dos horas que espero! El cochero le responde:—Todavía falta media hora.—El señor sube y dirige sus miradas al balcón donde se asoma una dama despeinada. La saluda y antes de partir la diligencia nuestro vecino dice a la dama:—No te olvides de mandar esa carta, en cuanto venga el chico.

La diligencia parte, el zapatero coje de nuevo su bota abandonada, los plateros tornan a pulir sus anillos y nosotros, nos preguntamos: ¿Por qué este señor ha bajado a la puerta de su casa a esperar este coche que había de venir por él, dos horas y media antes de la conveniente?

Es que el señor siente una profunda, una intensa emoción cuando sale al campo y no puede contener su inquietud y le parece que si no espera en la puerta el coche se escapará. Este señor si ha de venir para la ciudad mañana a la madrugada, se despertará desde media noche y aguardará también en la puerta de la fonda del pueblo, fumando cigarrillo tras cigarrillo hasta que el coche llegue.

El cree que todo se le escapa. Es un hombre temeroso y pueril.

La inquietud de los amanuenses

CUANDO más tranquila está la calle donde trabajamos ahora, cuando el sol calienta la calle y los ruidos lejanos de Triana son un eco vago en este barrio de Vegueta silencioso, aparece, de pronto, como si hubiera surgido del fondo de la tierra un hombre descubierto, que se detiene en la esquina y mira con ansiedad a todos sitios...

Este hombre aguarda en la esquina un largo rato. ¿Qué busca? ¿Qué se le habrá perdido? Demuestra honda inquietud, hasta que por un extremo de la calle aparece una silueta humana. Al hombre se le ilumina el rostro entonces y se frota las manos como indicando placer o gusto. Pero esta satisfacción sólo dura unos segundos, hasta que la silueta se acerca y puede verse que es un muchacho de quince años. El hombre de la esquina hace un gesto de contrariedad, y continúa aguardando.

Pasan unos minutos; suenan unos pasos detrás del hombre; el corazón de este hombre le da un vuelco y el hombre se vuelve a mirar, pero tampoco es lo que él quería. Los pasos son de una mujer joven y enérgica que taconeaba gentil y orgullosa como Fortunata. El hombre termina por resignarse y se apoya, sereno, en la casa de la esquina.

Transcurren otros minutos, y subitamente, sin que el hombre lo espere, da la vuelta a la esquina donde es-

tá apoyado, y casi chocando con él, un atlético ciudadano que representa tener cuarenta años de vida espléndida. El hombre de la esquina detiene al atleta y con expresión suplicante le dice unas palabras misteriosas. El atleta se convence y se marcha con el hombre de la esquina. Ambos entran por un zaguán amable desde donde se ve un patio limpio y brillante lleno de flores.

¿De quién es esta casa? ¿Quién es el hombre descubierto? ¿Qué va a hacer con el atleta? La casa es una notaría, el hombre descubierto es un amanuense y el atleta es un testigo.

Hacia falta un testigo para firmar una escritura, y el amanuense, se echó a la calle en busca de un testigo, y lo halló al fin, después de media hora de inquietud. Todos los días le ocurre lo mismo a este amanuense. El es un pescador de testigos. Es como si estuviera en la punta del muelle con una caña larga esperando a que picara un pez.

El amanuense no es todos los días el mismo. Como en lo notaría hay cinco, seis amanuenses, estos amables y pacientes ciudadanos alternan en la esquina. Pero en el alma de todos existe esa tremenda inquietud del testigo. Ellos no sienten correr las horas; con una pluma modesta van haciendo sobre el papel las historias de los poderes y los testamentos. No hay desequilibrio en sus vidas; son como las escrituras mismas; iguales, monótonas, frías... Pero cuando falta el testigo, entonces, el alma del amanuense se revoluciona, y aquella serenidad de lago se torna en encrespado mar de inquietudes... La única amargura del amanuense es no hallar un testigo propicio.

Una tarde sale el amanuense, contento, porque hay juicio en la Audiencia y encontrará enseguida al testigo. La calle está llena de gente. El amanuense se dirige a un hombre, pero este hombre no sabe firmar. Y de

todos los hombres que van al juicio ninguno sabe firmar. Y el amanuense en la esquina, los ve alejarse, su alma se rompe en un desengaño cruel, maldito.

Hoy le hemos visto desolado en la esquina; nuestro espíritu ha sentido una pequeña angustia, porque la cara del amanuense tenía todos los síntomas de la itérica. En un impulso de generosidad nos hemos acercado; él ha visto como se abría el cielo en su presencia. Nos ha llevado a la notaría y hemos atestiguado una venta. Al despedirnos, el amanuense, tímidamente, nos ha ofrecido un cigarrillo y nos ha dado las gracias.

La vida para estos amanuenses es un testigo largo, infinito, eterno... que no sabe firmar.

D. Leopoldo Fleitas tiene un divieso

DON Leopoldo es un hombre tranquilo que se sienta en el casino y tiene unas niñas que van al parque. D. Leopoldo es tenedor de libros o jefe de tienda, y es además hombre sano y de morijeras costumbres. Labora, pasa, sueña y descansará como tantos otros bajo la tierra.

Pero un día... D. Leopoldo dice a su esposa señalando su cogote:—Oyes, niña, mira a ver que tengo aquí...—Y la esposa exclama:—Pues... parece un barrillo.—No, un barrillo no es; es algo más duro.—Te irá a salir un divieso.

Y desde aquel día toda la familia estará en expectación esperando el divieso de D. Leopoldo.

El primer día dirá la esposa:—¿Y eso te sigue?—Y en el casino cuando hablen de enfermedades D. Leopoldo exclamará:—A mi me parece que me está saliendo un divieso.

Todos los amigos de D. Leopoldo se preocuparán de su divieso y cuando lo vean sin cuello ya y con un pañuelito de seda le preguntarán:—¿Cómo anda ese divieso, D. Leopoldo?

El divieso será un divieso duro, lento de reventar. Algunos amigos aconsejarán a D. Leopoldo que se dé un pinchazo; otros le recomendarán levadura de cerveza.

Don Leopoldo toma levadura y zarparrilla y se to-

cará constantemente el divieso para cerciorarse de su retroceso o avance. Pasará una semana, dos semanas, veinte días... Y el divieso de D. Leopoldo permanecerá en una neutralidad suicida. D. Leopoldo pronunciará entonces esta palabra terrible: —Me trae preocupado el divieso.—Y consultará a un doctor y el doctor dirá que no es más que un diviesillo .. Pero D. Leopoldo no podrá enderezar su pescuezo que parece la famosa torre inclinada de Pisa, pues el pescuezo es largo como torre o chimenea...

—Don Leopoldo ¿y el divieso? —Me lo voy a tener que abrir,. —responde D. Leopoldo.

Una noche se acuesta nuestro amigo con el susto de la intervención; al neutral divieso lo van a intervenir.

Y sueña que viene el Doctor con un hacha enorme y le cercena de un tajo la cabeza. El sueño es horrible. D. Leopoldo da tantas vueltas en su cama y hace tales movimientos gimnásticos, que a la mañana siguiente aparece el divieso reventado.

La familia respira. D. Leopoldo cuando salga a la calle, buscará a un amigo para decirle que el divieso se le reventó.

A un hombre insular cuando le sale un divieso es como si estuvieran haciéndole presión política.

Don Leopoldo después de su divieso está tan satisfecho como un bachiller del Instituto.

El señor del tranvía

ESTE señor va y viene al Puerto en el mismo sitio siempre. ¿Cómo halla ese sitio libre cada vez que él monta? Pero ¿no observais, como es un asiduo viajero? Este señor debe tener mucho que hacer en el Puerto y en Las Palmas al mismo tiempo. Pues a la una ha ido y ha vuelto a las dos; a las tres ha tornado y a las cuatro regresa...

Este señor debe ser un negociante de gran importancia: además un hombre muy escrupuloso que no fía a ningún empleado o criado, que es lo mismo, la misión de su negocio. Y él va en persona y retorna y está en todos los sitios. Debe gastar mucho dinero en tranvía este señor.

El es alto, elegante, lleva un bello bastón. Este negociante, este mercader, es un hombre que no olvida el bastón. El bastón es una cosa necesaria a un caballero completo. ¿Cómo van a creer que es un caballero sino lleva bastón?..

Nosotros vemos a este señor montado en el tranvía y suponemos que embarca frutos. Sí; él vá al Puerto a inspeccionar el embarque. Y además de este embarque debe celebrar alguna entrevista con algún naviero. Cuando retorna suponemos que vá a la oficina a confeccionar un telegrama, y cuando vuelve de nuevo al Puerto, creemos que ha olvidado una cosa de mucho

interés. Este señor laborioso, celoso de sus dineros, y tan correcto con su bastón, merece nuestras admiraciones fervorosas.

Sí. Nosotros, vagabundos, errantes hombres, quiéramos ser como este señor tan pulcro, que trabaja sin cesar yendo al Puerto y retornando al Puerto; apesar del polvo de la carretera, y de la roña de ese tranvía plebeyo, destartalado y funesto.

¡Oh, nosotros no podemos trabajar nunca como este señor!—decimos lamentándonos.—No. Jamás tendremos los caudales que este señor debe poseer... Este señor es un coloso de la laboriosidad... Y así decimos un día, otro día, viendo al señor en el tranvía del Puerto a Las Palmas y de Las Palmas al Puerto.

Pero otro día sorprendemos el secreto de este señor. El tranvía tiene nuevos cobradores. Estos cobradores no conocen al señor laborioso y le piden el billete. El señor saca entonces una tarjeta blanca, grande, donde están impresas unas palabras mágicas. El cobrador hace una cortesía y se aleja.

El señor tiene un billete de libre circulación, y él se monta después que almuerza en el tranvía y no se baja hasta la hora de comer. No es que vaya a un negocio y después vuelva a ir por una cosa que ha olvidado, no. El señor no se mueve de su asiento... en todo el día...

El "güiro"

QUE cosa misteriosa ocurrirá en la población esta noche?—Es que un respetable señor ha salido del Casino, tosiendo falsamente con el pañuelo en las narices, un enorme pañuelo que le coje casi toda la cara, menos los ojillos escrutadores que atisban en la sombra. Este respetable señor a poco de salir del Casino, se detiene en una esquina y mira en todas direcciones. La calle está a oscuras; allá lejos, en el final de la calle, sólo alumbra una débil lámpara incandescente. El respetable señor tiene toda su alma puesta en la luz. Aquella luz ha de revelar un secreto... No se ve nada, que no sea el trocito de calle que la luz alumbra.

Suenan unos serios pasos, pero no aparece nadie. El respetable señor no quita los ojos de la lámpara. De pronto, aparece bajo la lámpara una figura de hombre que se detiene y mira inquieto. El respetable señor ha sonreído: esa figura de hombre es la que él esperaba. Es un amigo, que se ha marchado, esta noche del Casino más temprano; y el respetable señor se ha sentido intrigado por aquella marcha extraordinaria, extemporánea; y ha querido ver a donde va el amigo. Y cuando este amigo se marchó, el señor respetable le ha seguido y ha esperado verle bajo la lámpara, para decidir camino. El amigo, se aleja; el respetable señor lo sigue a discreta distancia.. Y cruzan calles y calles... Y el respeta-

ble señor, sonriendo piensa:—¡No lo decía yo! Este tiene algo escondido...

Efectivamente, el amigo tiene algo escondido dentro de una casa, pequeña, oculta a las miradas de la gente. En esta casa penetra, mientras el señor respetable aguarda frente a la puerta, siempre sonriendo.

El señor respetable es un hombre feliz. El es un profundo, un sutil psicólogo. Tenía una vaga sospecha de las picardías de su amigo y ahora la ha visto confirmada. El señor respetable, además de feliz, es listo. Esta noche dormirá tranquilo. ¡Ha pescado un *güiro!*...

¿Sabéis lo que es pescar un *güiro*? Pescar un *güiro* es como conseguir la división. El señor que sabe pescar *güiros* es lo que llaman una fiera. Una fiera de los *güiros*. El *güiro* no existiría si este señor no lo pescara. Hay señores que viven del *güiro* y tienen la condecoración del *güiro*. Este señor que hoy ha pescado el *güiro* es el más ilustre de la secta. El señor es un Colón de los *güiros*. Un hombre que descubre un *güiro*, es el más importante hombre de la localidad.

Nosotros somos bastante torpes para descubrir *güiros* y sin embargo ¡cuánto diéramos por ser un perfecto, un culto descubridor de *güiros!*...

La careta desdeñada

EN todas las tiendas humildes, en las tiendas donde nos venden los garbanzos, han aparecido estos días las caretas, pendientes de un hilo que cruza de lado a lado el almacén. Son las caretas de tres perras para los chicos que se han de vestir de Pierrot el próximo domingo de Carnaval.

Estos muchachos comprarán su careta el sábado y el domingo entrarán en su casa con ella puesta. La sostendrán con la mano y se la quitarán a cada momento.

Estos muchachos tienen todos un hermano pequeño que es a quien va dirigido el disfraz y la máscara.

Las caretas son iguales. Unas tienen bigotes de mosquetero y otras de dandy. Los chicos que apenas levantan media vara del suelo se colocarán estas caretas embigotadas, y con una trompeta de aluminio pasearán la acera donde están sus casas. Estas caretas no tienen más interés.

El comerciante no las vende todas; siempre quedan algunas para el próximo año. Nosotros conocemos una, que no se ha vendido nunca; que todos los años se asoma sobre el hilo, con su faz imperturbable. Esta careta llegó de Alemania, cuando nosotros estudiábamos bachiller. A nadie le ha gustado todavía. El dueño de la tienda, cada año la exhibe y la torna a guardar pasada la Piñata, en una enorme caja de galletas vacías.

Esta careta, es como el tiempo. Al pasar el domingo de Carnaval por la tienda del ultramarino, nos advierte con sus ojos fríos y su sonrisa petrificada que ha pasado un año más y que todo ha sido lo mismo, y que los días que van a venir después que ella se esconda, serán como ella misma. . Acartonados e indiferentes.

Este año ha mostrado su faz más pronto; en el montón de las otras caretas, ella, que es la más expresiva, la menos «carena» de todas, sobresale como suplicando al comprador, que se la lleve. Pero ninguno la ama. Otras caretas más modernas y más graciosas van saliendo. Ella se quedará solitaria, abandonada, otra vez. . Y el próximo año reanudará sus súplicas, inútilmente.

Esta careta es una careta misteriosa, inquietante. Quizás tenga un destino fatal: acaso cubra la cara de un muchacho que sea nuestro hijo o nuestro nieto. Y entonces, ¿qué será de nuestro espíritu y su recuerdo, cuando veamos entrar por la puerta de nuestra alcoba al muchacho, con la careta famosa cubriendo su cara? ¿Qué significará, entonces, aquella aparición de la careta, que nos ha perseguido con sus ojos vacíos desde el oscuro rincón de la tienda?

El domingo en Vegueta

TODAS las ventanas de las casas próceres están cerradas. En las amplias galerías, los próceres y sus familias esperan que la tarde desaparezca por la azotea. Ellos creen que la tarde no tiene otra extensión que la del ancho hueco que está sobre el patio señorial. El día se asoma por allí y cuando ya no hay luz es porque la tarde se ha quitado de la azotea.

Fuera, esta languidez aristocrática del interior, se refleja en la calle. Cuando un carro plebeyo atraviesa, las casas se erizan, parecen como que hacen la bola, recojiéndose más adentro. ¿Por qué este carro brutal, ordinario, viene a perturbar el gesto digno de estas casas ilustres? Una tartana con los hombres que van a San Cristóbal todos los domingos, también mortifica a las casas. Las casas de Vegueta, son como esas señoras viudas, delicadas, finas, relamidas, que siempre se están tapando los oídos, al menor estrépito.—No puedo oír esos toques de corneta. Me hieren el tímpano,—nos decía una vez una señora de éstas.

El domingo lento, parece que se desmaya sobre este barrio silencioso. Estas calles debían tener alfombras mullidas. Unos leves pasos producen un clamor inusitado. No es posible andar con zapatos nuevos y chillones; las casas se estremecen, los cristales de las ventanas tiemblan, y ocurre todo esto como si desde el

fondo de la tierra agitaran el barrio entero. Vegueta es un invernadero colosal; todas las casas solariegas parece que están conservadas dentro de una estufa.

El domingo en Vegueta es como un recuerdo milenario. Nosotros, quizás, hayamos vivido otra vez, dentro de un silencio tan significado. Sobre este barrio tan callado, tan dormido, ha pasado como una furiosa tormenta de espíritus, que lo ha dejado estupefacto. Todo el barrio esta recogido en un terror inmenso; no se atreve a vivir la vida, y se refugia en las iglesias lleno de superstición y de miedo. Cuando un burgués plebeyo del moderno Triana osa atravesar estas calles, las gárgolas de piedra cierrán sus fáuces, y las ventanas se cierran tan seguramente como los ojos de los muertos. El burgués pasa, y entonces las cosas vuelven a su tranquila postura, y se dicen; —¿Ya pasó? ¿Qué hizo? ¿Quién era? ¿Tendrá que volver por aquí, cuando regrese?

No, no podremos pasar nunca por estas calles, sin que el barrio se inquiete. Hosco, sombrío, nos mirará pasar con desconfianza. Solo te perdonará de noche porque no te vé. Y una única vez acojerá tu paso sin temor, y casi con ternura: cuando vayas haciendo el muerto dentro de la caja negra, y te cante el cura las peteneras macabras que cuestan tres duros. El cura será entonces como el salvo conducto para cruzar el barrio...

¿Quiere un aperitivo?

MAN dado las doce de la mañana, y por las puertas de las oficinas aparecen algunos señores sacudiéndose con las manos la americana y los pantalones. Se detienen un momento, como atisbando algo, y al fin se dirigen precipitadamente a las tiendas de comestibles. En esas tiendas se encuentran a otros señores y unos y otros se miran amoscados. Penetran, sin embargo, en una trastienda pequeñita y sucia, donde hay un mostrador de mármol.

—¡Lo he pescado, mi amigo!—dice uno—¡Y yo también lo he pescado!—añade otro.—Estoy jeringadillo de apetito—responde un tercero.—Me vengo a tomar una copeja de ron por ver si puedo comer algo.

—Pues yo tengo un catarro horrible, y por eso vengo a copearme un poco.

Y uno y otro antes de tomarse la copa se disculpan largamente de hallarse en aquel rincón funesto, maldito...

Disculpados, piden el ron, el aperitivo...—Amigo, échese una copita.—El amigo es el hombre del mostrador, que sirve dos copas.

Entonces los dos aperitivadores alzan las copas y brindan. ¿Por quién brindan estos hombres? Brindan por la salud. Siempre que beben brindan por la salud. Y como es posible que haya salud, bebiendo tanto?

Ellos saben que la salud se pierde con el ron, por eso brindan por la salud, con esa cuquería isleña que tiene la gente aquí para todos los casos

Los bebedores dicen:—Salud! y chocan las copas. Y de un golpe se beben el ron. Y piden, una aceituna,

Entonces hablan de un negocio, de un negocio pueril. Todos, cuando beben tienen un negocio en proyecto. Pero antes de terminar el coloquio, uno dice—¿Echamos la otra?—Y el interpretado responde:—Vamos a echarla. Y se la *echan*. Y tornan a hablar del proyecto, mientras comen otra aceitunita. El proyecto es de embarques. Uno de ellos quiere embarcar una partida de cueros. Es un negocio, dice.—El otro no está conforme con este negocio. No le parece bien. Y discuten. Mientras, el ron se ha acabado y como el negocio continúa en pie, piden una tercera copa para que caiga. Y así hasta la sexta copa.

Salen de la trastienda al fin, dando traspiés. Han ido a tomar un aperitivo y han salido con cinco aperitivos más. Una tartana está en la esquina. Ellos ven cinco tartanas. El jefe de la oficina cruza por el lado de ellos. Y ellos ven cinco jefes.

¿Por qué tomarán seis aperitivos estos hombres? Ellos no tienen ganas de almorzar, pero cuando llegan a su casa ¿tendrán seis veces ganas? ¿Cómo se la van a componer sino les sirven en sus casas más que un almuerzo?

El aperitivo isleño es lo más típico de la ciudad. El aperitivo tiene una hermana más gentil, que es la *mañanita*. Todos estos hombres que toman aperitivo, toman también su *mañanita*.

Nosotros los hemos visto tomar la *mañanita*, dos *mañanitas*. Algunos llevaban en el buche hasta una semana de *mañanitas*.

El señor que come fuera

EN la pequeña y deleznable sociedad de la ínsula uno de los hombres más característicos es el señor casado que come fuera de su casa. Estos señores tienen a su mujer y a sus hijos comiéndose un potaje diminuto, mientras él se va a comer una lasca empanada al Retiro. Al señor no le gusta el potaje de su casa, sino la lasca, y aparenta enfadarse con su familia, para salirse de su domicilio enfurruñado y comer la lasca que no puede olvidar, después que la comió un día memorable. Aquí son días memorables los que se comen con los amigos en los cafés.

Este señor gordo, robusto y feliz, que finge penas, es el hombre que así mismo se llama fracasado. Es el que no gana dinero suficiente en su empleo y se enfada porque no puede ganarlo. Y la mejor manera de expresar su protesta es darle potaje verde a su familia e irse él a comerse una lasca empanada al Retiro, con una socia, que le levanta la lasca aunque sea lo que se llama «para olvidar penas». La mejor guisa del insular para olvidar penas, es dejárselas a su familia y hacer después como que se las está quitando con la socia y la lasca.

La ciudad está llena de señores casados que comen fuera de su casa. «Aquí me tiene Vd. amigo. Mi casa es un desastre. Ni para comer tengo» —dice mien-

tras engulle la lasca y le hace una caricia a la socia en el ebúrneo cuello. «Aquí me tiene V. quitando penas». Y pone cara de hombre lleno de penas. Como si estuviera en los horrores de una indigestión de penas. El señor que come fuera de su casa es el hombre que más penas tiene en el mundo. El se las quita con lascas empanadas, mientras otros se las quitan llorando y otros no se las pueden quitar nunca.

Nosotros hacemos esta pequeña anotación para los pesimistas, para los atormentados, para los hombres de la preocupación del más allá. Acaso el remedio de la pena sea una lasca empanada. Quizás todas las amargas se disipen con ese lindo trozo de carne de vaca frito.

El sol en Vegueta

No habéis gozado el sol de Vegueta, los días claros, después que la gente sale de misa de doce y las calles se quedan silenciosas? Parece que la gente duerme en sus casas; la calle solo es del sol, del sol espléndido que inunda todos los rincones sonoramente. La gente se esconde del sol; cierran las cortinas de las ventanas, huyen de los corredores y de los patios. En las sombrías salas de estas casas solariegas se ponen las dueñas a rezar en los libros de misa, hasta que el sol se marche. Todo el mundo en la ínsula tiene miedo al sol, pero estos amigos del barrio viejo tienen más miedo. Vedlos cuando a las doce y media salen de misa; recorren todas las calles donde hay un poco de sombra; caminan arrimados a las paredes de las casas, parecen que huyen de un enemigo terrible que los va a castigar.

Y sin embargo, el sol es todo el barrio pintoresco y amado. El sol se tiende sobre las casas y las casas se yerguen más hidalgas y más gentiles. El sol es el escudo de la nobleza del barrio. Este barrio sin el sol, se desmoronaría, se hundiría de tedio y de fatiga sobre las aceras. Sin el sol parecería un sótano húmedo y abandonado.

En la ciudad hay siempre sol. Los días de invierno también tienen sol. Los balcones verdes, las rejas de

hierro reciben al sol, como si tuvieran un alma. El sol acaricia los balcones y los balcones que fueron pinos o fueron robles, sienten la caricia como una remota evocación.

La torre de la audiencia saluda al sol; el campanario de la iglesia está contento... Las calles risueñas, alegres, porque no pasa nadie, duermen una siesta bajo el sol. Todos aman al sol; las ventanas, los balcones viejos, las rejas, las campanas de las torres, todos, menos los vecinos que oyen su misa a las doce y después se meten en un rincón oscuro de la casa entornando las puertas que dan a las galerías.

Ya se declaró

LA familia isleña de la viuda de Robaina está emocionada. Es porque se ha declarado a su niña mayor, un joven modosito. Cuando un pollo isleño se declara, lo hace siempre de un modo diferente a los restantes pollos del planeta. Lo primero que necesita la niña es no comprender el silencio del pollo isleño. Y así él le dice: «Ya habrá V. comprendido»... Y la niña le responde: «Pues no, no he comprendido...»

Pero después, a los diez minutos, ya comprende y lo dice: «Pues sí, si es eso ya lo comprendí.»

Entonces la niña se va para dentro y la mamá y las hermanas, le caen encima, preguntándole: «¿Se declaró? ¿Qué te dijo? ¿Cuando viene a hablar?»

Y cuando la niña habla, la mamá le dice:—«Lo que no quiero son relajos.»

El novio le compra a la niña un reloj de pulsera y le prohíbe el baile: «No quiero que bailes con nadie.» Y la niña no baila y cuando está en una reunión de confianza y ven las demás que ella no baila, le preguntan:—«¿No bailas?» Y ella dice:—«Hija, no tengo ganas.»

Pero todo el mundo sospecha que es que no la deja bailar el novio y añaden por lo bajo: «Fuerte bobería! No se que tendrá de particular.» Lo cual no obsta para que este particular se tenga más tarde cuando les toque a ellas.

A la mamá de la novia lo único que le preocupa es lo que llaman el relajo. Y así, al ir de paseo, si la niña se *echa* muy delante, la mamá grita:—«Glorita, no te adelantes.» La señora está dispuesta, por todos los medios, a que su niña no sea una escachada. «Todo menos el relajo.»

Y cuando está en visita hablará con otra señora que también tiene otra niña con su novio modosito y se dirán mutuamente: «Señora, es un relajo, esto de los novios.» Yo tengo mucho cuidado con mis hijas. Yo no sé a quien salen estas niñas de hoy. Antes cuando íbamos a casa de Pablo Camejo a aprender los lanceros, iban los novios también, pero nada, señora. Este cuchicheo de rincones.—Antes se reservaba uno para la boda, pero ahora...—No me diga nada... ahora todas las niñas son unas zafadas, señora.

—Unas zafadas? Escaldadas es lo que son.

Diálogo femenino en un baile

—Ay, hija, está muy bien, muy bien el baile. Está muy bonito el salón.

—Y las muchachas que elegantes! Su hija está muy bien vestida.

—Pues todo se lo hizo ella, señora. Es de lo más comechosa que hay. ¿usted vé la blusa? Pues fué de cuando era yo soltera. La desbarató, le hizo unas alforchitas, y ya V. la vé.

—Pues la tela es muy de moda.

—Es esa de capricho que está de moda.

—Pues las muchachas están muy bien todas, todas... ¿Y como anda de críadas ahora?

—No me diga nada señora. Ahora tenemos una de la Vega que lo único que sabe hacer es lavar los pisos.

—¿Y le lava los pisos? Porqué en casa todas se resisten. Y nada digo de darle agua a la bomba. Mujeres más puercas.

—Y tiestos, niña. Nosotras tenemos una que nos pedía permiso los domingos para ir a la Alameda y después fué y resultó que nos decía que se quedaba en casa de una hermana y no se quedaba, niña. Se iba al Risco a los bailes de taifa.

—Quite señora! El servicio está muy mal. Pepita Robaina tuvo que dejar a la ama de cría del niño *pa* dentro. Y luego pedilonas que son. Desde que saben hacer unas albóndigas, ya piden seis pesos.

—Pues, hija, yo y las niñas estamos siempre metidas en la cocina. Como a Juan tenemos que hacerle para por la noche unas lasquitas... tenemos que estar encima para que no las dejen achicharrar.

—Y que dura está la carne ahora.

—La que llevaron hoy a casa era suela.

—La mía, señora, sebo para la plancha.

—Señora, aburrida es lo que está uno! Todo tan caro...!

—Las carretillas han subido.

—¿Las carretillas nada más?... Yo ya ni sé lo que hacer. El estómago me trae enferma. Ayer me tomé un purgante y como si nada. Y es del ajetreo que me traigo.

—Usted no toma agua de pan quemado?

—Yo hija no puedo pasar el agua esa.

—Pues es una ayudita muy buena.

—Yo no tomo casi nunca purgante. En la botica está todo tan caro! Por una perra de cualquier cosa no le dan a V. nada.

—Yo me acuerdo antes que con una peseta comía uno. Pero ahora, señora...! Los huevos un dineral, las papas un dineral. Y luego malo todo.

—Hoy los huevos que llevaron a casa estaban todos viejos. Parecían huevos de Mogador. Gracias a que los pasamos y nos los comimos con sal. Si no, yo no sé...

—¡Y que me revientan a mi los huevos viejos!

—Señora... a cualquiera le revientan!...

El señor Robaina pide explicaciones

LA gente de la ínsula, por pedir algo, pide también explicaciones. Vosotros, lectores, tenéis un periódico, un periódico que no leen más que dos o tres personas, las suficientes para contar al resto lo leído.—Un día os parece mal la estatua que don Miguel o D. Joaquín, han modelado. Esta estatua quiere representar a un erudito del país, pero no lo representa. Más bien representa a un canónigo viejo que es amigo vuestro. Pero como la estatua quiere representar al erudito, teneis que alejar en lo posible, de vuestra retina, la imagen de vuestro amigo el canónigo. La estatua es del erudito, así consta.

Pero vosotros teneis un sentido que llaman propio, y vuestro númen es un númen más acordado que el de cualquiera y un día cojeis la pluma y escribís unas suaves palabras sobre la labor del artista. Decís de este modo:—Hemos visto con gran alegría, que los indiscutibles méritos de nuestro admirado y querido amigo, el Sr. Canónigo Tal, han sido al fin reconocidos. Nuestro amigo el señor Canónigo tiene una estatua en vida. La estatua es obra del escultor D. Miguel Robaina, que una vez más ha demostrado su gran pericia en esta clase de asuntos. Felicitamos al Sr. Robaina.

Y cuando habeis publicado esto, tan sencillo, tan correcto, tan manso, y os disponeis a escribir otra cosa

semejante, suenan unos golpecitos en la puerta de vuestro despacho. Es Robaina que llega, a pedir os una explicación. Robaina trae una pistola por si sois hombres de musculatura y él no puede parangonar sus fuerzas con vosotros. Robaina trae la pistola de manera que la veais al entrar él en el despacho. Robaina acaba de salir del Casino después de decir que os va a matar sinó rectificais. Robaina ha soñado con pegaros un tiro, quizás dos tiros...

Robaina se sienta y os dice:—¿Es V. el autor de este sueltito?

No somos los autores, pero decimos a Robaina que sí, secamente. Robaina se desconcierta. El hubiera querido no encontrar al autor para desahogar bien. Robaina a pesar de su pistola se ha estremecido.

—Pues yo venía, a pedir una explicación sobre estas palabras. El señor modelado en mármol no es el Canónigo sino el erudito. Y esto de decir que es el canónigo envuelve una ironía y un desdén que no es posible tolerar.

En vano intentamos convencer a Robaina de la inocencia de nuestro suelto. Robaina con su pistola bien guardada nos suplica al fin una rectificación. No es el canónigo, es el erudito. Nosotros le decimos a Robaina:—¿Erudito o Canónigo, que más da, Sr. Robaina? Usted cree que es el erudito, nosotros creemos que es el canónigo. Quédese V. con su teoría, que respetamos, y déjenos con la nuestra. Pero Robaina no ceja. Quiere una explicación. Quiere saber porque nosotros asegamos que su estatua se parece al canónigo y no al erudito. Nosotros no podemos convencer a Robaina; solo nos atrevemos a insinuarle que si se nos parece al canónigo su estatua, es porque la cara de la estatua tiene una abultada nariz idéntica a la que posee con harto dolor suyo nuestro amigo el canónigo. Además, todo el aspecto de la estatua es canonical: El erudito no apa-

rece por parte alguna, y acaso solo se vislumbra en unos libros que están sobre una columna.

Robaina no acepta nuestra teoría y se marcha dolorido, con su pistola a cuestas, pero ha pedido una explicación, y luego dirá en el Casino que nos ha puesto el cañón del arma sobre nuestro humildísimo pecho.

¿Por qué estos ciudadanos públicos protestan siempre de todas las cosas suaves, irónicas, y piden a cada rato explicaciones porque no estamos conformes con la medida de los caletres de algunos de ellos?

Estos hombres terribles reflexionarán un día en sus casas y cuando hayan meditado cuerdamente por primera vez en su vida; no les vá a quedar otro remedio que pedir también explicaciones al Supremo Hacedor...

El hijo isleño

ROBAINA, Camejo o Galindo, el que más os plazca, va en una tartana. Nos quedaremos con Galindo que es menos vulgar. Pues Galindo lleva hasta diez paquetes dentro de la tartana. En la cara de Galindo se refleja una inquietud extraña. ¿Qué le ocurre a Galindo, que va en una tartana, a prisa, llena de paquetes? ¿Se marcha Galindo a la Habana? ¿Tiene Galindo alguna persona de su familia muy grave y aquellos paquetes son medicinas? Sí, esta última suposición nos acerca a la verdad de Galindo.

Galindo va a ser padre. La mujer de Galindo está dando los correspondientes gritos. Galindo lleva algodón hidrófilo, vendas, polvos desinfectantes, ¡muchas cosas! Galindo está emocionado. El no ha sentido, claro está, los dolores que su esposa siente, pero Galindo tiene también dolores. El se ha quedado desconcertado...

¿Llegará a tiempo? ¿Se morirá su esposa? ¿El niño será niña?— Se pregunta Galindo ingenuo.— ¿Serán dos hijos? ¡Quizás sean dos! Hay precedentes en la familia. Galindo mismo es gemelo.

Nervioso, agitado llega Galindo a su casa. En la puerta del piso le aguarda su suegra, que toma los paquetes que le va dando Galindo. Este pregunta: —¿Tardará mucho?— Nada—le responden. Y entonces Galindo

se va a su despacho y allí aguarda sobre un canapé el momento glorioso.

El momento llega; la esposa da a luz un niño. Galindo quería una niña, y se da un golpe con la mano, en la frente.—Me equivoqué!—exclama—¿Cómo demonios no se me ocurrió que podía ser varón?

Al fin Galindo se resigna. No va a tirar al chico. Además un chico puede traer el pan consabido. Y Galindo se levanta y se asoma a la ventana. En este instante pasamos nosotros. Galindo nos mira con ironía. Seguramente ha pensado:—Ese joven no tiene un hijo.

La familia de Galindo llama a la criada, mientras Galindo está asomado, y le dice:—Mira, vas a casa de doña Fulanita, de D.^a Menganita y de D.^a Perensegita; y les dice de parte de nosotros, que muchas memorias y que como están y que ya tienen un servidor más.

A la hora de este recado llegan los señores aludidos y se meten desafortadamente en la alcoba.

—Niña, ¿como estás? ¿Ha sido con felicidad?

—Mira, mira el niño.

—Pues no es feo, mujer.

—Jesús, señora. Es negrito como su madre.

—No mujer. La frente es muy bonita.

Y Galindo que llega exclama:

—Es el vivo retrato de mi padre, cuando era chico.

Galindo es un hombre inteligente. Ya el lector lo habrá observado por esta frase final que Galindo pronuncia. Nosotros añadiremos que Galindo es farmacéutico...

El hijo de Galindo es una píldora más en la ínsula. Todos los días nacen ¡ay! cuato o cinco Galindos, por lo menos.

La caricatura

EN un escaparate de droguería se exhibe una caricatura. La caricatura es original de un amigo nuestro, que se ha pasado la vida pintando caricaturas. Cuando ocurre algún suceso en la ciudad, el amigo lo comenta con el lápiz. El dibujo siempre tiene una gracia puramente local, una gracia local que solo nosotros penetramos.

Ahora han matado a un hombre. Este suceso extraordinario ha conmovido a la población y nuestro amigo diligente ha pintado su caricatura.

Es graciosa; la gente se regocija y desfila por el escaparate. La caricatura permanece muchos días allí, hasta que no se detenga nadie a contemplarla. Cuando ocurre esto, nuestro amigo envía el dibujo al interesado. Si son muchos los que nuestro amigo pinta, no sabemos que hará con el cartón, el humorista.

No pasa nada, no sucede nada, sin que el amigo nuestro deje de pintarlo. El vive en un barrio lejano, pero se entera de todo. Solemos ver al amigo alguna noche, a medianoche, algún día de fiesta. No vive nuestra vida: Quizás él no conoce a los clásicos, pero debe sospechar a Fray Luis. El amigo está siempre lejos del mundanal ruido.

¿Como pinta las caricaturas este amigo?... Un día publicáis un libro, pronunciáis un discurso... El público

os recibe con aplauso. Entonces recibís una carta del amigo que os pide un retrato. Le enviáis vuestra efigie y a los pocos días, cuando marcháis con dirección a vuestra oficina oís a un golfo que os grita mirandoos atentamente;—¡Eh! Ese es el que está en la caricatura. Volvéis los ojos. En el escaparate la gente se aglomera. Todos tienen caras sonrientes; al veros llegar, todos disimulan la sonrisa. Vuestro amigo el caricaturista os ha pintado con una pluma de ganso en la oreja, con unas piernas largas y os ha puesto al pié del cartón una leyenda: *El hombre del día. El gran escritor canario.* A los pocos días recibís la caricatura que os manda de regalo el amigo.

Tanto ha dibujado nuestro amigo que ya no debe encontrar persona para caricaturalizarla. Hay algunos hombres insignificantes que no merecen las caricaturas de nuestro amigo, pero ellos se disgustan y las piden, y entonces nuestro amigo que es un suave y discreto filósofo les dibuja. Y si vende cigarros ese hombre insignificante, lo pinta sobre una caja de puros y dice: *El hombre del día.* Si vende máquinas, lo pone sobre una máquina, y pone también: *El hombre del día.* Si es cocinero lo pinta dentro de un plato y comenta: *El plato del día.* Todos, todos los hombres de la localidad, han sido dibujados por nuestro amigo el caricaturista. Y esta es la honda, la profunda, la sutil ironía de nuestro artista. El los pinta a todos, todos son hombres del día para él. Y cuando nos muestra a estos hombres en caricaturas los coloca siempre en los escaparates de las droguerías y de las farmacias.

Nuestro amigo no es un extraordinario dibujante, acaso la entraña de sus dibujos esté libre de hondo humorismo, quizás el dibujo, a veces, sea, ligero, inocente. Pero no negaréis que el artista es un discreto filósofo, cuando dibuja a todos estos hombres insignificantes, y les pone debajo: *El hombre del día.*

Niña no me relajés

Por qué estará relajada esta mocita? Ella acaba de decir a una amiga:—Niña, no me relajés.—El relajo es una expresión genuinamente isleña. Está relajada una cosa cuando tiene mucha almíbar y la persona que le gusta se harta de ella. Pero la expresión tiene aún más amplitud; cuando nos abrumba algo, nos relaja. Las mujeres, son las que generalmente están relajadas.

Una mocita llega de casa de una amiga y le cuenta a su madre lo que ha visto:—Mira, mamá; estaban las de Pérez; una de ellas tenía una blusa crema, y luego estaba diciendo que se yo qué y que se yo cuanto... Estaba tan relamida...—La mamá responde entonces:—Niña, ¡no me relajés!.—Y hace un gesto, como si tuviera náuseas.

La mocita continúa refiriendo la visita. Habla además de las de Pérez, de las de López. Las de López, son unas mujeres de un carácter alegre, bullicioso. Cuando la mocita dice que las de López estaban también, la mamá hace unos movimientos nerviosos con la cabeza y grita:—Niñas más relajonas ..!

Y la conversación de la mocita y su madre termina en la frase definitiva; piramidal:—¡Fuerte relajo!

Si dos novios están hablando en una ventana baja, y a oscuras, dirán en el Casino, que andaban de relajo los enamorados. Porque relajo es también el amor cuando se expansiona...

En los bailes de máscaras hay siempre un relajo tremendo.—Nos tuvimos que marchar de allí—dicen algunas familias—porque aquello iba a terminar en relajo.

Y así transcurren los días y los años y la gente no se acaba de relajar nunca. Las relaja un paseo con demasiados paseantes; las relaja el fango de la carretera del puerto, las relaja una persona bien educada.

Sí, una persona bien educada es un relajo. Un día vais por vuestro camino con un amigo y os tropezáis con otro. Este es un hombre que huele a un perfume suave, agradable, es un hombre limpio, elegante. Al veros se quita el sombrero, tiende su mano y os dice:—Buenas tardes, señores. ¿Cómo están Vdes.? ¿Y las familias como están? Y luego se despide y añade:—Que V. lo pase bien. Recuerdos. Ponedme a los pies de vuestras esposas...—Y torna a quitarse el sombrero y hace una cortesía delicada, primorosa. Vosotros os quedáis encantados de tanta fineza, y cuando vais a hacer un elogio de aquel señor tan educado, vuestro amigo os malogra la intención con unas palabras arrolladoras.—¡Vaya un hombre relajón!...

Todo es relajo. Relajo el amor, relajo la educación, relajo la gente reunida.

Siempre oiréis las fatales frases. A todas las esposas que van de noche al Parque de chal, los oiréis decir a sus maridos, si pasáis al lado de ellos:—Aquello es un relajo.—Siempre hay un relajo a que referirse. No hay una esposa de esas del Parque que no diga las mismas palabras a sus esposos, todas las noches.

Habr  mas calor

MEMOS salido a la calle. La calle estaba sucia de lodo y de charcos. Lluve. D. Juan y D. Pedro han salido también como nosotros. D. Juan se encuentra con D. Pedro y le dice:—«Hombre,  ha visto V. como llueve?» Y D. Pedro responde:—«Bah! Para más calor.» D. Juan nos saluda y nos grita alzando su paraguas:—« C mo llueve, eh?» Y D. Pedro añade sonriendo.—«Mañana nos asamos».

Y D. Juan se aleja contento de la lluvia y D. Pedro lo contempla alejarse, con un suave aire de ironía. Nosotros seguimos nuestro camino. D. Antonio aparece y nos detiene salud ndonos;—«Ha visto V. que manera de llover? Por supuesto, esta lluvia es para más calor.» Don Anselmo que viene por la otra acera se acerca entonces, también con su paraguas, y tercia en el coloquio:—«Señores, llueve que es un gusto, pero no se fien Vdes.; esta lluvita es para más calor. Mañana habrá un sol que rajar  las piedras.»

La lluvia no cesa. Formamos un grupo con D. Pedro y con don Anselmo, pero como la lluvia aprieta demasiado nos metemos todos en un zaguán. En este zaguán est n aguarecidos D. Atanasio y D. Romualdo. Estos dos señores son amigos nuestros y después del saludo de ritual hablamos también de la lluvia. Y D. Atanasio dice:—«Aquí le estaba diciendo a D. Romualdo, que es-

ta lluvia es para asarnos mañana». y D Romualdo contesta:—«Ya no, amigo. Estamos en noviembre.» —«Mañana vamos a estar como el día de San Lorenzo —añade don Pedro y nosotros sonreimos. Por lo pronto hoy llueve, mañana habrá calor. Don Antonio, D. Pedro, D. Atanasio y D. Anselmo están empeñados en que habrá calor mañana. ¿Por qué creerán estos señores que mañana habrá calor? ¿Qué secreto astronómico tienen estos cuatro amigos guardado en lo profundo de sus almas respectivas?

Ellos tienen un secreto, no hay duda; sonrien enigmáticamente, cuando afirman que a pesar de esta furiosa lluvia habrá mañana un calor terrible. A nosotros nos parece que es demasiada lluvia para un calor tan cercano, pero estamos equivocados. D. Antonio, D. Anselmo, D. Pedro y D. Atanasio lo aseguran. ¿Don Anselmo, D. Pedro y D. Atanasio, nada más?... Y D. Bernardino.

Don Bernardino llega, entra en el zaguán después de cerrar y sacudir su paraguas. Don Bernardino dice:— ¡Caracho! No se puede caminar. ¡Vaya una manera de llover! ¿Pero Vdes. creen que a pesar de este fresquito que corre y de tanta lluvia, ha empezado el invierno? ¡No se hagan ilusiones! Mañana habrá más calor.

Como la lluvia cesa al fin, abandonamos todos el zaguán. Y nos separamos.—Las calles están inundadas. El cielo enseña un trozo de azul; las nubes de la lluvia parecen alejarse definitivamente, sobre los montes. ¿Irá a empezar ya el calor?—nos preguntamos aterrados y casi temblando de frío..,

Caminamos. El día se despeja al fin, pero al retornar a nuestra casa, la lluvia empieza de nuevo,

Y en casa ya, la lluvia arrecia; el cielo se oscurece... ¿Tronará? ¿Relampagueará?

Llega un amigo y dice:—«¡Chico me he metido en

tu casa huyendo de la lluvia! ¡Vaya un agüital! — Sí, si llueve mucho—respondemos. Y el amigo añade:—Y total, nada. Mañana habrá más calor...

D. Anselmo está apurado

DON Anselmo que tiene cuarenta y nueve años se ha detenido en la puerta de su oficina. Acaba de terminar su trabajo; un trabajo monótono, lento, pesado: Abrir durante el día veinte, treinta, cuarenta veces unos libros enormes que dicen *Mayor* y *Diario*. D. Anselmo ha sumado hoy con menos inquietud que ayer. Y es que hoy estaba bueno del estómago; ayer tenía acedía. El pasó todo el día repitiendo la frase:—«Hoy tengo una acedia horrible.»

Don Anselmo al hallarse en la puerta de su oficina, tan temprano se queda desconcertado. ¿Cómo ha terminado hoy tan pronto? Si todos los días termina a las seis y en este momento son las cuatro...?—¿Qué va a hacer D. Anselmo con dos horas de regalo? ¿Dónde dirigirá sus pasos? Y el alma de D. Anselmo se llena de angustia. Le parece el día de un color extraño, nuevo para él. ¡Cuántos años sin ver el sol, de las cuatro, los días laborables! El sol estos días es más alegre, más activo, que el sol del domingo. Y D. Anselmo maldice la hora en que terminó su trabajo. Se encuentra distinto a esta hora en la calle. Y el caso es que no puede volver a su pupitre porque no tiene nada que hacer. ¡Qué enorme tormento el de D. Anselmo! ¿Qué hacer, Dios mío, que hacer ahora?...—dice D. Anselmo. Y está a punto de soltar una pequeña lágrima.

Pero al fin se decide a partir. No le queda otro remedio que resignarse, con el obsequio. Y camina y va hacia el Puerto. Despacito avanza D. Anselmo a ver si el paseo disipa su melancolía, la melancolía de haber dejado de trabajar tan pronto. Si don Anselmo tuviera que salir todos los días a las cuatro en lugar de las seis como sale siempre, él no podría vivir muchos días más. Es una cosa trágica, terrible para este hombre, la salida temprano de la oficina.

Don Anselmo sube a los Arenales, y regresa a la noche; pero regresa enfermo. Tiene que acostarse y se pone unos paños calientes sobre su barriga, y unas vendas de vinagre en la cabeza. Y las manos de don Anselmo tiemblan y todo él tiembla. Y van sus familiares a la botica por sellos de aspirina, y otras cosas raras y por fin don Anselmo se duerme...

Y cuando al día siguiente torna a su oficina si ve que el trabajo va a ser pequeño, se entretiene en prolongarlo para no salir a las cuatro.—«Añoche casi me muero. No se que me pasó. Dí un paseillo que yo creí que me había sentado... No se a que atribuir aquel arrechucho»...

Don Anselmo no sabe que su mal fué un mal de enamorado. El ama sus libros con más intensidad que a una amante. El necesita estar hasta última hora, con sus libros del alma, como en un amancebamiento...

La facturilla

UN día estais sentados en la tienda de un amigo vuestro departiendo entusiasmados sobre la nota de un tenor o la faz de una holandesa que habéis visto desembarcar en el muelle, cuando observais que penetra un señor sonriente, con aire seguro, desenfadado, y dice:—Buenas, amigo: ¿Tiene esa facturilla ahí?...

Facturilla ha dicho. Y nosotros pensamos que este amigo debe una cantidad pequeña: dos o tres pesetas. Pero no es así; el amigo debe doscientas pesetas. ¿Por qué ha llamado facturilla a esta nota que pide? El debía, según nos enteramos más tarde, esa cantidad hacía mucho tiempo; nunca pasaba por la calle donde estaba la tienda, pero hoy, como venía a pagar ha penetrado con la seguridad de sus pesetas y la realidad de su liberación. Y ha querido melificar la factura, con el suave diminutivo:—Déme V. esa facturilla.

Aquí se llaman todas las cosas así. Un comerciante paga una letra y cuando la va a pagar dice: Deme usted esa letrilla. Un enfermo de divieso se dirige a la botica y exclama: ¿Tiene V. ahí una unturilla para este diviesillo que me está saliendo? Un tenorio se despide de nosotros para ver a su amiguilla; un padre compra para su hijo pequeño un juguetillo... Al referirnos a un amigo canceroso solemos exclamar:—Está jeringadillo. ¡Oh, el dulce, plácido y donoso diminutivo!...

¿Por qué llamará la gente las cosas tan cariñosamente?

Anoche oímos a un amigo maldecir. Referíase a otro amigo y su familia. Esta familia y este amigo habían hecho al nuestro una cosa terrible. Y el amigo los llamaba *gentucilla*. Esos son todos una *gentucilla*.

Nosotros sentimos un temeroso respeto por las facturas de las tiendas, nunca podemos dormir si nuestro nombre está destinado a una factura, a una de esas facturas que *insisten* y jamás podríamos llamar *facturilla* a esa especie de dragón maldito que tiene un Debe grande, enorme, como unas fauces hambrientas en un rincón del papelillo.

El isleño saluda y no saluda

UN isleño parece un hombre tímido y no es un hombre tímido. Algunas personas sensatas creen que es salvaje. Tampoco es salvaje. El isleño por lo general es hombre huraño, de una hurañez rara. Es, desde luego, un caso interesante de vulgaridad.

Nosotros conocemos a don Fulano, porque un día hablando con otro señor, don Fulano, terció en nuestra conversación. Nosotros decíamos: ¿Cuándo hay correillo para Lanzarote? Y nuestro interlocutor respondió: «No se... ¿Cuántos somos hoy? «Pues no se... no se... Ahora hasta el 18 no hay .. creo yo... no se.»

Y don Fulano que estaba con el señor que hablaba con nosotros, sin conocernos, dijo, amablemente: «Esta noche, señor, esta noche hay correo.»—Muchas gracias, respondimos. Y don Fulano después de decir «De nada», se quitó el sombrero y ya no le vimos más.

Pero un día... tropezamos con don Fulano y don Fulano nos dice: «Adios, señor. Que V. lo pase bien.» Y así transcurren más días, y siempre, cada semana, cada mes, nos encontramos a don Fulano, solo, que nos saluda amablemente.

Pero otro día, vemos venir con dirección a nosotros, a don Fulano. Este día, don Fulano está acompañado por un señor peninsular. Es un sábado. Nosotros no nos hemos mudado la camisa del trabajo todavía; esta-

mos un poco despeinados, nuestro pantalón tiene rodilleras. Don Fulano nos ve de lejos; y hay en su mirada, un pequeño, un diminuto relámpago de contrariedad. Nosotros pensamos enseguida: «Don Fulano, no nos saluda hoy.» Y procuramos hacernos los desentendidos. Don Fulano, efectivamente, pasa por nuestro lado, sin conocernos. A don Fulano le molesta saludarnos este día. ¿Por qué? ¿Quién es el señor peninsular que acompaña a don Fulano? ¿Será un Gobernador Civil, un Delegado de Hacienda, un profesor del Instituto?

Es indudable que, por la misteriosa importancia de este peninsular, no nos ha saludado don Fulano. El peninsular debe ser un hombre superior, más superior que nosotros, quizás más también que don Fulano.

La noche de ese día vemos á don Fulano sin el peninsular. Entonces nos dice: «Adios, muy buenas.» Pero antes hace un ruidito con los labios. Este ruidito: *Síst*, como diciendo: «Caramba. Tengo que saludar a este señor siempre porque un día le dije que el correillo salía para Lanzarote. ¿Cómo podré evitarme yo este saludo?

Y don Fulano, se va a su casa razonando. El no ha razonado muchas cosas en su vida, pero de esta vez se devanará los sesos para buscar un modo de no saludarnos más. Y de pronto da con uno, sin saberlo él. Este:

Nosotros nos le volvemos a hallar en la calle. Don Fulano, esquiva su mirada, pero cuando está cerca de nosotros, se ve obligado a saludarnos. Nosotros entonces le miramos fijamente, como si don Fulano fuera un poste, y no le contestámos. Don Fulano, que deseaba este momento de no saludarnos más, se enfurece sin embargo, porque le ponemos en ocasión de suprimirnos el saludo. Y dirá, extrañado en el casino: «Este señor que me saludaba antes, ya no me saluda. Es un señor repugnante. ¡Si creerá él que me hace un favor!»

Y es que al isleño, le molesta mucho la mala crianza ajená, porque en su afán de ser primero en todo no puede permitir que nadie sea más maleducado que él.

No hay que creerlo

Si le oimos decir a una señora isleña que nos cuenta un chisme: «A mí no me lo crean» ya sabemos que hay que creerlo, desde luego, pero no a ella sino a otra persona que no está presente y que no nos ha dicho nada de su propia voz, sino por mediación de esta señora. Todas las mayores atrocidades pueden creerse sin temor. Ahora que no se han de creer a la persona que nos lo dice. Es un grato sistema de irresponsabilidad y sobre todo más seguro. Cuando una señora oye decir que en la casa de otra señora entra un hombre a medianoche, no lo cree y si lo dice es para que nosotros tampoco se lo creamos a ella. Ella no ha visto a ese hombre. Si se ha enterado y lo repite, no es para hacer que cunda la noticia, sino para demostrarnos que las lenguas de la ínsula son muy malas, y aunque haya que creer lo que dicen, ella no tiene la culpa de que se crean. A las demás, que son las malas lenguas, hay que creérselo; a ella que es la lengua buena, no. Ella no es persona malévola, por lo tanto, si dice alguna cosa malévola hay que ponerla en duda. Las otras personas son las malévolas, y si dicen malévolas cosas, no habrá más remedio que creerlas, para justificar su lado divino de malevolidad. ¿Pues cómo, si no creemos, puede asegurarse que son malévolas? En cambio a la señora no malévola, habrá que decirle: «Señora, es una atrocidad lo

que V. dice, pero como Vd. al decírnosla añade: «A mí no me lo crean», hemos de conformarnos con no creérselo a V. y que quede sentada su reputación de buena persona.

«Eso dicen, las malas lenguas. Créanlo Vds., porque para eso están actuando estas lenguas. A mí no me la crean. Mi oficio no es hablar mal, es solamente repetir el mal que hablan las otras, no para que me lo crean a mí que lo digo ahora, sino para que lo hayan creído antes, o para que se dispongan a creerlo, sin necesidad de oirlo directamente.

Y de este modo no debemos creer nada, creyéndolo. Todas las señoras están empeñadas en que no se lo creamos a ellas. Siempre hay una última señora a quien nos remiten las demás señoras para que creamos. Y esta misma y última señora, también nos dirá: «A mí no me lo crean».

¿A quien volvemos, entonces?

Lo más seguro es preguntar al hombre que entra a medianoche, diciéndole: «Señor, yo sé que V. entra en casa de esta, de aquella o de cualquiera otra señora. A mí no me lo crea V., pero desearíamos saber por usted mismo si es cierto que V. entra o no».

Y como el señor será también isleño, nos responderá de semejante manera: «Si, señor, si entro a medianoche. Pero a mí no me lo crean.»

Y puede que sea verdad.

La carta mágica

UN isleño tiene siempre una carta que no ha recibido el último correo. El dice carta, a secas: «¡Hombre, no he recibido carta!»

Se supone uno que todo isleño ha escrito. El también, por otra parte, lo confirma: «Hombre, ya escribí». Y después de este día el isleño continuará diciendo: «No he recibido carta.»

La carta puede tratar de varios asuntos. Una vez es al Diputado, recomendando a un amigo. Siempre se escribe esta carta, para decir inmediatamente: «Ya escribí.» Otra vez, es una reclamación de un comerciante, y el isleño, que es comisionista, dirá: ¡Hombre, pague usted esa letra, que ya escribí, pero no he recibido carta todavía!» Y el comerciante paga, pero estará condenado a oír diez, doce veces: «No he recibido carta de la casa »

Esta carta es la misma carta de todos. Está detenida lejos, dirigida a todos los isleños que no han escrito carta ninguna, para que no pueda ser recibida. Un isleño no tiene importancia social si no deja de recibir esta carta. El isleño que por rara casualidad la reciba, perderá en el acto todo su prestigio de hombre de cartas. Porque la verdadera importancia es no recibirla para poder decir: «No he recibido carta», y darse el tono de que está en lo posible recibirla. El que no dice: «No he recibido carta», es quizás porque no la ha escrito, y el

insular que no escribe una carta lejos, es un hombre deshonorable. Y si la recibe, nadie se lo creerá, porque la verdadera existencia de esta carta es su no existencia: no recibirla nunca.

Un isleño puede ser abogado y tener cierta personalidad, o médico o sobrestante, pero si a estos títulos no añade el de no recibir carta, no será lo suficiente estimado en la rebotica o en la Plazuela.

Cuando el isleño no escribe esta carta y la echa al correo, y la respuesta llega, será hombre perdido. Pero si no la escribe y no la echa al correo y no se recibe a donde no la ha dirigido y la respuesta no llega y el isleño puede decir, con toda la explosión de su petulancia: «¡Hombre, no he recibido carta!», entonces puede aspirar a un busto o al nombre de una calle en el Puerto.

El isleño, además de darse importancia, sentirá una suave melancolía, por esperar esta carta que no llega nunca, que no puede llegar, y que él, sin embargo, por darle tanta realidad a su fantasma, epístola, espera siempre... contento.

Levante

AYER empezó el levante. Los ciudadanos dijeron: —«Hoy hay levante.» Del monte llegaron algunos diciendo: «Es tanto el calor que hace allá arriba que no se puede salir».

Las señoras en sus casas, de bata blanca y abanico repiten:—«Hay un levante enorme.» Los maridos llegan de la calle, sudando y repitiendo también: «¡Vaya un levantito!»

Robaina, Camejo, Umpierrez y Galindo, salen, entran, vuelven a salir de las tiendas. Se miran, sonríen y repiten: «El tiempo es de levante»

Chirino nos encuentra en la calle y le preguntamos: —«¿Qué hay?»—y Chirino nos responde: «Levante. Yo lo dije desde ayer, en cuanto noté que estaba húmeda la noche.»

Fabelo, pasa por nuestro lado echando los bofes y meneando la cabeza, como diciendo: «Es levante. V. como yo y como todos, estamos en el secreto. Levante y de los más legítimos.»

Por la tarde, refresca un poco y Robaina dice: «Ha refrescado.» Y la señora de Robaina añade: «Vamos esta noche al muelle, niño.» —Pero Robaina asegura:—«Aunque ha refrescado, al anochecer vuelve a calentarse el tiempo.»

Un señor en la botica exclama:—«¡Como se estarán

asando en el sur! Ese Agüimes debe ser un horno.» Y otro señor añade:—«Yo vine esta tarde de Agaete y ni las hojas se movían.»

Pinito, en su ventana, se atufa por culpa del levante y dice:—¡Fuerte relajo de tiempo! La mamá de Pinito confirma:—«Si es verdad, hija.»

Un señor anciano no recuerda otro levante igual, y un peninsular demuestra que el levante no es nada en comparación al calor de Sevilla. Pero el insular cree que su Levante, es tan famoso y tan importante como aquellas costas de idem que se aluden en la Marina.

—Vaya un calorcito, amigo Robaina.

—No me diga nada señor Galindo. Si esto dura!

—No dura más que tres días.

—Yo me los he gozado de seis, Camejo.

—Pero eso, Fabelo, es muy raro.

Y Robaina, Galindo, Camejo y Fabelo siguen diciendo:

—¡Vaya un levante!

—¡Vaya un levantíto!

—¡Rayo de levantejo!

Y después se van a dormir confiados en que, como quería el griego, no ha pasado un día sin haber aprendido una cosa más.

Las conversaciones de ayer

DECIMOS, eso son conversaciones, y ya se entiende que ha sido puesto a curtir el pellejo del pobre semejante. Pero estas conversaciones de ayer son más inocentes; han versado solamente sobre el calor.

En la botica: Hay varios señores. Llega otro señor y dice: ¡Vaya un calor! Los demás contestan: Un horno y menean las cabezas y se miran con miradas fatigosas, moribundas.

En la casa:—Las señoras están echadas en sus sillas. Llega una de la calle:—No me digas nada, hija. La calle es un horno. Se oye volar las moscas ¡Jesús!

Y aunque todas saben que el calor durará tres días dirán para darle majestad al momento:—Si este calor sigue yo no sé donde vamos a parar.

En la barbería:—Llega don Juan. —Hola, don Juan, dice el barbero, Don Juan contesta:—Ni ganas de moverme tengo. El barbero añade:—«Hace un calor de primera.»—No me diga nada, maestro. ¡Si este tiempo sigue yo no sé donde vemos a parar!

En el tranvía:—Ni aquí hace fresco—dice un señor. Siempre cuando el tranvía corre mueve un poco de aire y de fresco, pero hoy, ni eso.—Fijese como está el mar. Parece una balsa.—Vaya un calor. ¡Si este tiempo sigue yo no sé donde vamos a parar!

En la punta del muelle:—Dos señores se duermen

con los sombreros en las manos. —Ni aquí hace fresco. ¡Cuando aquí no hace fresco! —En la ciudad no hay más que tres sitios donde haga fresco: por allí, por el cuartelillo, por la parte de la calle de los Remedios, cerca de Lisón, y aquí en la punta del muelle. Cuando en ninguno de esos tres lados hay fresco, diga V. que no lo hay en ninguno.

—Pero mire, cristiano, sacuda la mano, —parece que la está metiendo uno en miel. Vaya un tiempo. ¡Si este tiempo sigue así yo no sé donde vamos a parar.

En la calle, un ciudadano, pasa, sombrero en las manos, encorvado bajo el peso de su sudor, reflexiona, medita. Va a expresar una idea, va a pronunciar la palabra aforística. Escuchemos.

—¡Si este tiempo sigue así yo no se donde vamos a parar!

Ya corre fresquito

ROBAINA va por la sombra y le grita a Mujica que va por el sol: «Mujica, véngase para acá que aquí corre fresquito. Mujica va, y se convence de que el Levante ha desaparecido y que hay brisa después de las cuatro de la tarde.

Fabelo también sabe que hay fresco y así lo ha manifestado en el casino: «Ya corre un poco de fresco. Mire V. que si el Levante sigue!..»

Umpiérrez, por otro lado, exclama ante un grupo de amigos: «No hace mucho fresco, pero ¡que diferencia de hace tres días!

Camejo, también está contento con el fresquito que corre y como él es comisionista, tendrá que decir al entrar en la tienda de Chirino, para mostrarse amable: «Hoy si, amigo Chirino, que corre airito. Su tienda es de los lugares más frescos de la población.» Mas tarde, Camejo lo confirma en la plazuela:—«Sitio fresco, la tienda de Chirino.»

Los ciudadanos todos han sido librados del Levante: Galindo, tipo representativo de la ínsula, lo va pregonando en todos los sitios. Si llega al Parque exclama. «Hoy, es otra cosa», si va a la Catedral dirá luego: «Hoy, si había fresco. V. sabe que debajo de San Cristobal corre siempre un fresquito agradable. Hoy, volvía

a haberlo, pero en los días de Levante, ni allí se podía estar.»

Cuando a Galindo le digan hoy: «¿Qué hay, Galindo?», Galindo contestará: «Hombre, parece que el tiempo va refrescando. Por las tardes siempre refresca».

Galindo siente lo que aquí llaman gustito, después del Levante. El Levante es el peor enemigo de Galindo. Para Galindo el Levante es una especie de menstruación. Cuando lo siente venir, Galindo se va hinchando, hasta que tiene que acostarse. Pasado el Levante, Galindo sale a la calle triunfador, pio y felice, diciendo: «Ahora, si se puede estar en la calle. No puedo con estos calores. El calor es una cosa que me revienta.»

Felicitemos a nuestros amigos, los insulares, por el viaje del Levante.

La seguridad del isleño

EL isleño es el hombre más seguro del mundo. Cuando un isleño sabe una cosa, la sabe de verdad, con convicción, con certeza. Así, dice el isleño: «Yo que se lo digo a V....»

Estamos en una botica Robaina, Chirino, Fabelo, Galindo, Camejo y el infrascrito. De pronto dice Fabelo: «Ha ocurrido esto y lo otro y lo de más allá. Y ha ocurrido porque Fulano es un hombre de esta o de aquella manera.» Y Chirino añade: «¡Bah! Eso no puede ser así » Pero Fabelo, arrugando el entrecejo y soltando una voz cavernosa contesta: «Yo que se lo digo a V..»

El isleño que nos lo dice todo, es un hombre terrible.

Ocurre un suceso misterioso. Nadie sabe nada. Pero, de repente surge el isleño y nos lo dice. Este isleño es por lo general soltero, se pasa la vida en la puerta del casino, o sentado en la Plazuela. Nosotros vamos una noche, distraídos, por esta plazuela y oímos súbitamente una voz que surge de las sombras diciendo: «Yo que se lo digo a V.» Otra noche oímos en la terraza del Casino un sordo rumor de palabras. Es un grupo de señores que hablan quedamente. No se oye sino este suave murmullo. Solo a mitad de este coloquio, como un clarinazo o un chillido, la frase terrible surge:

«Yo que se lo digo a V.» E inmediatamente se hace un silencio prolongado.

Otro día se casa don Alberto, «¿Por qué se ha casado don Alberto, — decimos — si es viejo ya y enemigo del matrimonio?» El hombre terrible nos dice: «Don Alberto se ha casado porque ya estaba casado.» ¿Cómo puede ser, este disparate? — exclamamos. ¿Cómo un hombre que está casado se va a casar? — El hombre terrible responde misteriosamente: «Yo que se lo digo a V...»

El periódico trae una noticia vulgar. Esta noticia: «Ha regresado de Tenerife, D. Homobonio.» Pero cuando nos encontramos al hombre terrible nos dice: «D. Homobonio no ha venido de Tenerife porque él no ha ido a Tenerife, además no se llama don Homobonio sino don Cristobal, y encima hace diez años que se ha muerto.»

¿Cómo son posibles estas cosas tan extrañas, querido amigo? — nos aventuramos a decir al hombre terrible. ¿Cómo un hombre que se llama Homobonio no se llama Homobonio sino Cristobal y si vino de Tenerife no vino porque hace ya diez años que se ha muerto? Nosotros no podemos creer estas cosas. No es posible creerlas.

Pero el hombre terrible está seguro. Su mirada lo dice, su gesto lo dice, su seriedad lo dice, sus palabras también lo dicen:

— «Yo que se lo digo a V...»

CRONICAS DE LA NOCHE

(Comentarios sentimentales de cosas entrevistadas en las noches isleñas)

Civilización

LA ciudad se ha ido civilizando. Cada día, cada hora que pasa nos trae una novedad. Y vuestros ojos que no han dejado aún la visión de los primeros años, se abren y se abren asombrados, ligeramente tristes, sin comprender las innovaciones.

El arco voltáico ha roto nuestras últimas ilusiones. Nosotros creíamos en la animación de las calles, las personas pacíficas cruzando las aceras. Y vino el arco voltáico á sacarnos de nuestro error. La luz potente y blanca descubrió las calles vacías, intensamente solitarias, recibiendo la luz como una lluvia...

Nosotros no queremos saber de cosas nuevas. No queremos civilizarnos. No hemos mirado nunca el barómetro de la plaza, solo y helado y oliendo a flores.

Esta noche, como todas, salimos muy tarde de nuestra casa. Casi la media noche.

A esta hora la ciudad se recoge, se esconde de miedo dentro de sus calles, dentro de sí misma, en un postrero gesto silencioso. Los arcos voltáicos se han apagado y ya podemos forjarnos todas las ilusiones metidos dentro de la oscuridad...

¿Qué luz brilla al fondo de la calle que no vimos anoche? Un presentimiento de civilización nos hace estremecer. Un cuadrado de luz se pinta en la calle desbordándose por la acera. Los adoquines, estos munic-

pales adoquines tan groseros, se engalanan de oro bajo la brillante caricia...

Un poco impacientes subimos la calle. La claridad en la noche inspira curiosidad. ¡Acaso un motivo para encontrar mayor la oscuridad!

Ya hemos llegado. La claridad nos envuelve. A través de unos cristales miramos un interior. Un interior de cosas fúnebres, cajas para muertos de todos los tamaños. Decididamente, hay muertos de diferente estatura. Con una inconsciencia que nos extraña mucho, empezamos con los dedos a medirnos el cuerpo. Concluimos y volvemos a empezar. . Uno, dos, tres... Somos un poco más grande de lo que creíamos. Aquella caja tan negra, que está en la segunda fila, serviría seguramente para nuestro paseo... Aquella otra gris nos parece un poco estrecha. No podríamos llevar las manos en los bolsillos.

Está aquello tan arregladito, tan limpio y tan silencioso, que da unas ganas de morirse enormes, tantas como de preguntar el precio de las cajas.

En el Tinglado amanece

EL tinglado, al amanecer, visto desde el puente, da la impresión de un hogar caliente y amoroso. Unos hombres envueltos en mantas parecen que están cerca de una chimenea invisible que les templó el cuerpo. No creemos que aquellas mantas abriguen, más bien suponemos que están sobre las espaldas por capricho o moda peculiar... El tinglado debe estar lleno de una temperatura amable y acariciante... El sueño allí, debe tener una conformidad discreta. Una noche en el tinglado pudiera ser una noche de las mejores de nuestra vida.

Pero no; en el tinglado hay frío, tanto frío o más que fuera. Aquellos hombres tienen unas mantas justificantes. Lo que nosotros presentimos fuera es de mucha ligereza y atrevimiento. Las miradas que corren hacia el tinglado no sienten el frío; ven las sombras de los sacos, los siluetas de los mostradores, la ténue luz de los farolillos, y presumen que todo aquello está habilmente pintado, que es confortable y de un gran refugio en la noche.

Mas el tinglado, aunque nuestras miradas nos engañaron y haya frío en él, es un lugar de cosas sentimentales. Los hombres duermen; parecen al menos que duermen; algunas mujeres descalzas, con los zapatos claveteados, en las manos, buscan silenciosas acomodado en un rincón; un municipal adosado a una columna

de hierro fuma con los ojos fijos en el reloj del mercado; unos burros, unos resignados burros, cabecean atados a otra columna... Y poco a poco a medida que el día avanza, van llegando otros hombres, otras mujeres y otros burros. Y el silencio no se rompe; el silencio entre tanta gente que se ha de acurrucar en sus mantas, al fin, no es interrumpido por nadie. Aquel lugar de bulla y escándalo mañanero, a este ahora parece un santuario, una mezquita. . Los pasos silenciosos, las palabras silenciosas, los gestos silenciosos... Parecen sombras animadas; hasta los discretos asnos diríase que se quitan las herraduras, para que todos los pasos sean como ligeros soplos de aire...

Y este quizás es el secreto que nuestras miradas que no sienten el frío, han pretendido descubrir en la alta noche. El silencio, el amado silencio de las voces y de los pasos, es todo el secreto de esta visión. El silencio de los hombres que caminan quedos, es la temperatura amable del tinglado en la madrugada. Junto a este silencio, donde se mueven tantos hombres y tantas mujeres, el municipal debe sentirse perfectamente, espiritualmente abrigado.

El farol de los escombros

SOBRE los escombros de una casa que construyen hay un farolito de luz tenue, anémica. Este farolito es un alerta al transeunte. Quiere decir:—Señor; Vd. que viene distraído, no observa que a vuestros pies se eleva una montaña de pedruscos, un montón de guijarros. Si no estuviera yo aquí, erguido como un alabardero, advirtiendo el peligro, Vd. señor transeunte se rompería las narices.

Y nosotros agradecemos la advertencia al farolito que tiene más espíritu y más bondad que su amo, el propietario, que allí lo mandó a poner antes de que anocheciera.

El amo, al poner el farolito, quiso defender las obras de su casa; una cañería abierta, un desagüe... ¿Qué serían de estas cañerías y de estos desagües si tropieza un hombre, cae y con él muchas piedras, y entre todos cubren el hueco...? El amo del farolito no ha pensado en cuidar de la vida del transeunte; al amo le es lo mismo que el transeunte viva o muera, goce o sea condenado... El solo ha puesto el farolito, para que el ciudadano al tropezar, libre a su fábrica de un pequeño retraso de dos horas.

Pero en cambio, el farolito, que es generalmente un farolito viejo que estaba sin encender hacía muchos años, tirado en un rincón de la cocina; es más puro,

más condescendiente que el amo. El farolito, alumbrando solo por la vida del ciudadano, él no tiene intereses como el amo.

Al sacarlo ahora del rincón después de tantos años de abandono, el farolito, contento, alegre, feliz, solo ha pensado en alumbrar a su amigo el trasnochador. Y así le vemos, desde que damos vuelta a una esquina, llamándonos con su temblorosa luz y diciéndonos: — «Este egoísta del propietario me ha puesto aquí para que no le estropeéis un hueco que ha recubierto hoy de cemento. Si os caéis, además de perder la vida, le amargáis el hueco al señor. Pero yo, amigo noctámbulo, yo, alumbrando por mi propia voluntad; yo solo alumbrando para que no perdáis la vida si caéis en este rincón. Aunque el hacendado crea que yo soy ciego instrumento de su codicia, no es cierto; yo soy un sentimental, yo soy un pobre farolito, que cuida tu pierna o tu mano, amigo, en las noches sin luna.

Soy, en las ciudades solitarias, el único amigo de los trasnochadores. ¿Qué sería de vuestras almas sin el farolito de los escombros?...

Nieve en la Cumbre

LAS cumbres áridas, las cumbres desoladas de la isla, han aparecido esta noche cubiertas de nieve. Cuando las nubes se han marchado al horizonte, y la buena luna ha surgido sobre el mar, la nieve ha brillado tan graciosamente en las cimas como si estuviera contenta de haber venido a un lugar que no conocía...

Desde el puente, hemos visto la nieve. Es el caso inaudito, extraordinario, de todas las provincias ingénuas. El momento suave de las reboticas en que los ciudadanos más antiguos dicen:—«Desde el año 50 no ha caído nieve. Yo no me acuerdo de haber visto nieve sino cuando era chiquillo. Me acuerdo de que mi padre me llevó al puente. ¡Qué frío hacía aquella noche!»

Y como en la ínsula nunca hay frío, todos nos acordamos siempre del día en que lo hubo.

Todos los ciudadanos de la rebotica marchan al puente a contemplar la nieve de la cumbre.

La noche, es azul, líricamente azul... Estas cumbres secas, ardorosas, tostadas de sol de enero a enero, han recibido esta noche un espléndido manto de nieve. Parece que respiran estos montes, más serenos, más pausados... Como si hubieran apagado una insaciable sed.

Los ciudadanos sencillos ven como la nieve brilla, y dicen unas palabras vulgares, pero amables. Esta limpidéz, esta suavidad lejana, esta armonía blanca y pu-

rísima, ha penetrado también en las almas de los ciudadanos.

Tan sencillos, sin abrigos, con sus cotidianas ropas, tiemblan de frío en el puente contemplando el panorama de la nieve en las cumbres.

Esta nieve tan pura y tan alba, es como una anhelada alegoría insular: Una visión serena, lejana e inaccesible de las cosas.

La cerilla de D. Gregorio

DON Gregorio va a salir. Quiere dar un paseo al parque, y se está poniendo los guantes grises, escondido detrás de la puerta de su casa. No tiene frío en las manos, pero se pone los guantes. Los ha comprado esta tarde para ponérselos, y no es cosa de dejarlos sobre la mesa de noche.

Don Gregorio está encantado con sus guantes. Don Gregorio es suscriptor de «Nuevo Mundo» y ha visto muchas veces retratado a «El Caballero Audaz». «El Caballero Audaz» se retrata con guantes. Don Gregorio siente no poderse enguantar la inteligencia. Sería muy bonita una idea enfundada en gris.

Don Gregorio sale a la calle y camina despacio, moviendo los brazos acompasados, mirando de reojo las extremidades, los guantes nuevos y limpios bajo la luz eléctrica. Don Gregorio saluda con la mano a cada amigo que pasa. Don Gregorio es feliz. Don Gregorio detiene su vida en los cinco dedos de un guante.

Don Gregorio distingue el parque a lo lejos y se dispone a encender un cigarrillo. El humo hace bien y además explica el que la mano, los guantes, suban visiblemente cada dos o tres segundos. Don Gregorio ha sacado una caja de cerillas. ¡Ah, don Gregorio, más le valiera no ser fumador! Lo difícil no está en fumar sino en sacar las cerillas con guantes. Don Gregorio lo in-

tenta desesperadamente. El parque está cerca, muy cerca, casi al lado, y don Gregorio no ha conseguido sacar la cerilla. Don Gregorio se nubla en una angustia infinita. Ha vuelto a guardar la caja con un suspiro lánguido, resignado. Don Gregorio vuelve para su casa sin entrar en el parque, sin fumar, sin enseñar los guantes....

La vida de don Gregorio se quebró en una cerilla.

Los novios de noche

HEMOS visto salir de esta iglesia cercana unos recién casados. Son las diez de la noche. El acompañamiento es pequeño y silencioso. Estos jóvenes se han casado modestamente. Es posible que ellos se quieran con mucho amor.

Una boda de noche, como a escondidas, sin la aparatosisidad de esos velos blancos y de esos azahares, tiene un encanto peculiar y adorable. La muchacha es preciosa. Va con una seguridad de su vida, tan digna, tan recia y tan amorosa, que nos hemos sentido atraídos por ella. Robar a esta muchacha y que ella continuara así, sin saber que la hemos robado, toda la vida!—Pensamos—El mozo que la acompaña es un hombre vulgar y aburrido que va a su lado sin emoción alguna. Quizás no haya hecho esta boda de noche, por adopción de su espíritu, sino por ahorrarse las pesetas de una ceremonia más oficial y bullanguera.

Pero la muchacha es graciosa, es bonita!... Va envuelta en su mantilla blanca, y a todos los que marchan con ella, responde discretamente. Son los hermanos, los primos. Ella, seguramente se llamará María. Y todos le irán diciendo:—¡Que seas muy feliz María! ¡Ahora vas a tener una casa tuya, María! ¡Cuando tengas un chiquillo o una chiquilla como tú! Y ella no siente rubor, su mirada es segura, serena, luminosa.

Parece que les ha dicho:—Mis hijos serán como yo. Yo no me he casado sino para tener ese hijo. He salido de esta iglesia para buscarlo, voy andando ya el camino, donde le encontraré.

Y el cortejo avanza. Las voces suenan suaves; cariñosas. María debe ser la gloria de esta raza. Todos la escoltan. Es como si ella hubiese tenido una suerte enorme con esta boda.

Pasan por nuestro lado. Ella nos ha mirado claramente, sin orgullo y sin dolor. ¿Será feliz?—Nosotros pensamos, y algo nos dice el corazón de esta cosa, tan remota aún: los hijos, los hijos si que serán muy felices...

Un niño ha muerto



AHORA, pasa un entierro blanco. El entierro de un niño. Una cruz vestida de blanco, un cura vestido de blanco. Este cura canta unos cantos como para muerto grande, de esos que llevan la caja negra y negra la cruz.

La procesión es trágica. Este pobre niño es llevado con una prosopopeya, con una autoridad de viejo pecador muerto. Los cantos tenebrosos sobre la caja blanca parecen una profanación. Los ojos de este niño tan suavemente cerrados, deben abrirse con terror al oír estos sonidos profundos, casi subterráneos que salen de la boca del sochantre. ¿Por qué han sido este cura y este sacristán tan crueles con el niño muerto?

Un entierro de noche, el entierro de un niño, donde se cantan estos cantos terribles es lo más amargo de la muerte. La muerte misma, este desaparecer de un lado para entrar en otro desconocido, no es, no puede ser tan dramático, tan horrible, como el entierro del muerto.

Un niño se ha muerto, y los hombres lo meten en una caja blanca, y en lugar de llevarlo por unas calles llenas de sol, un día claro, lo sacan de noche, como ladrones, y ostentosamente, académicamente, lo conducen entre cantos funerarios que acongojan y detrás de una cruz vestida de blanco, una cruz solamente hecha

para los muertos más graves de la religión y de la vida católica.

Esta cruz de los entierros al ponerse la vesta blanca parecerá siempre como una anciana grave, reposada y temblorosa que se pusiera de pronto un ridículo traje de colorines.

Un niño que se muere, es algo infinitamente dulce para estos aspavientos que se suelen tributar al cadáver anodino de D. Fulano, abogado o D. Zutano, cate-drático.

El niño que se murió anoche, debe estar a estas horas llorando de miedo en el otro mundo.

Señor sochantre: no debe meterse miedo a los niños...

Un niño llora

EN la casa vecina, una casa roja y pequeña, que tiene siempre las ventanas medio abiertas, ha llorado un niño. Es un llanto mansísimo, que se diluye en la madrugada, como el ritmo lejano de las estrellas.

Nosotros conocemos a este niño que llora. Está todas las tardes jugando en el balcón de la casa pequeña, con una pelota de cinco colores, que es más grande que él. Este niño es un niño luminoso, como uno de esos niños ingleses, hechos para anunciar las harinas lacteadas. A este niño antes de verlo en el balcón lo hemos visto en un anuncio de chocolate inglés. Es un niño bello, dorado, blanco, saludable... Los ojillos azules, transparentes, nos miran y sonríen. Es alegre, el sol lo hace más de oro; parece que se embriaga bajo el sol. Cuando hay mucho sol sus manitas dejan la enorme pelota y se cruzan sobre el pecho.--¿Qué misterio habrá entre el sol y este niño?...

El papá es un hombre absurdo, negro, lleno de pelos largos. ¿Cómo ha nacido este chiquillo dorado con un padre de ébano?... Este papá cree que el hijo es de él, pero el hijo no es de él. El hijo es hijo de unos abuelos lejanos. Este papá no sabe como le salió este hijo rubio. Y el mismo se lo dice a los amigos:—«No se a quien sale este chiquillo.»

Este chiquillo es hijo de aquel admirable señor

que está retratado en la sala de la casa. Un señor abuelo del papá de este niño. Un señor que estuvo en París, que conoció y habló con la Emperatriz Eugenia... Un gran señor.

El papá habla mucho de este señor, pero no se le ha ocurrido pensar que este señor es el padre de su hijo.

Y cuando él, hombre seco y negro, oye llorar a su niño en la madrugada, protesta y dice:—«No sé a quien sale este niño. Yo le oí decir a mi madre que de chico nunca lloré » Y he aquí, como este hombre que no lloró de chico, está inquieto porque su hijo, aquel dorado niño, llora, con un llanto melancólico, triste, de enamorado adolescente.

¿De dónde vendrán las lágrimas de este chiquillo, que el padre no comprende?

El llanto del niño en la noche, es una evocación misteriosa, y delicada...

Nos mudamos

ESTA noche, una familia que vive en los Arenales, se muda a una casa en San José. Un carro enorme y estridente traslada los bártulos de la casa vieja a la nueva casa. Sabemos que la mudanza es de Arenales a San José porque el carretero, hombre imprudente e iracundo, lo ha dicho, a gritos, a una vecina:

—¡Eche V.! de aquí, a allá, a los demonios de la Portadilla!

Todo el mobiliario de esta casa humilde cabe en el carro, y aún podría llevar otro hogar semejante dentro dél. Las casas de los barrios, pequeñas, modestas, caben en un carro grande. Algunas en una carreta.

Estas casas ambulantes llevan una melancolía vulgar, cuando avanzan en la noche, y dejan un rastro de soledad, de vacío en el camino. Parece que se van llevando de paso todos los muebles humildes de las casas pequeñas. Al ver los carros con la casa entera dentro, pensamos en si será *aquella* casa, que vimos el domingo, que tenía la ventana abierta y por donde se divisaba una salita primorosamente límpia, con una mesa redonda, de cubierta de crochet, y un velón de colores y dos butacas, y una señora gruesa en un rincón que meneaba la cabeza como el péndulo de un reloj antiguo... ¿Será *aquella* casa? En el carro va una mesa igual. Pero no es *aquella* casa. Todas estas casas son idénti

cas. Cuando se muda una, quedan diez, veinte, treinta... Parecen unas casas uniformadas. Siempre que pasamos por los Arenales encontramos una casa semejante con su mesa redonda y su velón policromado.

El carro avanza lentamente. En San José estarán esperándolo dos personas de la familia que se muda. En los Arenales se han quedado los otros.

Y estos dirán:—¿Ya habrá llegado el carro?—No es posible, quizás vaya por la Alameda.—Y se sentarán a seguir mentalmente la ruta del carro.

Los de San José, estarán inquietos;—¿Habrá salido el carro? Y también harán su cálculo.

Y así se pasarán la noche hasta que el carro llegue.

Después, no se hallarán en el nuevo barrio y suspirarán un mes, dos meses, tres meses, por su antiguo rincón.

Pero el paso de este carro con la mudanza merece un pequeño apunte, una diminuta anotación.

La noche de Don Antonio

DON Antonio está sentado en una silla de la rebotica, con el bastón entre las piernas y las manos sobre el puño del bastón. En la rebotica hay unos cuantos señores más, pero el interesante es don Antonio. El todas las noches no dice más que una sola palabra. Esta:—¡Vaya! Y frota el puño del bastón suavemente.

Un señor habla de la guerra o de la ruleta y dice, por ejemplo: - «No hay duda de que Verdún, no lo toman ya.» D. Antonio responde, frotando el puño: —«¡Vaya!» Por supuesto, - continúa otro señor—esa ruleta es un escándalo. «¡Vaya!» contesta D. Antonio. Y así se pasa la noche, sonriendo, frotando el puño y diciendo: «¡Vaya!». A las diez se levanta don Antonio de su silla, se estira los pantalones por el procedimiento isleño, y se pone en la puerta de la botica, sin decir nada. Apenas dice adiós.

Don Antonio tiene una noche modesta; para don Antonio la noche es un pequeño entreacto. Lo importante de don Antonio es el lecho donde ronca bien y donde no sueña. Don Antonio es dueño de una tienda de paños. A las ocho come, y cuando termina de comer, se marcha a la botica, fumando un pequeño puro palmero. Todas las noticias de la localidad las sabe en la rebotica don Antonio. Cuando llega a su casa traspasa las novedades a su señora, que sueña con ellas Si

es sábado, don Antonio, al salir de la botica y una vez efectuada la digestión, se dirige a la barbería para que lo afeiten. Allí dice también:—¡Vaya!—El barbero, en tono afectuoso le dice:—«¡El pelillo se cae, don Antonio!» Y don Antonio, sin alterarse murmura:—«¡Vaya!»

Esta noche, es una noche brillante; el cielo tiembla de estrellas; la luna surge prodigiosamente del fondo del mar. Don Antonio sale de la rebotica sin darse cuenta de estos espléndidos materiales de la noche. Para él la noche es solamente una cosa en la que hay que encender una luz porque no se ve nada. .

El tranvía se escapa

ESTA noche a un hombre que vive en el Puerto y que ha tenido que estar en Las Palmas haciendo visitas, se le ha escapado el tranvía. El hombre oyó decir que el último tranvía salía a las diez, pero después, otra persona más enterada le informó mejor: Hasta la una podía esperar tranquilo. Ahora con la ópera el último tranvía sale a la una.—¿Y si no hay sitio?—preguntaba el hombre del Puerto.—¿Si ha venido mucha gente de mi barrio a la ópera?—¡Quiá!—ha respondido su amigo, que es uno de esos hombres optimistas a quienes no les preocupa nada —La mayoría de las noches va el tranvía vacío.

Y con esta afirmación, el hombre del Puerto se ha quedado conforme. Pero el amigo estaba soñando. El tranvía salió antes y salió lleno de gente. Cuando el hombre del Puerto llegó a la calle de Torres el tranvía estaba en el Parque, y he aquí, como el hombre del Puerto está parado bajo el reloj alemán, sin saber que camino es el suyo. Está como asustado. Está como si una gran desgracia le cercara. Como si un profundo abismo se abriera ante sus pies.

¿Qué va a hacer este hombre? ¿Por qué no alquila una tartana? Junto a él está una tartana desalquilada, pero el hombre no se decide. Y piensa:—¡Caramba! Se me ha escapado el tranvía, se me ha escapado el tranvía... por fiarme de Fulano...—Y mira al cielo...

¿Por qué mira al cielo y no se monta en la tartana? El hombre sigue pensando.—¡Que desdicha! ¡Se me ha escapado el tranvía... ¡El tranvía se me ha escapado! ¡Y ya no hay más tranvías! Este debe ser el último tranvía. ¡Fíese Vd. de los amigos! - Y torna a mirar al cielo. .

Es un hombre apocado. No hay hombres más apocados que estos hombres pacíficos que viven en el Puerto. Este hombre no alquila la tartana y sin embargo, es un hombre que tiene algún dinero. No es que él no quiera gastarse el dinero en una tartana, no. Es que él había ya pensado ir en tranvía y le cuesta un profundo, un enorme disgusto montar en tartana.

En el alma de este hombre se desencadena una furiosa tempestad de sensaciones extrañas. El hombre casi contiene un sollozo. ¿Cómo es posible que Fulano me haya dicho que el tranvía último salía a la una, si salió a la una menos cuarto? Yo debía haberme marchado a las diez .. ¿Y ahora qué hago? ¿Que puedo yo hacer?

El tartanero invita a montar al hombre del Puerto, pero el hombre saca un reloj y aunque sabe seguramente que no hay más tranvías dice para su capote:—Ya no hay más tranvías. ¡Caray! ¡Como he perdido el tranvía esta noche! Y ahora, claro, no hay más tranvías hasta las cuatro.

Y entonces, una vez exclamado esto, el hombre avanza lentamente perseguido de cerca por la tartana. ¿Este hombre cree que puede surgir un nuevo tranvía para él? ¡Aquel don Fulano no se podía equivocar! ¡Lo aseguró de tal manera! .. Llega el hombre del Puerto al Parque y allí da unos melancólicos paseos meditando:

—¡No voy a tener otro remedio que tomar una tartana! .. Si.. ya no hay tranvía ..

Y se acerca, al fin, a la tartana y le pregunta al tartanero: Ya no hay más tranvías, ¿verdad?—No, no hay más tranvías...—Pues lléveme Vd. al Puerto..

Y ya dentro de la tartana y carretera adelante, el

hombre del Puerto mira como dislocado a todos los sitios. Parece que está buscando el camino misterioso por donde se le escapó este diablo de tranvía que salió a la una menos cuarto y no a la una como le aseguró don Fulano. .

La tartana de la esquina

ENTRE las cosas de la noche isleña, la más sentimental es la tartana de la esquina. La tartana de la esquina, que tiene un caballo escuálido, descendiente de aquel otro llamado Rocinante, está siempre parada. Es una tartana que no alquila nadie. Aparece a las once, cuando las luces se apagan. El caballo bosteza y el tartanero hace andar la tartana medio dormido. Lentamente avanza hacia la esquina; allí se detiene; el caballo comienza a dar cabezadas y el automedonte recoge los cojines y los pone doblados sobre el asiento a manera de almohada. Luego se tiende y empieza a roncar. Pasan las horas; la tartana no es solicitada por ningún transeunte. La tartana sólo está para que el tartanero duerma y el caballo reflexione. Y nosotros nos preguntamos: ¿Cómo es posible, que esta tartana exista si nó la alquila nadie? ¿Cómo es posible, que la esperanza de este tartanero sea tan larga, tan larga, que no se acabe nunca? El hace tres, cuatro años, que está parándose en la esquina; él tiene que alimentar el vientre de su caballo; él tiene que alimentar su propio vientre, y si nadie lo contrata, si han pasado cuatro años de esta manera, ¿cómo no ha vendido su tartana? Esta tartana tiene un secreto, un secreto profundo, un secreto milenario. Esta tartana lleva muchos viajeros; nadie los vé llevar, pero los lleva. Si; el negocio de esta tartana debe ser redondo...

Pero el noctámbulo la vé siempre en la esquina. A

las once, a las dos de la madrugada, la tartana está siempre allí, como un remordimiento...

¿Cual es, pues, el secreto de la tartana? ¡Ah! El secreto...

Todos los clientes de la tartana son los que ya no llevan dinero para su casa... Los que han gastado la última peseta en la ruleta o en el chocolate.

Ellos viven lejos, y cuando ven la tartana suplicante en la esquina, se dirigen a ella resueltos, decididos:— ¿Tiene viaje?—Es una ironía preguntar por este viaje imaginario. La tartana nunca tiene viaje. Y así lo dice el tartanero, desperezándose:—No, señor. ¿A dónde vamos?. —A casa. —El viajero monta, y cuando después de un andar tortuoso el vehículo para en la casa del señor, este dice al tartanero: No tengo cambio. Mañana le pago »

Y no le paga mañana, ni pasado mañana. Quizás no le pagará nunca. La tartana torna a la esquina a esperar otra viajero sin cambio. El tartanero es un sentimental, el tartanero es un amable y resignado poeta. El tiene una fortuna de deudas; en cuatro años él ha soñado; toda su vida ha sido un cálculo poético.—Si don Fulano me pagó mañana, compraré unas bridas nuevas.» —Mas don Fulano sigue sin cambiar el billete de diez duros. Porque siempre es un billete de diez duros lo que tiene don Fulano al dejar la tartana...

Y el tartanero no abandona el ideal de sus bridas. El estará siempre en la esquina aguardando a que don Fulano tenga cambio.

Y mañana, el caballo se morirá de hambre y el tartanero irá solo a la esquina, dispuesto a echarse a don Fulano al hombro y llevarlo a su casa...

La tartana de la esquina es el motivo más sentimental de la noche isleña. . Si alquiláis esta tartana no le paguéis tampoco al tartanero. Podrá creer que le dáis moneda falsa... El esperará, esperará siempre feliz...

¡Que noche, caray!

PERO, hombre! ¿V. ha visto como están las noches? — nos acaba de decir D. Francisco entrando, hecho una sopa en nuestra casa — ¡Vengo ensopado! ¿usted ha visto estas calles? Por supuesto, esto es un relajo. No hay un sitio a donde ir. Ahora vengo de un entierro que este demonio de lluvia ha deslucido. He pasado un rato tremendo. La gente dejó el muerto solo, y yo no tuve otro remedio que seguir porque me estaba viendo el cuñado que iba de cabecera. ¡Voy a coger una pulmonía! Con permiso de ustedes me voy a quitar la americana.

Y D. Francisco se quita la americana y el chaleco y después de abrir el paraguas para que se seque, lo deja en un rincón de la sala.

D. Francisco va a todos los entierros. Es el hombre que hace todas las visitas de luto, y siente un gran dolor, cuando un entierro se desluce.

— Me pongo tan nervioso en un entierro sin gente, como cuando voy al teatro y está vacío. ¿A Vdes. no les revienta el teatro sin nadie? ¡Caray, no me digan! Pues lo mismo me pasa en los entierros. Y en el de esta noche había mucha gente. La caja estaba muy bien... No había coronas... La cruz se mojó... Y el cura también se mojó...

D. Francisco continúa lamentándose. El no puede

sufrir esta desconsideración de la naturaleza. Un entierro es un entierro, y cuando hay un entierro lucido no debe llover.

Luego, D. Francisco, se queja del «filo» que hay en la Placetilla y de que una luz que había allí la han quitado. Y mientras D. Francisco habla, nosotros vamos trasladando sus quejas a estas cuartillas.

Un entierro de noche en la ciudad es un encanto. Las familias aman estas horas para enterrar a sus muertos. Los concurrentes van desapareciendo por las esquinas, cada vez que el entierro da una vuelta. Otros lo esperan a las puertas de sus casas si pasa por allí. Otros buscan a sus amigos para hablar de sus asuntos.—¿Ha visto V. a Fulano, de eso?—No. Pero esta noche le veré en el entierro.

—¿Fué mucha gente anoche al entierro?—Mucha: la caja iba por el Puente y las cabeceras por el Casino.—¿Llevó coronas?—Una—¿De quien era?—Creo que de los hijos. No lo pude leer porque la cinta del letrero estaba metida en medio.

Y a los pocos días, D. Francisco, o el acompañante en los duelos, empieza a toser en el Casino y a tupírsele la nariz.—¿Ven Vdes? Este es el catarrito que pesqué la otra noche en el entierro. Aquel viento de la Placetilla es un relajo...

Los emigrantes en la noche

UN vapor se aleja. Ha sonado la sirena en la madrugada, como un desesperado lamento de agonía, según el admirable decir de Tomás Morales. Un lamento largo, desesperado, triste... Es un barco trasatlántico que marcha a Cuba. Por la tarde todos esos humildes soñadores viajeros que lleva el barco en la noche, vagaban por las vías de la ciudad. El lamento de la sirena es el lamento del alma de los viajeros... Ellos se alejan llenos de dolor. Un sueño los guía, pero aunque es espléndido, está lejano aun...

¿Volverán?..

Si; volverán con unos sombreros de palma y unas enormes cadenas de oro y unos trajes azules, de marineros y unos zapatos amarillentos, chillones, como el pico del mirlo. Volverán, y tornarán a marcharse otra noche en que la sirena vuelva a gemir... Y entonces se llevarán a los hijos, a los bermanos pequeños... Y los veremos por las calles vagando desorientados, absortos del tranvía, de los carros, ellos que vienen de la montaña, de los barrancos hondos, de los valles ocultos... Sobre la cubierta del barco contemplarán los horizontes amigos... ¿Cómo verán sus almas la tierra prometida? ¿Como guardarán sus memorias las veredas de la tierra natal...? Ellos son humildes, sencillos, no quieren sino labrar la tierra .. El mar hace más ámplios los sueños.

Pero el sueño de estos viajeros es una llanura inmensa, solitaria, como el mar, que ha de brotar al término del viaje, ante sus ojos, para que sus brazos la acaricien. El gemido se diluirá en las sombras... Habrá estrellas todas las noches. Pero cuando retornen a la patria serán solamente unos hombres pintorescos...

Un entierro en la madrugada



AHORA pasa un carro fúnebre solitario, silencioso, con una tartana detrás que lleva dos hombres... Es la hora del alba. Dentro del carro fúnebre va una mujer. Hemos preguntado y nos han dicho: Una muchacha es la muerta.

¿Y cómo la lleváis—preguntamos nosotros—así, de noche, en el más profundo silencio de la noche? ¿Cómo no habéis hecho un lucido entierro con presbíteros y amigos y cantos? ¿No sois también vanidosos? ¿No hay unos papelitos de orla negra que sirven para invitar a los entierros? ¿No tienen los periódicos unos huequecitos para unas pequeñas esquelas anunciando el entierro cuando no se invita particularmente? ¿No queréis recibir a los amigos enlevitados y despedir el duelo? ¿Por qué, tan silenciosos partís con esta muchacha muerta recatándoos en la sombra...? ¿La habéis martirizado en vida, y no queréis que nadie sepa que se ha muerto? ¿No la amáis tanto, que no merezca una discreta procesión fúnebre como la de los amigos, como la de vuestros familiares?

Los viajeros han detenido su tartana. Nos han dicho:—Llevamos a esta mujer ahora porque ella lo ha querido así. Ha muerto de tristeza...

Esta muchacha ha pedido que la entierren silenciosamente; ha querido que su muerte sea tan silencio-

sa como la luz clara de esta luna que envuelve su ataud. Ella ha querido entrar calladamente, a la madrugada, cuando hasta los muertos duermen. Es una muchacha buena. Nosotros hemos subido a la tartana con aquellos dos hombres y la hemos acompañado hasta el fin...

Bendito perro

ESTA noche no hay sino un perro, un formidable perro, con unos ojos centelleantes que pasea en el muro de la azotea de una casa, y ladra, con un ladrido prolongado y tembloroso a la manera del calderón de un barítono...

La noche es una noche de luna; el perro ladra a la luna. Ya el lector lo habrá supuesto así. Es fatal. El perro no dormirá esta noche y se pasará las horas de un lado a otro de la azotea. Mañana dirá el dueño:—¿Qué tendría el perro anoche que no cesó de ladrar y no me dejó dormir? Estaría viendo algo.—Y el vecino irascible añadirá:—Ese perrito de al lado me tuvo en berlina toda la noche. Mañana subo y le doy un tiro.

La noche de mañana no ladrará el perro, pero nunca sabrá porque es el perro, perro, y no dueño, que han habido dos seres en esta noche han juzgado su destino. El amo, la inquietud de su alma de perro, y el vecino irascible, su tránsito.

¡Pobrecito animal! Pensando en las vueltas que ha de dar el vecino en su lecho, sería cosa de estar asuzándole toda la noche.

Un bistec

EN esta fonda pequeñita que está junto al muelle, en esta fonda a donde van las mujeres tristes de la madrugada, en este colmado tenebroso, nos han servido un bistec. Un bistec al amanecer, un bistec de carne dura, es todo el horizonte de esta noche. ¿Qué podemos aspirar, que no sea este bistec? ..

Empezamos a comernos el plato funesto. Pedimos vino, y así ayudamos lentamente a estos trocitos de carne que desaparecen en nuestra boca con una suavidad inusitada. ¿Cómo este bistec duro, se desliza fácilmente por nuestra garganta?

¿No hemos dicho antes de comer que la carne dura nos repugnaba? ¿Cómo ha sido esta inconsecuencia?... ¿Por qué nuestras ideas cambian esta noche con tanta facilidad? ¿Si antes de cenar sentíamos el pequeño terror de comernos un bistec duro, cómo ahora lo estamos deglutiendo, cual si fuese un manjar de nuestro amigo Trimalción? ¿Qué va a ser de nuestro estómago mañana?...

Y no, no es posible, pensar en otra cosa que no sea este bistec. Ved: todos estos hombres que están a nuestro lado comen también su bistec; se han pasado la noche esperando esta hora prodigiosa, la hora de la cena. Todos han pensado constantemente en el bistec duro, que habrían de comerse a la madrugada...

Vagar... vagar por estas calles. Buscar en el mar un camino, huir entre estrellas por los mágicos prados de la luna. Todo, todo es inútil. Hay un bistec nigromántico, sibilino que nos atrae. Es de carne dura, de carne de can acaso. Pero tenemos que ir hacia él. En la noche nos llama.

Cuanta cosa hagáis, cuanta voluntad acumuléis, serán vanas. Si estáis a las cuatro de la madrugada en la calle tendréis indefectiblemente, fatalmente, que comeros este bistec tan terco...!

El señor Tal nos felicita



CABAMOS de obtener un gran éxito. Hemos pronunciado un discurso o hemos recitado unos versos de esos llamados heróicos que arrastran públicos y repercuten en los casinos. Nosotros estamos sentados en una silla detrás de una decoración, en el escenario de un teatro. Allí han acudido varios señores a darnos su enhorabuena. Todos están entusiasmados. Tenemos para ellos unas grandes condiciones. Y como estamos metidos en una insignificante provincia nos animan a que salgamos de ella.—V. debe marcharse a Madrid; allí encontrará más campo.—Estos señores creen aún en los anchos campos del porvenir; ellos todavía entienden el porvenir como una cosa bullanguera, escandalosa. El porvenir es el bienestar económico o el triunfo lírico de las multitudes: la celebridad. Nosotros agradecemos estos deseos de los amigos, nos placen sus apretones de mano. ¿Qué vamos a hacer? Las aceras de las calles son para que los carruajes se concreten al arroyo; las sillas para sentarnos. Quizás estos hombres sean para dar enhorabuenas y para desearnos porvenires gloriosos. Para nosotros no han tenido en la vida otra razón que esta. Ellos han vivido lejos de nosotros siempre, pero esta noche han comprado su butaca en el teatro y han esperado a que terminara nuestro discurso para darnos la enhorabuena.

Pero el Sr. Tal no ha venido; el Sr. Tal que nosotros esperábamos, permanece alejado de nuestro triunfo. Esto nos exalta, nos entristece... El Sr. Tal, es aquel hombre que mientras hemos dicho nuestras palabras, nos ha mirado desde el público fijamente, con un entusiasmo consciente y extraño. Es el señor para quien solo hemos dicho nuestro discurso.

¿No habéis hablado nunca en un teatro? ¿No habéis visto mientras dirijís la palabra al público, que un señor que no conocéis, solo un señor os escucha con verdadero interés, y para quien lanzáis vuestras palabras, que van saliendo más hermosas, más vibrantes a medida que el Sr. Tal se emociona?... Todas las felicitaciones son vanas. Vosotros fatalmente, no pensáis si no en el Sr. Tal. Es inútil, que un amigo inteligente os salude y os abrace; no creéis en otra sinceridad que en la del señor aquel que muchas veces no es vuestro amigo... Y en medio de vuestro triunfo, de vuestra alegría, sentís una melancolía infinita, al ver que entre todas las caras que se os acercan no aparece la del señor de la butaca, aquella cara amable que nos alentaba con su mirada generosa.

Si vivís en provincias, si tenéis aficiones literarias y pronunciais discursos; aunque no os importen los aplausos de vuestros paisanos, hablad desde los escenarios, recitad versos desde las tribunas. Siempre estará el Sr. Tal en su butaca, que os dará la mayor satisfacción de vuestra vida.

La casa del Risco



ALLA, en la falda del Risco hay esta noche una casa blanca, iluminada. Es una casa que se destaca de todas las demás casas porque es más grande y más nueva; y de una arquitectura exótica en el Risco. Una casa alta, muy blanqueada y con un verde espléndido en sus ventanas y balcones. Las demás casitas, pequeñas, viejas, insignificantes, parecen que tienen miedo de ver aquella casa tan erguida y tan orgullosa... La casa orgullosa parece una persona de esas que llaman infladas...

Esta noche la casa tiene abierta de par en par las puertas del piso bajo; la habitación está iluminada y llena de gente. Es media noche y el viento nos trae el rumor de las voces. En la habitación cantan, bailan... Desde nuestra ventana podemos contemplar la casa, podemos oír las voces de los cantores... Hay juerga. Allí debe estar instalada una sociedad o una cantina. Las parejas se mueven en el fondo blanco de la pared como sombras... Hay un hombre sentado junto a la puerta que toca una guitarra... Y la casa se siente más orgullosa cada vez. Esta casa anacrónica en medio de tanta casa ruinosas, es una provocación. ¿De quién será esta casa? Es de un hombre de bienestar, es seguramente, de un vecino que se ha hecho rico. Debajo de aquella casa, hundida en la tierra, hay otra casita vieja,

la casita terrera que estaba antes donde hoy está esta casa presumida. Y aquellos hombres y aquellas mujeres bailan y cantan, y un hombre toca la guitarra sobre los escombros de la casa perdida. Nadie se acuerda de la casa vieja. Algunos vecinos más ancianos recordarán: «Aquí mismo estaba antes el granero». *Aquí mismo* es el salón donde se celebra el baile. «Juntito a esa puerta estaba la cama de Fulanito; ahí mismo». Los demás no se acordarán de la casa vieja; los ojos se han acostumbrado ya a ver esta casa nueva, que es el palacio del Risco, el Alcazar del Risco, el edificio notable del Risco...

Pero el hombre de la guitarra se ha quedado solo de pronto. Ahora se destaca su figurilla risueña rasgueando la guitarra... ¿Dónde se han ido los bailarines? Ellos bailan dentro porque el tocador no cesa de tocar... Todos se embriagaron, menos este hombre porque ¡ay! él representa un sagrado misterio.

¿Y la casa? ¿Como siente la casa el baile?—La casa fría, indiferente...

La casita vieja era más propicia a este baile popular... Era más pequeña, más fea, más húmeda, pero tenía un patio oscuro y misterioso...

La luz encarece

LA luz dicen que costará más dinero dentro de unos días. La gente abonada, está furiosa. No quiere acostarse a las ocho; no quiere apagar la luz temprano ¿Se apagará también la luz de la calle? ¡Oh, entonces el ciudadano insular perderá del todo la razón! El ciudadano necesita la luz; aunque no trabaje de noche, aunque no salga de noche, necesita que las calles estén brillando como áscuas. ¿Para qué desea el insular estas cosas? Pues para ver lo que hacen los demás, a donde van los demás, y si tienen algún *güiro* entre manos los demás. Si las calles llegan a apagarse más temprano, nuestro amigo el insular perderá todo su interés psíquico. ¿Qué va a hacer este hombre amable y sonriente, por las noches, si no sabe donde va su vecino?

Nosotros estamos pensando que don Francisco va a dar un bajón tremendo, en cuanto se apague la luz. Don Francisco, ha sorprendido a don Roberto yendo al *Trompo*. Y aunque no tiene nada de particular que don Roberto vaya al *Trompo* si le emociona la aventura pedestre y le tira el foxtrot venido a menos, don Francisco se regocija sabiendo que don Roberto baila y se acuesta al amanecer, después de comerse unos churritos.—¡Ah, don Roberto, todo se sabe, todo se sabe!—No sabéis vosotros, el enorme placer que es decir esto de *todo se sabe*. El insular pone unos labios de conejo al reirse y se palpa los muslos cariñosamente.

—¡Todo se sabe, todo se sabe!

La frase es concreta. Don Francisco o el insular perfecto, adquiere con estas palabras título de cultura y de sapiencia. Todo se sabe, don Francisco lo sabe todo. El doctor Fausto cuando lo supo, se convenció de que no sabía nada. Pero don Francisco lo sabe todo. Y el todo, es el *Trompo*, y que en el *Trompo* baila don Roberto. Esto es el todo de don Francisco.

Cuando las calles estén a oscuras desde las primeras horas, don Francisco empezará a consumirse. Y si don Roberto va al *Trompo* y él no puede verlo a escondidas, a don Francisco le brotará un cáncer en el vientre.

Pero don Roberto estará encantado de que don Francisco no lo sorprenda, y sentirá con el alma entera, no poder a su vez, enterarse de lo que don Francisco hace si no lo espía a él.

Un aldabonazo en la noche

EN esta calle vive un médico. El médico debe estar durmiendo profundamente; las ventanas de su casa están cerradas, la casa tiene ese aspecto de reposo que adquieren las casas en la madrugada. Parece que por los frontis vaga el sueño de los habitantes; hay en los huecos de las puertas y de las ventanas como una respiración tranquila de durmientes.

Un hombre ha llegado a esta calle; es un hombre joven, apuesto... La noche es húmeda; caen algunas gotas de lluvia...

El hombre se detiene en la esquina, y contempla la casa del galeno. La casa del galeno indiferente, dormida, no ha reparado en el hombre de la esquina, y este hombre, en vista de que la casa no se ocupa de su persona, se dirige a la casa. Y da un aldabonazo en la puerta; la puerta de la casa del médico tiene un aldabón antiguo, formidable. El hombre dá un aldabonazo y como nadie le responde dá un segundo aldabonazo... Y en la noche se pierde el sonido del aldabón, como un presagio, como un anatema...

¿Qué busca este hombre?—Este hombre busca al galeno.

¿Tiene este hombre algún enfermo grave en su familia? La casa del hombre, aunque acusa inquietud, no tiene aspecto trágico. Este hombre busca al médico,

pero no hay gravedad en su familia. ¿Y qué puede buscar tan precipitada mente?

La ventana de la casa se abre; el galeno, asoma su cabeza científica. La voz del galeno suena con un dejo de melancolía. El galeno deja el sueño y siente ¡tan pronto! la nostalgia de la cama.

El hombre que dió el aldabonazo pronuncia unas palabras temblorosas; el galeno las escucha y contesta: —«Voy enseguida». El hombre espera, paseando nervioso, en la acera. Y fuma un cigarrillo, que apenas enciende, tira al arroyo: y enciende otro cigarrillo. Y así enciende hasta cinco, mientras el galeno baja.

El galeno baja al fin y hombre y galeno hablan:— ¿Hace mucho tiempo?—Sí; los dolores los empezó a sentir a las ocho...—Pues vamos.

Y el galeno y el hombre echan a andar de prisa...

¿Qué le pasa a la familia del hombre? ¿Qué dolores empezó a sentir a las ocho esa persona de la familia del hombre que dió el aldabonazo?... El lector estará desconcertado con este dolor, pero este dolor es un dolor lógico, es el dolor que ha precedido a todos nuestros advenimientos. El hombre del aldabonazo es un recién casado; la mujer de este hombre ha sentido los sagrados dolores del alumbramiento. Esta mujer va a dar a luz esta noche. ¿Qué dará a luz esta mujer? ¿Una niña? ¿Un niño? Si es niño, ¿qué será mañana de este niño? ¡Quién sabe si este niño será mañana concejal, periodista o arqueólogo!...

El isleño furioso



media noche, un ciudadano insular andaba furioso por esta calle. El momento estelar era benigno, suave. No había truenos ni relámpagos que impulsaran el cordaje nervioso del ciudadano. Junto a la ventana de nuestra casa el ciudadano se detuvo porque tropezó con un amigo. Hemos oído el diálogo iracundo. ¿Por que creéis que este ciudadano estaba furioso? ¿Algún salteador, en la noche, le había acometido? ¿Algún dinero que perdió en la ruleta del casino? Nada. El ciudadano estaba hidrófobo por otra causa más débil, más insignificante. Porque había comprado un paraguas, porque al salir de su casa observó el cielo sin estrellas y sacó su artefacto para resguardarse el hongo. Y llevaba, una, dos, tres, hasta siete horas con el paraguas en la mano sin que hubiese caído ni una sola gota.

Es terrible, profundamente terrible, sacar un paraguas y que no llueva, cargar con un paraguas toda una noche, sin que pueda utilizarse el paraguas. El ciudadano ha condensado en este momento toda la energía de su vida. El nunca más volverá a vibrar tan intensamente como esta noche.

Es una furia tan tremenda que parece la de un dios encadenado. Este hombre, rompería ahora las más gruesas cadenas que le ataran, destrozaría los más seguros cepos.

No hay una iracundia más elevada que la de un ciudadano insular que se enfurece por un futil pretexto. El cuerpo de este del paraguas, se derrumbará en el lecho, esta noche, como si lo hubiesen apaleado las brujas...

El amigo tratará en vano de dulcificar la ira, en vano intentará calmar los nervios descompuestos... El ciudadano del paraguas dirá, al fin, por todo comentario:—¡¡¡En este país no se puede vivir!!!

¿Verdad, que es algo extraordinariamente pintoresco esta furia? ¡El ciudadano no puede vivir en un país donde se saca un paraguas... y no llueve!

Un isleño en la carretera

Un hombre ha perdido esta noche el tranvía. Está en medio de la carretera, con las manos en los bolsillos, y con un aspecto tan misterioso que parece que acaba de ver o representar una película policiaca. El hombre mira hacia el puerto y hacia Las Palmas y mira un reloj gordo, abultado, de esos que aquí llaman *cebo-llas*. Son las dos de la mañana y el hombre piensa:— ¿Cómo es posible que yo haya creído que eran las doce?—El hombre estaba hablando con unos amigos. No bebieron, pero las palabras a veces son como el vino y embriagan más que una viña entera. El hombre no puede volver a la casa de sus compañeros; éstos estarán dormidos ya. Y no se decide tampoco a hacer el viaje a pie. ¿Y las tartanas—se pregunta el hombre—las tartanas rezagadas, que siempre nos encontramos en el camino, dónde están esta noche?

No hay tartanas. El hombre se refugia en el quicio de una puerta. Tiene miedo. El ha visto, seguramente, una película terrible, y como es un insular, sección de ingenuos, ha pensado que la película puede ser una cosa real, efectiva.

El hombre se empieza a angustiar. En el silencio nocturno, suena su voz temblorosa, miedosa. — «¡Caray, no va a haber tartanas! Daría la vida por una tartana.» Pero la tartana no aparece. Y dan las dos y media.

Y las tres dan. Y entonces allá, del fondo de la carretera del puerto, surgen dos luces. Las luces de la tartana salvadora. El hombre calcula que la tartana estará junto a él dentro de tres minutos, pero este cálculo es erróneo. La tartana avanza lentamente; apenas se la ve adelantar un poco. Y es que es una tartana industrial. Una de esas tartanas que traen verduras y frutas hasta el techo y que salen de sus lugares a las dos para llegar a las ocho al destino. La tartana pasa junto a nuestro hombre y nuestro hombre comprende que no es posible montar en ella. La noche de este hombre es fatal, kármica. Se acurruca en el quicio de la puerta y solloza. El miedo le domina totalmente.

Pero media hora después aparecen otras luces. Y estas luces sí que son las de una tartana desalquilada. El hombre grita:—Tartanero!, ¿lleva viaje?—Nuestro hombre ha visto que no lleva viaje el tartanero. Pero como tiembla apenas acierta a coordinar su idea. Este hombre entraría ahora en una tienda de alpargatas y preguntaría:—¿Tiene alpargatas?

Lo mismo le ocurre con la tartana. El tartanero está dispuesto a llevarlo y cuando se halla junto a la tartana recupera su serenidad.—¿Cuanto me lleva?—Tres pesetas.—Mucho dinero.—Una le doy.—Una, es poco.—Pues no le doy más.—Deme medio duro y estamos en paz.—No, no le doy más que una peseta...

Como el tartanero no se aviene, el hombre se separa de la tartana. Y entonces se entabla una lucha tremenda en el alma de nuestro hombre. Pero como nuestro hombre a pesar de su sueño y su miedo no puede gastarse los cuartos y es lo que en la ínsula llaman un *gilmero*, se vuelve al quicio a esperar otra tartana, y otra, y otra... hasta que el tranvía salga de nuevo, por la mañana.

Beethoven en la noche

SON las cuatro de la mañana. El silencio es amable. No cruza la calle ni un alma. Lejos, allá en una esquina se distingue una figura de mujer vestida de blanco que acecha y que desaparece al fin.

Nos detenemos. ¿Que hacer en una ciudad provinciana a las cuatro de la noche, cuando no hay un café abierto y la luna se marchó a las doce? Vagar. Esperar una hora más para volver a esperar de nuevo.

Un hombre que viene del casino nos saluda. Va exhausto. Una mujer desconocida y miserable nos pide dinero. En la ciudad sólo vagan en este momento: el hombre del casino, la mujer triste, la tartana del Parque y nosotros.

La panadería de nuestro amigo, donde todas las noches compramos pan, tiene las puertas cerradas. Nos acercamos y el silencio es también hondo allí.

¿Habrá traspasado nuestro amigo su panadería? ¿O se habrá arruinado y ya no hará más pan? Esta noche nos privamos del placer del pan caliente. El pan caliente que tanto inquieta a uno de nuestros compañeros que no lo come nunca por temor a la apendicitis.—¿De dónde habrá sacado él estas supersticiones pintorescas?—No hay pan. Las otras panaderías están lejos y nosotros necesitamos merodear cerca del telégrafo. Caminamos lentamente. Y de pronto, un rumor sordo

apagado, suave... El sonido de un piano. Pero es un piano espléndido que tocan unas suaves manos. La emoción sutil de las manos artistas nos invade el espíritu. En el piano tocan la Sonata de Beethoven número cinco. ¿Quién es esta mujer romántica y divina que toca a Beethoven en el silencio augusto de esta madrugada?...

Las ventanas están cerradas, herméticamente cerradas. Es preciso acercarnos. La casa es de un solo piso; está apartada de las demás casas... El sonido del piano es suave. Tenemos que aguzar el oído. La mujer continúa tocando... ¿Tocará todas las noches? ¿Será efectivamente una mujer?...

Un abrigo en verano

EL señor que se acatarró en verano y pasea por la población envuelto en su abrigo, hasta la madrugada, es el hombre más original de la tierra.

A este señor le empieza el catarro en pleno Agosto. Y le continúa mientras no se hastie de llevar el abrigo. El es un hombre robusto, con unos pulmones de elefante y una salud espléndida, solar... Pero ha visto una tela para abrigos que le ha enseñado el sastre, y como era elegante y distinguida, se ha encargado un abrigo. El abrigo lo entrega el sastre el día más caluroso, y el señor, como no puede salir a todo sol con un abrigo, lo cuelga, melancólico, en una percha.

¿Por que se ha encargado el abrigo en el verano? Es que el sastre lo entusiasmó. La tela era para él y podían llevársela; se hacía el abrigo y lo guardaría hasta el invierno.

Pero como el señor, es un espíritu inquieto y novelero, todas las noches al salir de su casa dirige al abrigo una mirada amorosa, abrasadora .. Hasta que un día el hombre se decide a sacar su abrigo, mal que le pese al bochorno. ¿Y cómo justificará esta cosa tan extraordinaria? El hombre, por la tarde, se ha recorrido todos los sitios públicos, donde él suele concurrir: la botica, el casino, el parque, la plazuela, la esquina... Ha hecho algunas visitas y en todos estos sitios se ha pasado to-

siendo desafortadamente.—¿Qué le pasa a V.? - le preguntan. El hombre dice:—Tengo un catarro infernal.—Acuéstese V.—le aconseja un galeno. Pero el hombre interrumpe súbitamente: ¿Cómo? ¿Cree V. que yo puedo prescindir de mis paseos nocturnos? Esta noche saldré como todas las noches. ¡No faltaba más!...

Y para desorientar la picardía de sus amigos, añade contrariado: —Me fastidia tener que ponerme el abrigo con este calor... Pero no tendré otro remedio. Siempre, a media noche, corre un poco de relente.

Y aquí está todo el secreto de este hombre que vemos estas noches, calurosas, paseando envuelto en su abrigo.

El silencio es profundo. Ha cesado ya todo rumor. De pronto, como una cazuela que se rompe, suena en la calle próxima una tos extraña. Nos asomamos a la ventana porque hemos adivinado que el señor del abrigo pasa...

Efectivamente: es el señor del abrigo, que camina lentamente con el cuello del gabán subido y las manos metidas en los bolsillos del gabán. Tiene este hombre una silueta elegante, el gabán está bellamente cortado. Si París bien valía una misa ¿cómo no va a valer este distinguido, este correcto gabán, una tos simulada?

El señor suspende por un momento su tos y se detiene bajo una lámpara. Ha sacado un pañuelo, se lo ha pasado repetidas veces por la faz.

Es posible, que este hombre esté sudando la gota gorda.

El cronista viene de la ópera

CUANDO la gente sale de la ópera va convencida de que ha oído una cosa extraordinaria. La gente cree de buena fé que esa música de jarabe y de sopor con los equilibrios fonéticos de los tenores, es algo bello y trascendental. Y por eso todos marchan con un aire solemne y religioso por la calle. Han salido unguidos del templo del arte.—Nosotros también fuimos a unguirnos esta noche, pero como nuestro natural es algo selvático, en lugar de ocupar uno de esos escarlatas silloncitos del patio, escalamos el paraíso de los zapateros y los inteligentes... Porque hasta allí llegan los óleos sagrados...

Están en el tercer acto de «Rigoletto»...

—Un hombre terrible y jorobado y con antiparras medioevales, increpa a una mujer de bata; unos hombres calvos y catarrosos guardan una puerta cantando un motete; otro hombre fúnebre, vestido de negro, pasa incomodado entre unos alabarderos...

¿Qué le pasa a este hombre? ¿Por que sale así, sin esperar a nadie? ¿Es un hombre triste, melancólico? No, no. Porque él va cantando. El jorobado está furioso con este hombre y lo increpa, pero él canta: *A mi Prim...!* y se aleja por el foro. El jorobado se queda algo molesto con este desaire del hombre vestido de negro pero ¿qué va a hacer si no lo puede alcanzar?

Y no lo podrá alcanzar porque otro hombre que está metido en una concha colorada, no lo deja salir. ¡Qué fatalidad la del jorobado! Este jorobado sufre un karma; él quiere seguir al hombre fúnebre, y el otro hombre de la concha, que debe tener un poder misterioso, le retiene en la sala...

Entonces la orquesta se agita nerviosa de acordes, y el viejo de las antiparras corre a la puerta central amenazador y apocalíptico. La mujer de bata se interpone cubriendo la puerta con su espléndido cuerpo; porque es una mujer bella y espléndida, hay que reconocerlo así.

¿Y que ocurre después de estas cosas extrañas? Pues ocurre que unos señores de smoking se ponen a aplaudir frenéticos, en las butaquitas coloradas. Y los que estaban haciendo aquellas cosas raras salen encantados a hacer unas cortesías. Todos salen. El hombre aquel que se llevaron preso, también sale. ¿Y como un hombre que lo llevan preso de aquella manera, se puede escapar tan fácilmente? Este hombre debe ser un brujo. Ya lo habíamos sospechado...

Las coristas de media noche

CUANDO dá la una, después que la gente del Circo está ya en sus casas, suenan en el silencio de la calle unas voces femeninas. Son las mujeres de la zarzuela que van arrebujuadas en mantones... Ellas están contentas; el pueblo las ha acogido buenamente. Vienen de pueblos desconocidos, de villas intrincadas en el corazón de la tierra española. El escenario humilde y enjalbejado de este Circo les ha parecido un estrado real. Han visto más luces, más gentes que en otros lugares. Están lejos, muy lejos, de los escenarios donde diariamente han ganado un pan amargo y eterno.

Lijeramente, como pájaros, andan estas mujercitas tristes que representan unas obras desconocidas, extrañas. Han llegado a la gloria.—Este pueblo es la gloria para ellas.—Han visto con una emoción divina, como las escuchan unas señoritas distinguidas, encapotadas, como unas autoridades severas para palcos de grandes coliseos, están atentas a las romanzas que ellas cantan... Han visto a los señoritos de la localidad con una flor en la americana y unos gemelos en los ojos; han visto como les sonrían desde los palcos, desde las sillas... Estas mujeres que antes debieron ser tristes, están ahora contentas.

Y por el día cuando ven el cielo azul y el mar, y no saben que tenemos un Cabildo y un Jefe político, y un

«Sacre Coeur», piensan en que esta es la tierra del fin, la tierra de los pescadores de perlas, la tierra de los diamantes.—¿Será el oriente maravilloso y quimérico? ¡Oh, como han debido soñar estas mujercitas en la ventana de la hostería, con el alma en el mar y el corazón sobre los montes pensativos!

Todo esto, porque las señoritas estaban bien vestidas en los palcos y las autoridades han escuchado sus canciones.. Ellas caminan, caminan en la noche.—¿Dónde vienen estas mujeres, que pasan junto a las puertas de las fondas y no se detienen?..

Nosotros tenemos un amigo que es tenorio y escritor. ¿Cómo este amigo no ha sentido incendiado su corazón por alguna de estas mujeres? ¿Por qué él, que es uno de los más perfectos tontos que han venido al mundo, las ha dejado marchar así, a un rincón de la ciudad, sin escribirlas una carta siquiera?..

Nosotros sentimos el rumor de las voces femeninas y nos asordamos de nuestro amigo... Mas nuestro amigo estará ahora haciendo proezas en un cafetín de la Ciudad rodeado de unas mujeres de cartón piedra y zapatos de terciopelo...

Ensueño

COMO suenan unos pasos cercanos, unos pasos significativos, nos asomamos a la ventana. No hay nadie. Aquellos pasos no tienen dueño. Pero siguen sonando en la noche, muy cerca de nosotros, como si fuera en la propia calle donde vivimos.

Son los pasos de dos guardias que pasean en otra calle. En el silencio nocturno los pasos repercuten en todos los sitios. Y así parece que van a entrar por la puerta de nuestra casa y están bastante lejos de ella.

Nosotros sabemos este secreto de los pasos, y sin embargo, siempre que suenan nos asomamos a ver el hombre que los lleva...

Estos pasos son los mismos, pero tienen un misterio terrible.

Cuando estamos en el lecho y oímos estos pasos ¿qué pensamos? Pensamos que son los dos guardias que pasean, pero pensamos también que es un hombre que va a buscar al médico o al cura, o uno que va a una cita amorosa. Nada hay que más nos inquiete como estos pasos. Siempre parecen sonar bajo nuestro balcón, pero siempre van por la calle vecina. Muchas noches hemos preguntado de quienes eran, muchas noches nos han agitado el espíritu. Otra noche, casualmente, sorprendimos a los guardias. Eran ellos los de los pasos trágicos, los de los pasos inquietantes —Y he

aquí como cuatro pies envueltos en cuatro plebeyos zapatos de reglamento pueden elevar los espíritus y llevar nuestra alma por el amado camino de los sueños.

Todo es sueño forzado, en la noche provinciana. El anhelo de tener un sueño, donde no se puede soñar, hace misterios tenebrosos, inquietantes, dos zapatos vulgares y reglamentarios...

La última noche



Adios!... Se acabaron los entierros nocturnos; una disposición municipal los ha matado; la noche no tiene ya el interés sentimental de otros días.

Hemos salido a la calle: El mismo señor de ayer, la misma mujer de las noches pasadas. El mismo cielo; las mismas estrellas. Acaso una estrella nueva que no hemos visto, que no veremos jamás. Y en las esquinas oscuras, las tartanas de siempre, con el tartanero durmiendo sobre los bancos... Un señor que pasa y dice: «Buenas noches», y otros hombres que salen a las diez desperezándose de las reboticas. Las boticas también se cierran temprano. ¡Oh, que silencio sin silencio!

Lejos, la iluminación de un casino; cerca, el carro de López el de los cacahuets y los garbanzos. Y una sorda voz desde un café, una voz de banco, de muro, de pared.

En la puerta de los cafés, el dueño, ese dueño de café, insolente y desagradable, que parece siempre la corporización de todos los dueños anteriores de café; cada vez más dueño. Todos los dueños muertos reproducidos, condenados en este nuevo dueño... ¡Ah, la noche sentimental de otros días se pierde, se pierde, lejos! Es un recuerdo de sombra; es esa sombra misma

que sobre las aceras proyectan los mortecinos arcos voltáicos...

Decididamente, la noche no existe ya. Ahora es cuando es verdadera noche. Nada podemos ver en ella. Hemos de renunciar a este paseo vago del espíritu... Hasta las antiguas trágicas mujeres del prostíbulo, han adquirido, una rasa emoción de peleles...

¡El mar! Verdad. Pero el mar está cómo nosotros. Ha de contemplar lo mismo desde el otro lado. La ciudad entera, en estas nuevas noches, está entre nosotros, y el mar.

Pasaron las horas románticas .. ¿Pero en realidad fueron las horas o nosotros mismos?... ¡Qué más dá! Nos sentamos en un banco y nos quedamos dormidos. El frío nos despierta. Mejor es la cama. La noche insular es la cama. Todo lo demás eran sueños impropios, fuera de su marco. Sueños fuera de la cama.

Digamos, pues, un adiós definitivo a la noche de la calle y acostémosnos. Saludemos a la cama, con un pequeño y suave elogio burgués isleño:

«¡Oh, cama! A las ocho debe uno meterse en la camita. En ningún sitio se está mejor que en la camita. Un colchón metálico, un colchón de lana, unas blandísimas almohadas. ¡A mí que no me digan! Después tiene uno que levantarse temprano! ¡Llor a la cama!»

¿Levantarse temprano? Es verdad. Levantarse temprano para abrir la tienda, para abrir el escritorio... ellos. ¿Y nosotros?...

¡Oh, si pudiéramos tener una tienda de ultramarinos!...

Buenas noches, lector. Suena el alba...

INDICE

Página

Dedicatoria	7
Crónica del libro o prólogo de las crónicas . . .	9
Prólogo del autor	11
Crónicas de la Ciudad (Glosas humorísticas del modo social de los insulares canarios) . . .	15
La Alameda está vacía	17
Tengo un escritorio y basta.	19
Don Antonio va a un entierro	21
¿Quién ha saludado, niña?	25
¿Ya vino?	29
Está en estado	31
Yo no leo periódicos	33
Don Francisco está de purgante	35
Tengo Viajante	39
El señor chinchoso.	41
No me han invitado	43
A cojer la puerta	45
Tengo que terminar un trabajillo.	47
El rellenador del Parque.	49
Ese es un sinvergüenza	51
Llámeme por teléfono	53
El negocio de la tartana	55
Una gran persona	57
La rajita del zapato	59
Le voy a jeringar	61
¿De quién es ese entierro?	63
No tengo ganas de moverme	65
Me voy a acostar temprano.	67
No he sacado cigarros	69
El isleño del callo	71
El hombre de las cuatro frescas	73
El señor que no existe.	77
Ya sabe que lo aprecio	79
Las criadas de Vegueta	81
El señor que se vá al campo	85
Las inquietudes de los amanuenses	87
Don Leopoldo Fleitas tiene un divieso	91
El señor del tranvía	95
El «güiro».	95
La careta desdeñada	97
El domingo en Vegueta	99
¿Quiere un aperitivo?	101
El señor que come fuera	103
El sol en Vegueta	105
Ya se declaró.	107

	<u>Página</u>
Diálogo femenino en un baile	109
El señor Robaina pide explicaciones	110
El hijo isleño.	115
La caricatura	117
Niña, no me relajés	119
Habrás más calor	121
Don Anselmo está apurado	125
La facturilla.	127
El isleño saluda y no saluda	129
No hay que creerlo.	133
La carta mágica	135
Levante.	137
Las conversaciones de ayer.	139
Ya corre fresquito	141
La seguridad del isleño	143
Crónicas de la noche (Comentarios sentimentales de cosas entrevistas en las noches isleñas)	145
Civilización	147
En el Tinglado amanece.	149
El farol de los escombros	151
Nieve en la cumbre	153
La cerilla de D. Gregorio	155
Los novios de noche	157
Un niño ha muerto.	159
Un niño llora.	161
Nos mudamos	163
La noche de Don Antonio	165
El tranvía se escapa	167
La tartana de la esquina.	171
¡Qué noche, caray!.	173
Los emigrantes en la noche.	175
Un entierro en la madrugada	177
Bendito perro	179
Un bistec	181
El señor Tal nos felicita.	183
La casa del Risco	185
La luz encarece.	187
Un aldabonazo en la noche	189
El isleño furioso	191
Un isleño en la carretera	193
Beethoven en la noche	195
Un abrigo en verano	197
El cronista viene de la ópera	199
Las coristas de media noche	201
Ensueño	203
La última noche	205